

GARMELA

NOVELA

por J. M. SESERAS

VICTOR AGUADO

Datos de Copyright

Sobre la obra:

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espírita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

Sobre nosotros:

El *ebook espírita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web www.ebookespírita.org



www.ebookespírita.org

CARMELA

NOVELA ESPIRITISTA

Basada en estudios, observaciones y experimentos

Por

José M^a Seseras y de Batlle

Abogado – Vicepresidente primero de la Federación Espírita Española – Secretario del Comité Ejecutivo del Congreso Internacional Espiritista de 1943 – Vicepresidente del Centro Cultural Espírita de Barcelona – Delegado de la Federación Espírita Española en la reunión de la Federación Internacional Espírita, celebrada en París, el 4 de Septiembre de 1932, miembro de Unión Patriótica (Religión, Patria y Monarquía), Juez Municipal de Santa Coloma de Gramanet, vocal de la Sociedad Española de Plasmogenia, Conferenciante en el Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos, también defensor de miembros del som etent durante la sublevación de Octubre del 1934, Presidente del Aragón Boxing Club.

DEDICATORIA

**A MI ESPOSA MARÍA SALOMÉ
PAYTUBÍ**

*También tú has de ser la madre de mis hijos
espirituales.*

*Por ti conocí el amor, y, sin amor, no se
puede escribir libros.*

JOSÉ MARÍA SESERAS Y DE BATLLE

PREFACIO

Lector, hermano, quien quiera que seas: Hace varios años que tenía el proyecto de dar a la publicidad una serie de notas que, día tras día, iba coleccionando, guardándolas como preciado tesoro; pero el temor de caer en la posibilidad de que alguien, pudiera calificar mi labor como un nuevo libro de espiritismo, me hacía desistir, porque no era éste mi deseo; no quería ofrecer a mis lectores una nueva obra de espiritismo, pues muchísimos más de lo que yo podría decir, ya lo han dicho, lo han expuesto brillantemente, verdaderos iniciados y eminentes pensadores, que se han ocupado del asunto.

Leía, releía mis notas, mis apuntes, con tanto celo recogidos, y gozaba con ellos, no sólo por los bellos momentos que me recordaban, sino por las realidades que me ofrecían, y una pregunta me atormentaba: ¿tenía yo derecho a deleitarme solo, a gozar en el aislamiento de mi estudio de toda aquella bendición, que era mía, porque yo la había recogido con cuidado del Espacio, que es el manantial pródigo e inagotable de incalculables tesoros éticos, morales, filosóficos, pedagógicos, fuente, en fin, de todos los conocimientos que el hombre tiene, porque los ha subido recoger y guardar? ¡No, no! decía mi ser, con aire de protesta—; ¡eso es para todos tus hermanos! ...

En lo humano, cabe el egoísmo de ocultar lo que uno posee, y considera bueno, pero, desde el punto de vista de las máximas espiritistas más elementales, cuando se aprende algo, de muy poco provecho sirve si no se aplica a procurar que los demás, los semejantes, los hermanos, lo aprendan también y he aquí mi lucha: por un lado, no hacer un libro, pero, por otro, sentía necesidad de escribirlo; ¡¿cómo ambas necesidades tan contrapuestas! Al fin, tras muchas disquisiciones conmigo mismo y no pocas horas de sueño perdidas meditando, me decidí a escribir una novela, que, como habrás leído, en el título «espiritista», porque está basada en estudios, observaciones y experimentos espiritistas.

Claro que, como en toda obra literaria, he tenido que inventar una farsa, el argumento, y en él toman parte diferentes personajes que actúan y hablan; fíjate cómo se mueven y óyelos con atención, que así, sólo así, conseguirás apoderarte del alma de mi obra.

Mi libro sale a la luz sólo. No he querido pedir a ninguno de los eminentes sabios que hay en el espiritismo, un prólogo, y he preferido esperar la crítica de los lectores.

Pensad de mi obra lo que queráis, opinad como mejor os plazca; nada ha de enturbiar la firmeza de mis convicciones y siempre hallaréis un verdadero hermano en

EL AUTOR

Domingo de Julio. El sol abrasa. *Luis Antonio* saborea su taza de café, junto al balón que da a una de las calles más céntricas de la ciudad. Bullicio en la calle. Voces diversas aturden. En la acera de enfrente, y algo más hacia abajo, hay una taquilla de los toros. La muchedumbre se estruja, y pugna, porque todos quieren ser los primeros, y nadie quiere quedarse sin billete. Torea uno de los fenómenos de más renombre, y es cosa de no dejarse perder la corrida. Los guardias miran estoicamente el desorden que hay ante la ventanilla de la taquilla. Están acostumbrados a que no ocurra nada. Los gritos, las discusiones de la gente de toros, quedan siempre en agua de borrajas. Es la canción de todos los domingos y días de corrida.

Un enjambre de chiquillos agotan los pulmones pregonando su mercancía, que consiste en unos cuantos periódicos ilustrados, números atrasados, que venden por una perra gorda y que, según ellos, pueden aplicarse a diferentes menesteres: para leer, pasar el rato y no ensuciarse la ropa. Otros mercaderes anuncian también lo suyo ¡La rica limonada! ¿Quién la bebe? ¡Fresquita, fresquita!— ¡Abanicos! — ¡Mantecao, el mantecao fresco! ¡Quién lo pide!

— ¡Que no, ea, que no me muevo! ¡Que dé la vuelta por la otra calle! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Que nadie se mueva! — Los aficionados son los verdaderos amos de la calle. Son gritos lanzados en protesta de una jardinera que quiere pasar, y los grupos que esperan su turno no la dejan. Los caballos impacientes resoplan y manifiestan sus nervios por fuertes golpes dados contra el suelo, con las patas ansiosas de correr y hacer sonar los cascabeles con qué han sido adornados, por la solemnidad de la fiesta. Es el día de San Jaime, y hay que celebrarlo con pompa, pues la fiesta más española son los toros.

— ¡A ver si me voy a, estar aquí toda la tarde! — exclama el cochero, con marcado deje de impaciencia.

— ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Que dé la vuelta!

— ¿La vuelta? La vuelta va a ser la que yo vaya dar a tu cabeza con el látigo, morral, que ya me estáis cargando con este vicio. ¡Ale, Lucerito! ¡Angelito, vamos!

La gente se aparta, para dejar pasar la jardinera en busca de los señores, dejando sonar los cascabeles a manera de heraldo anunciador.

— ¡Bruto! ¡Animal! ¡Maldita sea tu estampa! ¡Así te mueras, ladrón! — exclaman a coro los pacientes que guardaban turno, cuando ya la jardinera ha pasado y está algo lejos. Es la reacción de la sangre que bulle cuando ya no hay peligro de colisión. Ya todos son valientes. — ¡Qué se ha creído este hijo de mala madre! ¡Como vuelva a venir otro coche, no pasa!

Efectivamente, a los pocos momentos, otro coche y otros valientes de guardarropía, que gritan cuando ya ha pasado, y otro y otro, hasta que va aproximándose la hora de la corrida, que la calle va quedando desanimada cuando ya han pasado los toreros, camino de la plaza.

Luis Antonio miraba todo lo que queda descrito, sin darle importancia. Era también aficionado a los toros, pero como gozaba de espléndida posición, ya tenía los billetes desde la víspera, o desde hacía dos días. ¡Cualquier día se quedaba él sin ver la corrida! Primero se quedaba sin comer. Y luego, al salir en el casino, las discusiones, los comentarios, el alarde de tecnicismo que todos hacían era, como si dijéramos, el alma de la fiesta. La caída tal. Aquel quite tan a tiempo. Aquel par de banderillas que era imposible clavar porque no tenía salida, y el toro había ido comiendo terreno. Aquella rebolera. Aquel farol. El sablazo indecente de fulano. El molinete en la propia cuna de zutano. La mala sombra de aquel picador que abrió el boquete, y dejó el palo clavado. Los saltos del toro cuarto al callejón, y el guardia de seguridad saliendo de estampía. En fin, todos los incidentes de la lidia eran la comidilla de la noche. No todos entendían lo suficiente. *Luis Antonio* era una autoridad en materia taurina, y a él se sometían las dudas, cuando una discusión se complicaba demasiado.

— ¿Lo ves? Tenía razón yo, cuando decía que no debía haber obligado tanto al animal, era una imprudencia, que salió bien porque la Providencia siempre vela por los toreros, pero lo hizo sin saber lo que hacía.

CARMELA

— Sí — confirmaba *Luis Antonio* —, arriesgó demasiado,



porque se metió a pisar los terrenos del toro sin fijarse en que el animal, por propio instinto de nobleza, y sin querer, podía haberle dado un disgusto; ése no es torero, ni lo será nunca; es lo que realmente se llama carne de toro.

Y lanzaba una bocanada de humo, después de haber pronunciado su fatal sentencia.

Aquella tarde, también fue a los toros. Pero fue sólo. Su amigo, *Pepe Almagro*, que debía de haber ido a buscarlo, no acudió, ni le envió recado, y la hora de empezar se aproximaba.

— ¡Bah! — pensó *Luis Antonio*: —. Ya veremos después lo que le ha ocurrido.

Era muy raro que *Pepe Almagro* no hubiera ido a buscarle, porque siempre iban juntos. Eran amigos de muchos años, compañeros de estudios, y los dos habían perdido a sus

esposas en plena juventud. Estaban unidos por los lazos del dolor y de la buena y antigua amistad, y eran inseparables.

Ángela se llamó la esposa de *Pepe Almagro*, y *Carmela*, la de *Luis Antonio*. La primera murió víctima de un accidente, montando a caballo, y la segunda tuvo más suerte, según opinaba *Luis Antonio*, pues murió en su lecho, víctima de rápida enfermedad.

Los dos se sentían doblemente desgraciados, porque, aunque no eran religiosos, sentían el cosquilleo de la tradición y de lo que toda la vida habían visto en sus casas, y ambas esposas habían tenido que morir sin que se les administraran los auxilios espirituales. *Pepe Almagro* justificaba su situación en cierto modo, diciendo que había sido inevitable, pues no hubo tiempo por haber quedado muerta en el acto, pero el pobre *Luis Antonio* sentía el remordimiento de conciencia de no haber cumplido con su deber, pues, aunque lo había hecho para no asustarla, ahora, Dios sabe dónde estará su alma, por su culpa. Este problema les tenía algo intranquilos, y dejaban que el tiempo, gran remediador de las cosas, fuera pasando y borrara su pesar, pues ya estaba hecho y por tanto, era irremediable; todo se había perdido. Afortunadamente, eran buenas las dos, y a ninguna se le conocía pecado mortal que la privara de poder alcanzar algún día la bienaventuranza eterna. Era cosa de evitar los sufrimientos del purgatorio, pero como no se podía remediar más que con oraciones o con misas, hacían cuanto podían para que el tiempo de sus sufrimientos expiatorios fuera más corto. Unos padres, muy acreditados, aconsejaron a *Luis Antonio* que lo mejor que podía hacer era una limosna de importancia para las necesidades de la Iglesia, y en seguida, los sufrimientos de su adorada *Carmela*, que también ellos lloraban, porque de ella habían sacado mucho y bueno, se verían, si no suprimidos, por lo menos mitigados, porque Dios, en su justa misericordia, se compadecería de él y otorgaría a *Carmela* determinados privilegios de indulto. *Luis Antonio* regaló a los padres unos terrenos muy hermosos, para la construcción de una capilla, y contribuyó con no pocas dádivas, a su terminación. Así se conciliaron tres cosas: los padres tuvieron capilla, *Carmela* fue

CARMELA

indultada de parte de sus penas y *Luis Antonio* quedó tranquilo, porque había salvado a su amada *Carmela*.

Unos parientes pobres que tenía *Luis Antonio* trataron de hacerle comprender que Dios vería de mejor agrado que les diera una ayuda, antes que atender a los frailes en su demanda, pero tuvieron que desistir de seguir por semejante camino, pues *Luis Antonio* daba más crédito a lo que le decían aquellos sabios teólogos, que a lo que sus parientes le mostraban con la terrible realidad de la verdad. El no daba nada a los curas; él lo hacía para que la obra de Dios, que era la Iglesia, pudiera ver cubierta una de sus necesidades, y antes que los parientes, era Dios, que por mediación de aquellos eminentes doctores en Teología, le había pedido la limosna que tan sinceramente dio, ino faltaba más!

Precisamente aquella mañana, habían estado en su casa para hacerle una visita, a pesar de todo, le querían porque siempre les daba alguna cosa con qué mitigar sus necesidades, que eran muchas.

Además, les producía mucha pena verle tan sólo. Joven, con dinero, y en manos de criados, que todos hacían cuanto podían para que el señorito estuviera contento, pero que todos le robaban al menor descuido.

— Lo que tú debías hacerle decían es casarte nuevamente.

¡Casarse! ¡Jamás! Adoraba a *Carmela*, la había querido demasiado para que su corazón se emponzoñara con la sombra de un nuevo cariño; guardaba sus recuerdos como tesoro de inapreciable valor, y sólo hablaba de ellos con su inseparable amigo *Pepe Almagro*, que sabía comprenderlo, porque sufría el mismo dolor, porque le amargaba la misma pena. Otra mujer no sabría comprenderlo, no podría amarle como le amó *Carmela*. ¡No, no! no volvería a casarse. Para dar satisfacción a la carne, había muchos medios y gozando de las facilidades económicas que él poseía, el problema quedaba resuelto. Por eso no tenía ninguna necesidad de complicar a su corazón, que era el sagrario de su *Carmela*.

Por las noches, cuando quedaba sólo en su habitación, antes de acostarse, se sentaba junto a un retrato de *Carmela* y hablaba con ella, le contaba sus cuitas, le pedía consejos, no podía resignarse a haberla perdido para siempre. A veces, la intimidad de su ser se rebelaba. ¡Dios no es justo! — se decía —. Pero, inmediatamente, rectificaba; si, Dios ha de ser justo siempre; y continuaba en sus meditaciones, fundándolas en toda la filosofía que había aprendido de su madre y de los curas que le habían enseñado las primeras letras. ¡Dios nos premia o nos castiga con arreglo a nuestras obras, y además, El, en su suprema sabiduría, sabe lo que a cada uno nos conviene, y no podemos rebelarnos contra las resoluciones del Altísimo, ni aun cuando nos manda los castigos más atroces!

Así hablaba el pobre *Luis Antonio* consigo mismo, y así se convencía de que todo estaba bien hecho y quedaba tranquilo, sin ver la grave ofensa que hacía a Dios, sin ver que toda aquella serie de embustes, base de su filosofía, era algo muy cómodo para dar satisfacción a la conciencia, pero era una grave ofensa que se acusara a Dios, porque Dios no puede premiar ni castigar a nadie. Dios, Suprema encarnación de la bondad en su más pura esencia, nunca castiga, si así ocurriera, ya no sería Dios, porque el que ha cometido una mala acción puede repararla, y en esta forma, si uno comete una mala acción, por aquel sólo hecho, ya tiene que recibir el castigo de las penas eternas del infierno. Ese Dios que inventó el infierno no puede ser Dios, es un monstruo, que goza con el dolor de los seres por él mismo creados, a los que, por haber delinquido les ha condenado, nada menos que por toda la eternidad, a los horrores de la tortura. El castigo no es justo nunca, cuando no sirve para depurar la falta, cuando deja de ser el camino de redención, el castigo se convierte en despotismo, en tiranía, y Dios no es déspota, ni tirano. Dios es justo y bueno, y no sería justo ni bueno, si creara criaturas con la posibilidad de pecar, y por tanto, de hacerse acreedores a las penas del infierno.

Hay mucha gente en la tierra como *Luis Antonio*, o mejor, como *Luis Antonio* sentía la vida del Más Allá; hay mucha gente que piensa de la muerte lo mismo, que con ella se acaba todo y empieza la bienaventuranza o la desdicha del alma.

CARMELA

No, nada se acaba con la muerte. Todo sigue igual; la tierra se queda con el cuerpo, con la materia, porque es suya, y el alma vuela al Espacio, que es de donde vino; y todo sigue su camino evolutivo; el cuerpo se pudre y andando el tiempo, se deshace, se descompone sus elementos integrantes que van cada uno a su lugar y se juntan y separan según la Ley; y el Espíritu, el Ego, queda intangible, no muere, no puede morir, sigue también su camino evolutivo hacia el Progreso, nunca retrocede, avanza siempre, y jamás pierde lo que ha ganado.

Pero todas estas cosas las ignoraba *Luis Antonio*, porque nunca se había detenido a reflexionar sobre el Más Allá; ya le habían enseñado lo que era indispensable para la salvación del alma, y no había necesidad de meterse en averiguaciones. Todo lo que por ahí se decía era obra del demonio, y no estaba dispuesto a que el demonio hiciera presa en él. Así vivía tan a gusto y feliz, porque creía que con no hacer mal a nadie y cumplir con los preceptos de la Iglesia, estaba todo resuelto; no hacía falta otra cosa. Y los días pasaban monótonos, grises o alegres, sin analizar el porqué de la vida, sin saber de dónde venía ni a dónde tenía que ir a parar después; y su vida era triste, porque la vida, sin un poco de filosofía, es siempre triste.

Salió de los toros algo preocupado, porque la corrida había tenido una serie de incidentes; a *Luis Antonio* le pareció distinta de las otras infinitas que había visto, porque estaba solo, le faltaba su inseparable compañero *Pepe Almagro*, y cuando uno va solo a los toros, es más importante lo que se piensa del espectáculo, que lo que se ve. Como no se contagia del entusiasmo, resulta que los pensamientos pueden más que la lidia, y al ver salir el borbotón de sangre de los inocentes pechos de los caballos, víctimas de la traidora cornada, se indigna uno ante tamaña barbarie, se crispan los nervios cuando se ve que con tanta frialdad se lleva hasta casi cerca de las astas del toro al pobre animalito, que, durante años y más años, ha dado su servicio al dueño y que, por ser viejo, tiene que morir en una forma tampoco noble, tan indigna de quien se precia de civilizado. Y eso es lo que a *Luis Antonio* le estaba ocurriendo; había asistido a la corrida, y tuvo tiempo de reflexionar ante el espectáculo; no se explicaba cómo antes no

se le había ocurrido pensar en todas las cosas que ahora tenía ante sí, y no comprendía tampoco cómo los hombres no se dan cuenta de lo mismo que ahora él veía tan claro. Es que la psicología del público de toros es tan compleja, que cuesta mucho llegar a comprenderla; casi todos los que asisten son personas dignísimas y buenos amigos en el terreno particular, cuando se trata de algo que no sea toros; pero al llegar a su punto flaco, pierden la serenidad y podríamos calificarles igual que a los cazadores, pues yo siempre he dicho, por la serie de casos que he visto, y en los cuales he tenido que intervenir profesionalmente, que un hombre, cuando lleva la escopeta de caza, y más particularmente si está en el monte, ya no es un hombre, es un cazador, y conste que no está en mi ánimo ofender a nadie, relato hechos, y nadie tiene derecho a ofenderse.

Para que no faltara nada, también aquella tarde había habido una gran cornada, en muslo de un pobre banderillero que tuvo que ser llevado a la enfermería, entre el natural estupor del público, que veía manar, por la herida abierta, abundante sangre; estupor momentáneo, pues, a pesar de que no se sabía si por aquella herida se escaparía la vida del torero, la corrida continuó con el mismo entusiasmo y sin que ya nadie más se acordara de aquel pobre muchacho, que sufría porque había querido complacer demasiado al público.

En aquellos momentos, *Luis Antonio* no era un aficionado que va a los toros, como va la inmensa mayoría, a divertirse y alargar después, con los comentarios más o menos apasionados, los incidentes de la lidia. No, *Luis Antonio* era entonces un filósofo. Estuvo solo toda la tarde; se dejó llevar de su fantasía, y la fantasía dio el brazo a la razón; por eso *Luis Antonio* estaba triste; a pesar de haber sido una buena corrida, no se había divertido como en otras ocasiones.

Pensaba en todo, al salir de la plaza; en las pobres madres, esposas o novias de los toreros y demás subalternos, que tienen que bregar con las fieras que salen del toril; en los martirios injustos que se dan a los pobres caballos, que pagan tan inicuaamente una vida de trabajo; en lo que tienen que sufrir los toreros, cuando son víctimas de una cogida, o lo es un

compañero y tienen ellos que continuar la corrida, como si nada hubiera pasado, habiendo quedado en la enfermería el dolor, el sufrimiento y acaso la vida del compañero que substituyen; y hasta en el mismo toro, que también es víctima de la fiesta, porque nadie tiene derecho a hacer sufrir, en la forma que se hace a un toro de lidia, a ningún animal.

Estos pensamientos, unidos a la reflexión de que no acertaba a comprender por qué no se le habían ocurrido antes todas estas cosas, tenían el ánimo de *Luis Antonio* abatido hasta el extremo de que algunos de sus amigos, al verle salir de la plaza tan apesadumbrado, se preguntaban qué es lo que debía de haberle pasado. Pero seguían su camino, porque la humanidad es así, no fuera cosa que les molestara en algo, después de todo, ya se enterarían, porque en las ciudades pequeñas, se entera uno de todo lo que le ocurre al vecino, y más tratándose de una persona de categoría social, como era la de *Luis Antonio*.

Sin fijarse en los lugares por donde pasaba y dando un gran rodeo, ensimismado en sus pensamientos, que le tenían por completo abstraído, pasito a paso, fue *Luis Antonio* yendo hacia el casino.

El bullicio acostumbrado en los días de fiesta, daba al casino un aspecto alegre; ya empezaba a estar llena la terraza de la parte de la Explanada, que era el Paseo del Puerto, donde la banda municipal daba conciertos todos los días de fiesta, por la tarde, y algunos días verbeneros, por la noche.

Se sentó *Luis Antonio* en una de las pocas mesas que quedaban vacías y antes de que el camarero se acercara a preguntarle si quería tomar algo, unos amigos se sentaron con él para pedirle informes de la corrida y aclarar dudas; era el asunto de siempre y se recurría a él, como técnico experto y gran conocedor de la materia. Esta vez, los amigos salieron algo decepcionados, porque *Luis Antonio* no era el mismo de otras veces. Algo le debió ocurrir — decían —, porque es extraño en el ese sello de tristeza, esa abstracción y el poco entusiasmo con que nos contesta.

El calor abrasaba. Los grupos de señoritas que paseaban por la Explanada eran heraldo de un enjambre de estudiantes que sentían el cosquilleo del amor, con esa sinceridad de los primeros años; del amor que aun no ha sido empañado por el vicio; de ese amor que debería ser la antorcha que iluminara siempre el camino de la vida, pero que se embrutece y se vicia, cuando las amarguras y los desengaños, o la propia inclinación al mal, lo convierten en goce de la carne y deja de ser bienestar del alma.

Aun había día para rato. Una melodía que interpretaba la banda lanzaba al aire sus armoniosas notas, y el sol iniciaba su marcha hacia el ocaso. Era la hora de paz, y todos sentían el dulce bienestar del momento.

La tertulia de *Luis Antonio* se fue animando. Era de conversación amena, y todo el mundo gustaba de su amistad; poseía una cultura poco común en relación a sus amistades, pues, además de ser abogado, aunque nunca había ejercido, porque no le había hecho falta, era gran aficionado a las buenas lecturas, y le interesaba todo cuanto se refería a las bellas artes. Sin pedantería de ninguna clase, cosa que aun le hacía más agradable y simpático, exponía sus diferentes puntos de vista en forma que causaba admiración, porque tenía el arte del bien decir y adornaba todo cuanto hablaba con una expresión de conceptos verdaderamente admirables. Como suscriptor de muchas revistas extranjeras, siempre estaba al corriente de lo que pasaba en el mundo, y ello le valía para aumentar doblemente su fama de hombre de talento. Era abierto de corazón para con todos, y todos se hallaban bien a su lado.

Se hablaba de todo; también había algún tijeretazo, porque no se podía olvidar la tijera estando en una tertulia mundana, y precisamente, en aquella ciudad tenían la mala costumbre de recortar al vecino, hasta el extremo, de que en el casino, en una de las salas de fiestas, había una especie de mirador que algún ingenioso calificó con el título de «la sastrería», y así le ha quedado la etiqueta, hasta la consumación de los siglos.

CARMELA

Cuando más animada estaba la conversación, y en un momento en que todos se encontraban a sus anchas y bien, hizo acto de presencia *Pepe Almagro*, rebotante de satisfacción, a tal extremo, que todos le preguntaron el motivo de tanta alegría, porque apenas llegar, empezó a bromear con todos, hasta con aquellos que no le eran del todo simpáticos, pues *Pepe Almagro* no era igual que *Luis Antonio*, y no gustaba del trato de según qué clase de gentes, a las que decía, era preciso tener a distancia, pues si les das uno, se toman cuatro, y eso, él no estaba dispuesto a consentirlo, porque le gustaba guardar la distancia. Aquel día era distinto, le parecía que así obraba de acuerdo con su conciencia. Venía lleno de sano optimismo y quería hacer partícipes de él a todos los que estaban con su amigo *Luis Antonio*.

Que no se molestaran, porque nadie sabría a qué era debido su estado de ánimo; él se sabía sus cosas y para nada tenía que comunicarlas a nadie, porque a nadie le importaban. *Luis Antonio* le reprochó su comportamiento para con él, pues hacía mucho tiempo que no le había hecho una cosa igual, y *Almagro* no contestó, se limitó a encogerse de hombros, como diciendo que ya estaba hecho y dándolo como cosa pasada, pero *Luis Antonio* adivinó, o quiso adivinar, que tras aquella seña displicente, se escondía el vivo deseo de hablar con él a solas. Algo grande había pasado, porque *Pepe Almagro* no era capaz de hacer una acción semejante a su amigo. *Luis Antonio*, como buen observador, miraba y observaba a su amigo *Pepe*, y cada vez estaba más convencido de que lo que *Pepe* quería era quedar a solas con él. Dejó pasar un rato, a pesar de todo, y cuando le pareció que ya los demás no podrían sospechar que por haber llegado su amigo inseparable, les abandonaba, inició la partida, pretextando el deseo de dar un paseo antes de ir a su casa. *Pepe Almagro*, aprovechando el deseo de su amigo, ofreció ir con él, y previas las despedidas consiguientes, se perdieron los dos del brazo entre el amado gentío que a aquellas horas llenaba por completo el Paseo de la Explanada.

Luis Antonio, ya en el terreno de la buena amistad volvió a reprocharle su conducta, y *Pepe* contestó que ya le explicaría todo lo que había pasado, en el momento en que estuvieran

solos los dos; era demasiado importante y serio, para tratarlo entre tanta gente.

– Si quieres – le dijo –, podemos llegarnos hasta el rompeolas, y allí te contaré, algo que va a asombrarte, algo que no podías haber negado a imaginar nunca, porque como yo, has tenido la desgracia de no haber conocido, pero que, afortunadamente para los dos, y acaso para alguien más, hemos llegado a tiempo todos, y va a cambiar por completo nuestra vida.

Luis Antonio preguntó, trató de indagar, pero todo fue inútil.

– Te he dicho que no voy a decirte nada hasta que estemos en el rompeolas, y hasta llegar allí, no quiero hablar; es demasiado hermoso el cuadro para que lo profane con un marco vulgar, quiero estar junto al mar y precisamente en el momento, que está próximo la puesta del sol, cuando se da uno cuenta de la verdad de la inmensidad que nos rodea, cuando se contempla cómo obedece todo a la ley divina, que es eterna, e inmutable, que es sabia y justa. Tú, *Luis Antonio*, tú, con todos tus conocimientos continuaba *Pepe Almagro* –, tú no sabes nada de lo que con mayor interés deberías saber, tú lo ignoras todo, y cuando yo te hable, cuando te explique lo que podemos llegar a saber, vas a quedar maravillado. Estamos todos salvados, tú, yo, *Ángela*, *Carmela*, todos, a todos interesa el estudio de lo que yo he descubierto.

– Habla – decía *Luis Antonio* –, que me tienes impaciente.

– Espera que lleguemos al final, cuando quedemos solos los dos, cuando nadie nos estorbe, cuando la noticia que te voy a dar sea para ti solo, porque tú eres mi amigo de verdad, y desde hoy, eres más que amigo, desde hoy, desde esta tarde, desde que sé lo que después verás, eres mi hermano.

Así iba expresándose *Pepe Almagro*, con gran admiración de su amigo que, al mismo tiempo, lo oía con cierto temor, porque pensaba que había perdido el juicio. Si no se había vuelto loco, poco le faltaba. *Luis Antonio* andaba sumido

en un mar de confusiones. Acaso — pensaba — se ha vuelto loco de verdad y quiere hacer alguna barbaridad, arrojándose al agua por entre las rocas, o haciendo alguna cosa impropia de un hombre que tiene su cabal juicio, porque, no hay duda, Pepe está loco; no razona; habla de cosas que jamás le oí y se expresa en una forma que me parece que ya no tiene cura.

Con estos razonamientos, llegaron al fin del camino prometido por *Pepe*; *Luis Antonio* daba gracias a Dios, porque ahora saldría de dudas con respecto a la situación de su amigo, y *Pepe*, que comprendió perfectamente lo que *Luis Antonio* estaba pensando, le cogió cariñosamente por el brazo y le dijo:

—Ya sé que tú, en estos momentos, estás pensando que me he vuelto loco, pero no lo estoy, y de ello te darás perfecta cuenta en cuanto hayamos hablado. No tengas cuidado, que estoy en mi sano juicio, nunca estuve mejor que en estos momentos. Fíjate en el mar. ¿No te dice nada? ¿No ves en él la mano de la Suprema Inteligencia? ¿No oyes su voz? ¿No ves nada en esas estrellas que ya empiezan a querer iluminar la oscuridad de la noche?

Luis Antonio quedó asombrado. Decididamente estaba loco de remate. Ningún loco quiere que sea dicho que lo es, y *Pepe* afirmaba con vehemencia que no lo estaba, pero demostraba, con los disparates que decía, que realmente no tenía cura.

Al último, llegaron al final tan esperado por *Luis Antonio* para salir en definitiva de dudas y saber a qué atenerse con respecto al raro comportamiento de *Pepe*.

Se sentaron en una de las rocas, al borde del agua; el mar lamía las rocas con esa dulzura de paz de las horas de calma, el vientecillo suave, que indiscreto, quería ser también testigo de lo que hablaran los dos amigos, les besaba al envolverlos, era la caricia suave de la brisa marina, que orea las frentes y parece que limpia las inteligencias, porque junto al mar se piensa más claro. Son misterios para los profanos, pero realidades evidentes, para los que conocen algo de los innumerables secretos que hay en lo oculto y que se van descubriendo con el estudio, con la constancia, con las ansias de aprender.

— Ea — dijo *Luis Antonio* —, supongo que ya podré saber a qué obedece tu extraño proceder de esta tarde. ¿Dónde has estado? ¿Por qué no has ido a buscarme como de costumbre? ¿A qué son debidas todas estas cosas disparatadas que has venido diciendo desde que hemos dejado los amigos? No acierto a explicarme que un hombre como tú se exprese en la forma que has venido haciéndolo.

Pepe Almagro, apoyadas las manos en su rostro y los codos en las rodillas callaba, contemplaba la inmensidad azul, el horizonte donde se juntan el cielo y el mar, y parecía sumido en meditación. Su amigo le contemplaba atemorizado, pero decidido a esperar, no fuera cosa que, con su insistencia, provocara a *Pepe Almagro* algún acceso.

— Sé que va a sorprenderte lo que voy a decirte — al fin dijo *Pepe* —. Probablemente, te burlarás de mí, porque es algo para ser visto, y no basta la explicación sincera de la concepción de un amigo, para comprender la verdad indiscutible de lo visto por él; es preciso ser testigo presencial de ello para que se puedan borrar todos los prejuicios, todos los castillos fantásticos que la ignorancia ha creado alrededor del asunto, pues de lo contrario, se expone uno a que piensen de él lo que tú seguramente pensarás de mí. Quisiera que te dieras cuenta de que te estoy hablando sinceramente, razonadamente, y que no vieras en mí desequilibrio mental de clase alguna.

Efectivamente, en lo que hasta aquí había dicho *Pepe*, no había nada extraordinario, ni nada para alarmar a su amigo; se expresaba con lucidez y su actitud era la de un hombre reposado que, cuando habla, razona. Sin embargo, por las explicaciones dadas hasta entonces, *Luis Antonio* no se había enterado de lo que principalmente le preocupaba, o sea, el motivo del estado de ánimo de su buen amigo.

— Sigue, sigue — continuó *Luis Antonio* —, te escucho y no veo en ti nada extraordinario que me asombre, te estoy escuchando con toda atención y deseo seguir oyéndote, como lo voy haciendo hasta ahora.

— No he ido a buscarte — siguió diciendo *Pepe Almagro* — porque he asistido a una reunión espiritista.

CARMELA

No es para describir la cara de asombro que pondría *Luis Antonio*, porque *Pepe Almagro* le objetó rápido, al darse cuenta de ello, diciéndole:

—Ya me esperaba que te sorprendiera mi salida, pero no importa. Déjame que te explique, y verás si tengo razón al decirte que he visto que es preciso cambiar el modo de conducir la vida. Estamos equivocados. No entendemos la vida más que en un aspecto.

Nacer, morir; son incidentes. No, *Luis Antonio*, no. No se muere nunca, vivimos siempre en esencia, que es lo importante, y por lo tanto, ni *Carmela* ni mi *Ángela* están muertas, viven, velan por nosotros, nos ayudan y ¡asómbrate! podremos hablar con ellas algún día.

Al llegar aquí, *Luis Antonio* no pudo contenerse. Afortunadamente, la manía de *Pepe Almagro* era de las que no podían ocasionarle ningún perjuicio. Realmente, estaba loco perdido, pero se trataba de una clase de locura que podría arreglarse. Cuando *Pepe* dijo que podían hablar con sus esposas, no pudo contener una carcajada, que brotó espontáneamente. — « ¡Pobre amigo mío! » — pensó.

— No te rías — siguió *Pepe* —, no te rías, que no sabes lo que haces. Sólo quiero de ti una cosa, sólo te exijo, en nombre de nuestra buena y antigua amistad, una promesa. Que vengas un día conmigo al sitio donde yo he estado esta tarde, y que veas lo que he visto yo, para que puedas juzgar. No he visto casi nada, pero lo suficiente para quedar convencido de la verdad y de la grandeza de la idea. Yo quiero estudiar, yo quiero saber y sabré, porque tengo confianza en los amigos que celebran aquellas reuniones y me han dicho cosas que realmente son dignas de estudio.

Hablaba seriamente, cuerdamente. *Luis Antonio* no quiso ofender a su amigo, y después de meditar unos instantes sobre la conducta a seguir, le prometió que iría con él al lugar que le indicase, pero sin compromiso de ninguna clase. El no estaba tan propenso a que lo engañaran, a que lo ilusionaran, como habían hecho con *Pepe*, que era de un carácter meridional, dispuesto a entusiasmarse por la cosa más

insignificante. Había leído bastantes libros de espiritismo, y le parecía bueno para pasar un rato, pero no para ser tomado en serio, y si se disponía a asistir a una sesión, lo hacía sólo para dar gusto a su amigo, pero iría prevenido para hacerle ver la verdad, para abrirle los ojos a la realidad y librarle de una condena segura, puesto que, un buen católico, ha de despreciar siempre esta clase de supercherías que ofenden a Dios.

La noche había extendido su manto. La hora de regreso estaba iniciada, y decidieron cenar juntos en casa de *Luis Antonio*.

Pepe había vuelto en sí, al parecer de su amigo; ya no se habló más de espiritismo. Ambos estaban satisfechos; *Pepe Almagro*, por la tarde pasada tan agradablemente, y *Luis Antonio*, porque se había dado cuenta de que el estado de su amigo no era lo que al principio había creído. Caminaban del brazo, conversando de cosas pasadas, de recuerdos que tan felices les hacían a los dos. Sus pasos resonaban en la inmensidad que les envolvía, y así iban acercándose de nuevo a la ciudad. A sus pies, el mar dormía...

Luis Antonio estaba preocupado. Siempre le había gustado llegar al fondo de los asuntos que se proponía estudiar, y lo que con *Pepe Almagro* habló el domingo, le llenó de preocupaciones. A pesar de su carácter, *Pepe Almagro* era hombre perfectamente equilibrado, y no le gustaba decir cosas a humo de pajas. Algo debió haber visto en aquella reunión, y era preciso que él también fuera, porque únicamente tenía del asunto vagos conocimientos, aparte de lo que unos cuantos libros le habían dicho, aunque fueron leídos sin marcado interés y únicamente a título de curiosidad, para llenar el tiempo de sus horas de ocio, que eran muchas durante el día. ¿Sería verdad que no se muere? ¿Había la posibilidad de poder hablar con *Carmela* algún día? Si realmente fuera verdad, los sabios teólogos cometían con él la mayor de las infamias; era un atropello robarle su dinero para mitigar el dolor de *Carmela* y que a ella no le sirviera de nada. No, no. La fantasía de cuatro despreocupados, que querían cazar incautos, para sus fines particulares, había inventado tamañas atrocidades, pero él desenmascararía a los impostores, a los explotadores de la

CARMELA

ignorancia, que tanto daño causan a la humanidad, haciendo creer a gentes sencillas los mayores absurdos. Así razonaba nuestro amigo, con arreglo a lo que tenía aprendido, y no concebía que pudiera existir nada mejor. El domingo se acercaba, y con él, la hora de la esperada reunión. Los dos amigos se vieron todos los días en las horas y sitios de costumbre, pero nada se hablaron del particular que tenía a los dos sobre ascuas, hasta el sábado por la noche, al despedirse, que preguntó *Pepe Almagro*:

- ¿Ya te acuerdas de la promesa?
- Sí, me acuerdo.
- A las tres, vengo por ti.
- Conforme.

A las tres en punto, llegó *Pepe* a casa de *Luis Antonio*. Tomaron café, encendieron dos puros habanos y, al contemplar el humo, que en espirales se perdía hacia lo infinito, hasta hacerse invisible, dijo *Pepe*:

– Es maravilloso contemplar cómo llega a perderse la visión de algo que se descompone, pero que sin embargo, sigue su marcha, porque nada se interrumpe, todo evoluciona. ¡Cuánto he meditado desde el domingo, cuánto!

– Mal camino has escogido, *Pepe* – contestó *Luis Antonio* –. No hay que ser tan exagerado en las cosas. Todo lo que no vaya precedido de los juicios de la razón y de la lógica, déjalo correr, hombre; no te preocupes, que no ha de servirte para nada práctico, y en este mundo, todo lo que no sirve para algo de provecho, estorba, y tú no tienes ninguna necesidad de preocuparte en nada que signifique esfuerzo. Afortunadamente para los dos, tenemos cuanto se nos pueda antojar, y no hay necesidad de que nos calentemos la cabeza con filosofías.

– Eso crees tú, eso creía yo también, pero no, amigo, no. Estamos en la tierra para algo más que para vivir y gozar de las riquezas, que al fin, si las poseemos, es porque las hemos encontrado hechas, y por eso mismo, nuestra responsabilidad es doble, porque hemos de emplearlas hacia fines nobles y

generosos y hemos de acordarnos que hay muchos hombres que valen más que nosotros y, sin embargo, sufren porque no les favorece la fortuna.

– ¡Vas a acabar muy mal! – le objetó *Luis Antonio*.

– ¡Qué le vamos a hacer! Será ésta mi misión.

– Bueno, bueno, mira, ¿sabes lo que he pensado? pues que no voy a esa reunión que te ha sacado de quicio. Prefiero vivir sin tanto análisis y sin toda esa sarta de tonterías que se te han metido en la cabeza.

– Tú verás. Iré solo. Será la primera vez que *Luis Antonio* falte a una promesa que me dio. Me resigno. No puedo imponerte mi voluntad. Respeto tu modo de pensar. Pero fíjate, *Luis Antonio*, en una cosa: ¿y si es la propia *Carmela* la que hizo que yo fuera a la reunión, para después llevarte?

– No, no puede ser. Deja a *Carmela*.

Los dos amigos se contemplaban sentados uno frente al otro, saboreando sus cigarrillos y no hablaban. *Pepe* había sembrado en el corazón de *Luis Antonio* una semilla que arraiga con primor y rapidez. ¡Quién sabe si podría hablar con ella! — pensaba *Luis Antonio*. Por otra parte, *Pepe* no se burlaba, le hablaba con sinceridad y sentía el dolor de que él no le comprendiera. Iré, iré — pensó —, aunque sólo sea por complacer a *Pepe* y por sacarle de dudas, para que vea claro y se quite de la cabeza esas cosas.

– Cuando *Pepe* se disponía a despedirse, *Luis Antonio* le detuvo:

– Espera, voy contigo, te acompaño.

– Tanto mejor — exclamó *Pepe* con satisfacción —. Cuando quieras podemos marcharnos.

Salieron, y como era temprano, pues la reunión no empezaba hasta las cinco, dieron una vuelta y bastante antes de la hora, ya estaban los dos amigos en la casa donde se tenía que celebrar la reunión. Era una casa particular, pero, para que nadie les molestara dieron al asunto forma legal, y habían constituido, entre unos cuantos, una sociedad que

denominaban, Centro Espiritista; allí se reunían y hacían cuanto estimaban conveniente y actuaban dentro de la ley. La señora de la casa era la médium mejor de todos los otros de que disponían, que eran dos o tres más. Componía la familia un matrimonio con una hija y los tres eran modelo de bondad y honradez a toda prueba. Todos los que los conocían se honraban con su amistad, porque estaban adornados de todas las virtudes. Predicaban el bien y, por el ejemplo, demostraban la firmeza de sus convicciones. Vivían en uno de los barrios más humildes de la ciudad y ocupaban un piso modesto. El marido se dedicaba a la venta de frutas al por menor, la esposa le ayudaba, y la niña, que adoraba a sus padres, ejercía de modista, y así vivían felices y contentos; muchas veces, tenían que pedir prestados un par de duros a cualquier amiga de los que frecuentaban su casa para poder comer, porque habían hecho alguna obra buena, o habían enjugado alguna lágrima, y ellos se habían quedado sin lo más necesario. Eran la bondad en esencia.

Tras las naturales presentaciones, se pusieron a hablar de astronomía, que era el punto fuerte de *don Julio*, que así se llamaba el dueño de la casa, y *Luis Antonio* pudo demostrar que también había estudiado la materia, pero desde un punto de vista completamente distinto y basándose en principios que están muy lejos de la realidad de las cosas. Había ido a muy buenos colegios, pero su instrucción fue siempre a base de curas, y esos señores explican sólo lo que les conviene que se sepa y en la forma que quieren que sea aprendido, y creen preferible guardarse la verdad de todo para ellos solos, pues no voy a ser yo el que les haga la injusticia de considerar que desconocen la evidencia. No, todos los curas saben lo que es el espiritismo, conocen su grandeza, practican determinados ejercicios y, cuando están solos, cuando nadie puede verlos y, por lo tanto, nadie podrá nunca echarles en cara que están un rato con Dios y otro con el Diablo, se entregan de lleno al estudio del espiritismo y hacen toda clase de trabajos propios al mismo.

— Respecto al espiritismo — dijo *don Julio* a *Luis Antonio* — nada quiero decirle. No es con lecciones teóricas

como va usted a saber nada; es precisa mucha constancia, muy buena voluntad y muchos deseos de aprender. Usted sólo es quien tiene que hacérselo todo, nadie puede darle nada, y yo espero que, si sigue usted viniendo por aquí, poco a poco, verá usted cosas sorprendentes, en las cuales jamás ha podido usted ni soñar siquiera.

– ¡Es un curandero! – terció *Pepe Almagro*.

– No importa – siguió diciendo *don Julio*: – La propia Iglesia nos enseña que de los mayores pecadores han hecho salir a los santos de más fama. Ahí tiene usted, los santos; ¿Quién hace los santos? ¿Dónde y por qué se obtiene este título? ¡Cuántas y cuantas cosas pasan por delante de los ojos de los hombres, y por no querer detenernos unos momentos a reflexionar, por no querer investigar y por aceptar como bueno todo lo que nos dan hecho, siguen a través de los siglos como si tal cosa. Si quiere usted estudiar y, en general, todo el que quiera estudiar, no le falta trabajo; le voy a hacer unas cuantas preguntas, para que usted mismo se las conteste: ¿qué somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Ha pensado usted alguna vez en ello?

Luis Antonio hizo un signo con la cara, que era un poema. No, nunca se le había ocurrido dedicar unos momentos al estudio de estas cosas...

– ¡Claro – siguió *don Julio* –, si lo que ocurre con usted pasa con la inmensa mayoría de los hombres! Hay que dar una explicación y con lo del cielo y del inferno, ya está todo listo, y no se aparte usted de ello, porque se expone a la venganza de Dios. ¡Pobre gente ignorante! ¡Qué lástima! El verdadero purgatorio, es aquí, en la Tierra, donde hemos de volver tantas veces como sea preciso para limpiar errores o culpas pasadas. Lo interesante es pues, reconocer la verdad de estos hechos, para ponernos en condiciones de suprimir viajes, porque lo que vamos ganando, nunca más podemos perderlo; la ley es seguir siempre el camino ascendente hacia lo Superior, por el amor, y el estudio, y lo Superior es la perfección. Cuando la Humanidad estudie y se dé cuenta de que todos somos hermanos, cambiará todo en una forma tan radical, que parecerá mentira que haya

pasado tanto tiempo dormida. Pero en fin, como no hay saltos en la ley, como no hay brusquedades, todo seguirá su evolución y ya vendrán los tiempos felices; no hay que correr nunca, cada uno tiene su momento, y todos vamos caminando por el mismo camino.

Hubo una pausa, ya empezaban a llegar los elementos acostumbrados. Todos buena gente, contra lo que *Luis Antonio* pensaba también acudían intelectuales, entre ellos, un médico, el *Dr. Basellas*, y un abogado que a pesar de su juventud, era muy conocido en el foro. *Don Julio* presentó a ambos a *Luis Antonio*, pues a *Pepe Almagro* ya se los había presentado el domingo anterior, y la conversación se hizo general, en tanto se aproximaban las cinco de la tarde. El médico y el abogado llamaron poderosamente la atención de *Luis Antonio*. Eso era algo distinto de lo que él se había imaginado cuando gentes de estudios, hombres de carrera, prestaban atención al asunto, es que merecía la pena de ser tenido en consideración, pensó. Pero no dijo nada, observaría y esperaría el resultado de sus observaciones.

Dieron las cinco menos cuarto, y cada uno fue a ocupar el lugar que tenía por costumbre. Había en la diminuta sala, llena de amor y de fraternidad, unas veinte personas. Los médiums se colocaron en las butacas de junco que tenían a ellos destinadas, y a las cinco en punto, empezó la sesión, que presidía *don Julio* como presidente del Centro.

Uno de los asistentes leyó unas cuantas páginas de una obra espiritista de un buen autor, los demás guardaban silencio y escuchaban con atención la lectura, siguiendo sus párrafos con interés. Así iba formándose el ambiente con la unión de los pensamientos de todos, se favorecía el ambiente de la salita para que las entidades del Espacio no hallaran gran dificultad para comunicarse por mediación de las máquinas (médiums).

A los diez minutos de lectura, el presidente hizo un signo al lector y éste cerró el libro y lo guardó cuidadosamente debajo de su propia silla; nadie se movía; estaban todos con fervoroso recogimiento y se hallaban todos a gusto. Una vez empezada la sesión, ya no se abría la puerta a nadie porque de lo contrario se

destruían fluidos y la sesión no podía ser buena de ninguna manera, porque los hermanos del Espacio no tenían las debidas facilidades de acceso.

Luis Antonio, estaba como quien ve visiones y a ratos tenía miedo sin saber explicarse de qué, ni por qué, pero lo cierto es, que sentía una extraña sensación jamás sentida, que le tenía intranquilo.

Todas las miradas, estaban fijas en la señora *Anita*, que así se llamaba la esposa de *don Julio*. Empezaba a estar en trance y era con ella con quien se comunicaba el Guía de las sesiones, para empezarlas y para cerrarlas. A los pocos instantes, los que estaban acostumbrados a ello, pudieron ver que la entidad del Espacio ya estaba posesionada en la médium que no dijo nada y se fijó en todos, y muy particularmente, en *Luis Antonio*, a quien después de estar observando un ratito, dejó tranquilo, pero moviendo la cabeza con un signo gráfico, tan característico para todos los asiduos que venía a significar:
– *¡Al fin veo que te has decidido a venir!*

En seguida el Ser comunicado, por mediación de la máquina, alargó la mano a los que tenía al lado para saludarles y dijo:

– *La paz de Dios esté entre todos vosotros. El hermano Guía.*

Y tras una breve pausa siguió:

– *Queridos hermanos; unid vuestros pensamientos; dejad por unos momentos las cosas de la tierra; vamos a estar unos momentos en fraternidad, con los hermanos del Espacio; veo que hay hermanos nuevos en la sesión y me place, si tienen ganas de estudiar, llegaran a comprender el espiritismo y si no, es que no ha llegado su momento evolutivo. No importa, tarde o temprano lo comprenderán. Si quieren saber, se quedarán en la estancia, y si no, pasarán como han pasado otros, porque aquí no se puede perder el tiempo. Queda abierta la sesión. El hermano – dijo señalando a otro médium –, será el primero en empezar, luego la hermana –, y señalaba a otra*

médium —, y la máquina en que yo estoy, también se comunicará. La paz quede entre vosotros y hasta más tarde.

Volvió a alargar la mano a sus vecinos y salió de la máquina. La señora Anita despertó, se pasó la mano por los ojos y todos volvieron la mirada hacia el otro médium que tenía que comunicarse.

Era un viejecillo de unos setenta y cinco años, de larga y crespada barba, cuya albura, estaba únicamente manchada en las proximidades de los labios debido a su pertinaz costumbre del cigarrillo. Mirada penetrante e inquieta, que reflejaba la juventud del alma y la conciencia de la existencia futura; hombre de abolengo espiritista, era de los que sabía con perfecta convicción, por haber tenido pruebas de carácter irrefutable, que el espiritismo era una realidad y no eso que se empeñan en querer hacer ver qué es, los que lo combaten. Andaba con cierta dificultad, debido a los años; era simpático en el hablar y atrayente en su sencillez.

Cerró los ojos, y a los pocos instantes, quedó comunicado en él un hermano del Espacio, que se expresó en estos términos que voy a dar literalmente recogidos, porque uno de los hermanos que asistían a la sesión, los tomó taquigráficamente y ha tenido la gentileza de dejármelos copiar:

«La paz de Dios esté entre vosotros: Es necesario hermanos, que os eduquéis, para luchar en la vida que estáis sufriendo. La lucha es titánica, la voluntad es muy superficial. Todo lo de vuestra vida hoy, o hasta hoy, todo, es por un interés material o egoísta. La necesidad os lleva de la mano, pero se trata de la necesidad que vosotros os habéis fabricado, pues el progreso está entendido en una forma que hace imposible, hasta que no cambie en total, que podáis estar relativamente bien. Todo, absolutamente todo, es un interés material y egoísta porque se cree obtener todo lo de la vida y lo de después de la vida, por el mismo procedimiento que vuestras cosas materiales. Os precisa dinero para vuestras necesidades materiales, es natural; pero que se compre con dinero la vida de ultratumba, eso no puede ser, por lo tanto, hay que educarse, despojarse de todas las imperfecciones, ser

más liberal, ser más bueno, pensando en que hay seres, entre vosotros, que sufren. Estos seres existirán siempre, pues ya sabéis por qué sufren, es necesario, pero también lo es progresar, sufrir menos, porque la conciencia está conforme cuando se ve claro que hay que sufrir para progresar. Sufrís por vuestra culpa, cuando lo veis claro se desvanecen los errores, pero lo hecho ya está hecho, y es preciso que se hagan las cosas cada vez mejor, hay que ser más bueno.

El progreso es en todos los sentidos. No hay que pensar siempre en una misma cosa. Hay que conformarse siempre con lo que venga porque es merecido; precisa la resignación y siempre debe tomarse buena nota en el momento de desvanecerse la duda, para luego realizar un acto, que tienda a borrar lo anteriormente hecho. Eso es muy fácil, cuando hay buena voluntad, es difícil, cuando no llega a ser la satisfacción de ser, al haber obrado conforme, en las cuestiones de la vida. No hay nadie que no tenga sus dudas en todo. En conciencia, cuando uno se percata de lo que va a realizar, es cuando, razonadamente, retira lo malo y acepta lo bueno. .

*Fijaos bien en cuanto acabo de decir; todas estas reflexiones son un principio de educación social para el porvenir; lo importante es que cada uno se dé cuenta de sí mismo. No olvidéis nunca que **«lo que no quieras para ti no lo quieras para otro»**, lo cual para vosotros debe ser también **«quiere para otro, lo que quieras para ti»**. Eso lo conocéis todos y si lo observarais habría llegado el momento de la perfección y, sin embargo, ya veis está muy lejos del presente.*

Dicho esto me retiro y espero que en otra ocasión os pueda decir algo más sobre este tema, en una forma más clara, si me es posible, y como tengo deseos de venir varias veces creo que podre daros, más adelante, algunas observaciones que llenen vuestros deseos.»

La paz sea con vosotros y hasta otro momento.»

Terminada esta comunicación, todos quedaron mirándose unos a otros, sin decir nada, como es consiguiente, pues en la sala se observaba una conducta ejemplar.

CARMELA

A *Luis Antonio* le parecía que todos le miraban para ver la cara que ponía y, en realidad nadie se ocupaba de su persona, porque otros pensamientos de mayor importancia, atraían la atención de todos los asistentes al acto.

A continuación siguió la sesión en términos normales se comunicó la otra médium, con arreglo a lo que el hermano Guía había prometido, y, la máquina que había servido al mismo volvió a comunicarse con otro Ser que también dio una brillante conferencia.

Cuando ésta hubo terminado; volvió a comunicares en la misma máquina el hermano Guía, en estos términos: «*La paz, esté entre vosotros.*»

Yo, creo que estáis todos muy complacidos. No sólo, hay que analizar, sino practicar lo que habéis comprendido y sentido en vuestra alma y en vuestro corazón. Si lo hacéis así ésta estancia, que es una escuela donde se viene a aprender, se irá llenando y las lecciones se irán repartiendo.

Hay muchos familiares que me encargan os saluden y os dé un abrazo fraternal y dos hermanas, me han encargado un especial saludo para los hermanos que se encuentran en la estancia.

Queda terminada la sesión. La paz esté entre vosotros y hasta otro momento.»

Se hizo la elevación de pensamiento dirigida a los hermanos familiares y no familiares que habían estado en fraternal comunidad durante aquellos momentos y acto seguido, el presidente ordenó que se apagara la luz colorada, que utilizaban para celebrar las sesiones, y se encendiera la ordinaria.

Luis Antonio no sabía lo que le pasaba. Quedó como quien ve visiones. Su estado de ánimo, no es para ser descrito. Necesitaba estar a solas con su conciencia para poder analizar con calma y sin ningún prejuicio todo cuanto había observado, tan distinto de lo que se había imaginado. Los demás, comentaban la sesión y se mostraban satisfechos porque, según ellos, había sido muy hermosa. *Pepe Almagro* compartía el

entusiasmo de los que comentaban y *Luis Antonio* permanecía callado. Alguien se atrevió a interrogarle para que manifestara su parecer pero, *don Julio*, hombre acostumbrado a neófitos, sabía que no se les podía molestar en las primeras visitas y terció rápido en la indiscreción del que se había dirigido a *Luis Antonio* diciendo:

– Déjelo. ¿Qué va a saber este señor? ¿Con qué fundamento puede contestar que le ha parecido, sin haber examinado, ni analizado la cuestión a solas? Es preciso que con tiempo, sin prisas, sin precipitaciones, piense en lo que acaba de presenciar y que después juzgue. Y aún no basta esto, *don Luis* necesita asistir a otras reuniones, para que pueda formar su composición del lugar. Yo quisiera, que todos los que asisten por primera vez a una sesión de las muestras, fueran personas de carrera, hombres de conocimientos, seres dotados de todos los elementos indispensables para el análisis que se necesita hacer para rechazar o aceptar el espiritismo, pues no me satisface en absoluto el hecho de que por haber asistido solamente a una sesión, ya se admita todo lo que se ha visto, como verdadero.

– Perdóneme, *don Julio* – terció rápido *Pepe Almagro*, que se sintió aludido por sus palabras – yo soy uno de los que precisamente, sólo por asistir a una reunión de ustedes, quedé tan maravillado y convencido, que no creo desaparezca jamás en mí esta bendita convicción.

– De acuerdo – siguió *don Julio* – pero lo que le ocurrió en usted, tratándose de intelectuales, son casos aislados, debidos a estados de conciencia propicios a la aceptación de la idea, son situaciones del sub-consciente, debidamente preparadas, que en cuanto se presenta la ocasión, toman estado y ya no desaparecen, esto son casos especiales y es conveniente que así ocurra, porque el que acepta el espiritismo con tanto entusiasmo, sin que por sus investigaciones, haya negado a comprender su grandeza, por regla general, no cuenta con la firmeza necesaria para que no se borre de su conciencia esta idea.

— El asunto — intervino *Luis Antonio* — me interesa. Lo que esta tarde acabo de presenciar me anima al estudio. Conocía algo de espiritismo por lo que de él he leído, pero como lo leí en una forma que no podía despertarme interés, debido a los prejuicios que de él pesaban en mí, como creo que pesan a la mayoría de las personas que no han visto la forma cómo trabajan ustedes, cómo estudian, y no se sabe del espiritismo nada y sí únicamente lo que el vulgo dice de ustedes, no me detuve a averiguar dónde estaba la razón porque no había tenido la ocasión de que se despertara mi interés. Tenía yo mi manera de pensar, respecto de la vida futura; lo aceptaba, porque siempre he creído que después de la muerte debe haber algo que no puede desaparecer, que el alma sigue su vida de bienaventuranza o de infortunio, según las acciones buenas o malas cometidas en la tierra, pero a decir verdad, y hablo con toda mi sinceridad, nunca me detuve a analizar nada de lo que me habían enseñado. Lo aceptaba íntegramente, por la comodidad con que me era ofrecido.

— Y con la imposición de sus predicadores, interrumpió el otro abogado, que estaba presente todavía.

— No — siguió *Luis Antonio* — nunca me impuso nadie nada.

— Dispéñeme — dijo *don Julio* — imposición inconsciente por parte de usted, pero imposición al fin. Es más, imposición y coacción porque a usted le han dicho siempre lo que debía aceptar como bueno sin análisis, sin discusión.

— ¡Claro! ¡El dogma no debe discutirse!

— ¡El dogma! ¿Y qué es el dogma? El resultado de los que se dicen sabios, han dado como pauta inalterable sin admitir que nadie se atreva a poner ni una tilde, y eso no es ni más ni menos que una imposición, con la agravante de que además hay la amenaza de quien ose discutir los dogmas será condenado irremisiblemente. Y tantas y tantas cosas; los misterios, por ejemplo, ¿qué son los misterios? casos extraordinarios e inexplicables y que tampoco admiten discusión. Y ahora yo pregunto ¿hay derecho que un hombre provisto de una conciencia y una razón, tenga que estar sujeto a todas las

tonterías que se han de aceptar sin discusión y como artículo de fe?

– Sí claro, sí. Cuando uno se pone a meditar unos instantes, se da cuenta de muchas cosas sobre las que no había pensado nunca – contestó *Luis Antonio*.

– Sencillamente – dijo *Pepe Almagro*, con su vehemencia meridional y lleno de entusiasmo – lo que a ti, y a mí, y a todos los que hemos recibido sus enseñanzas nos han dado, es un embuchado, un galimatías, un lío, que debe uno tragarse sin replicar, porque si no lo haces así estás perdido. *Luis Antonio* ¡viva la libertad! estudia, que podrás hacer muchas cosas, porque eres hombre de talento y a todos nos servirán tus lecciones.

– ¡Hombre, por Dios! – exclamó *Luís Antonio*.

– No protestes, que es exacto.

– Usted cree en la inmortalidad del alma, ¿no es cierto? Preguntó – *don Julio*. – Exacto.

– Pues entonces no le digo más. Si usted estudia y analiza, usted llegará a ser espiritista.

Se terminó el diálogo; los demás intervinieron con sus conocimientos y la conversación se hizo general.

Luis Antonio se hallaba muy a gusto en aquel ambiente. La clase social era muy desigual a la suya, pero había encontrado tan buena voluntad, tanto afecto, le inspiraba tanta simpatía la reunión, que hubiera querido continuarla indefinidamente y así cuando parecía que la conversación languidecía, él, con alguna pregunta, o con algún comentario hacía reaparecer el interés y nuevamente volvía a animarse. Dieron las nueve y era preciso retirarse, porque ya no le parecía a *Luis Antonio* correcto seguir molestando a aquella pobre familia que tenían que cenar y sabía, porque *Pepe Almagro* se lo había manifestado, que al día siguiente por la mañana, tenían que levantarse muy temprano, para dedicarse a sus quehaceres. Afectuosamente fue despidiéndose de todos, con la promesa de que a la próxima reunión volvería, por el interés que en él se

había despertado. *Pepe Almagro* estaba por su parte, henchido de satisfacción por haber logrado interesar a su amigo, al que quería como un verdadero hermano. *Don Julio* les acompañó hasta la puerta, que no cerró, hasta que abandonaron la escalera y ganaron la calle.

Los que aún quedaban, comentaban entusiasmados, todo cuanto acababa de pasar en la estancia.

Don Julio, sin decir nada a nadie, se sentó en una de las butacas de mimbre, encendió un pitillo y con la tranquilidad de espíritu que le caracterizaba – empezó a fumar. No fumaba, no. En el fondo de su conciencia sentía una satisfacción pocas veces sentida; él sabía que la casualidad no existe y como vio en *Luis Antonio* una esperanza para la propaganda de la idea, porque así lo presentía, daba gracias a los hermanos invisibles por haberlo hecho ir a su casa...

Acababan de dar las doce de la noche. *Luis Antonio* venía de una fiesta mundana donde también había asistido una señorita, que estaba enamorada de él con locura. Era de muy buena familia, de belleza singular y un espíritu depurado, cosas en conjunto, que habrían hecho vacilar al más decidido entusiasta del celibato. *Luis Antonio* lo sabía, no sólo porque ella no podía ocultarlo y a la menor oportunidad se le escapaba una demostración, sino porque había recibido insinuaciones por parte de algunos amigos que, unas veces en broma y otras en serio, le decían que un hombre como él en su situación y joven, lo mejor que podía hacer era casarse con *Marciala*, que así se llamaba la que estaba penando por su persona y era una lástima que despreciara la ocasión, porque cosas así no se presentan todos los días. ¡Ahí era nada! Una mujer con posición y con belleza enamorada de un hombre, con ese puro amor de los veinte años.

Luis Antonio, ni por un momento pensó en *Marciala* y cuántas veces se le presentaba la ocasión de tener que estar con ella, como en la noche a que me refiero, procuraba evadir su conversación, para que el amor de ella se fuera enfriando, pero lejos de lograr lo que deseaba, ese desvío, esa actitud que había

adoptado, servían como acicate a *Marciala* y cada día estaba más enamorada de *Luis Antonio*.

Tenía razón para estarlo. *Luis Antonio* había hecho un cambio radical de modo de ser y a pesar de que antes era apreciado por todo el mundo que le conocía, ahora su simpatía, era algo extraordinario y avasallaba con proporción geométrica. Sus amistades, lo atribuían a los frecuentes viajes que realizaba al extranjero, pero el cambio operado en *Luis Antonio*, era debido a algo completamente distinto de lo que nadie podía llegarse a imaginar. Hacía más de año y medio que, con meticulosa puntualidad, asistía a las sesiones de espiritismo, que sin interrupción, venían celebrándose en casa de *don Julio* y había estudiado mucho durante ese tiempo.

Era una noche cruda de invierno; las calles estaban casi desiertas y ya muy cerca de su casa, una mujer pobremente vestida y llevando de la mano a una niña se le acercó para implorarle por Dios una limosna. No había cenado; estaba llena de miseria. Aquella mujer escondía un drama. Quedó mirando el cuadro. El viento silbaba azotando el rostro. A la luz de un farol indiscreto, pudo observar que la mujer era joven y que indudablemente fue bella en algún tiempo, pero la miseria y acaso la vergüenza la minaban, y ya sólo era un recuerdo de lo que había sido. *Luis Antonio* iba a interrogarle, pero la mujer que sin duda lo comprendió, bajó la mirada, escondió el rostro y se dispuso a seguir su noche interminable pidiendo por Dios. La niña, que tendría unos cinco años, acurrucada en las faldas de su madre se resguardaba del frío y del viento y en su rostro de singular belleza, ya se empezaban a ver las huellas de lo que la vida iría grabando, andando el tiempo. *Luis Antonio* detuvo a la pobre mujer y puso en su mano una moneda de cinco pesetas.

¡Un duro! – exclamó –. ¡Gracias caballero, que Dios le bendiga! Y acercando su cara a la de su hija, la besó con lágrimas en los ojos diciéndole: – Mañana podrás comer hija mía, por este señor que Dios ha puesto a nuestro paso. Dale las gracias, hija mía.

La niña se apartó de su madre y comprendiendo, en su instintiva ansia de vida, lo que significaba poseer un duro, llena de emoción, y sin que *Luis Antonio* se diera cuenta, le cogió su

CARMELA

mano y puso en ella el beso más tierno e infantil de agradecimiento que se puede soñar. *Luis Antonio* estaba conmovido. En su solapa había gotas de agua y no llovía; sus ojos no podían contener tanta emoción y se desbordaba manchándole el traje. La niña tenía frío y volvió a acurrucarse junto a su madre. *Luis Antonio* se quitó la bufanda de seda y con ella envolvió el cuello de la niña.

Esta vez fue la madre agradecida, quien le besó la mano.

— ¿Cómo agradecerle, señor — dijo — el consuelo que nos ha dado? ¿Cómo pagarle tanto bien?

— Agradecerme — contestó *Luis Antonio* —, como agradecerme no hace falta que se moleste, cumplo con mi deber hermana y por lo que hace referencia a pagarme algo, puede usted hacerlo.

— Estoy a sus órdenes — dijo la mujer.

— Aquí tiene usted mi tarjeta. Mañana a las tres, la espero a usted en mi casa y entonces hablaremos. Si tiene usted interés, en pagar — dijo *Luis Antonio* — venga usted, y si no quede usted con esa deuda que cree haber contraído conmigo.

— No faltaré.

— Entonces. Hasta mañana.

Dio un beso a la nena y se alejó. La mujer quedó mirando a *Luis Antonio* mientras partía y mil encontradas ideas pasaron por su imaginación. No comprendía la cita, pero fuera lo que fuera iría. Era agradecida y debía pagar, al precio que le exigiese el beneficio que le habían hecho en aquellos momentos. Por otra parte todo cuanto podía tener cuidado de perder, ya hacía tiempo que un salvaje lo había pisoteado. Lo importante para ella era su hija y por ella estaba dispuesta a todo. Y bendiciendo con todo el corazón, al caballero desconocido que le había hecho la limosna, se dirigió a una casa de los barrios bajos, donde por unas monedas se podía pasar la noche y ya acomodada en la miserable cama que le habían señalado después de contemplar unos momentos el sueño de su hijita, que parecía sonreír porque acaso soñaba que el señor que les

había dado el duro era un enviado de Dios, también se dispuso a dormir, pero antes rezó con todo corazón, por la salud de *Luis Antonio*. No sabía hacer otra cosa

Luis Antonio llegó a su casa enormemente conmovido. *Juan*, su ayuda de cámara, le esperaba pero no le esperaba tan temprano por eso al verle no pudo contenerse y le preguntó si es que no se encontraba bien. Al ver la cara de *Luis Antonio*, donde todavía se reflejaba la emoción de unos minutos antes, hizo que aun *Juan* preguntara otras cosas. Los ayudas de cámara, por la confianza de la intimidad, son a veces atrevidos e indiscretos. Nada, nada, no le pasaba nada y tampoco lo necesitaba; podía irse a descansar.

Juan no insistió y sin esperar nuevas indicaciones, se retiró a su cuarto.

Luis Antonio se sentó en una butaca de su habitación, encendió un cigarrillo y se entregó a sus meditaciones. La idea de *Marciala* le atormentaba y no podía explicarse la razón de que ello ocurriese, porque seguía siendo fiel a la memoria sagrada de *Carmela*, a la que había adorado con todo su corazón, y ahora que sabía positivamente que *Carmela* vivía, que seguía siendo suya, espiritualmente, y que acaso algún día hablaría con ella por mediación de alguna máquina, consideraba materialmente imposible poder pensar en otra mujer. Sin embargo, con mayor fuerza que otros días, esta noche el recuerdo de *Marciala* atraía su atención y para distraerse se puso a pensar en la mujer y la niña que había acabado de encontrar. ¿Qué drama – se preguntaba – habrá en esa pobre mujer a quien la vida ha arrojado al arroyo? ¿Cómo es posible que haya seres tan malos que abandonen a los suyos en esta forma? ¿Dónde está el impulso de los corazones? ¿Es que nos vamos volviendo irracionales? No, eso ha ocurrido en todos los tiempos y en todas partes. El investigaría lo que pasaba y si había remedio lo pondría y si no, también miraría de encontrar una fórmula para poder resolver el asunto de la pobre mujer, que al fin era una hermana suya, que acaso en otra encarnación había sido su propia madre. Y se entregaba a estas disquisiciones porque se hallaba feliz, encontraba un especial

CARMELA

placer, en preparar programas para la práctica del bien de que tan necesitada estaba la humanidad.

Pasó algún tiempo. El cigarrillo se terminó, después de haber sido encendido varias veces y era hora de acostarse. Se desnudó y ya en pijama, antes de meterse en la cama, siguiendo la costumbre de todos los días, desde que *Carmela* había desencarnado, cogió un retrato suyo que tenía en la mesilla de noche y lo besó. Después quedó un rato contemplándola. Le parecía que sonreía a sus caricias. Sí, sí era cierto. Vivía con él. Pero antes de dejarlo, la imagen de *Carmela* se fue borrando y apareció en el retrato con claridad absoluta y con toda su belleza, la imagen de *Marciala*. *Luis Antonio* dejó el retrato horrorizado y se acostó. Le parecía que acababa de cometer un



sacrilegio, como si hubiera manchado el recuerdo de su *Carmela*, con algo indigno de él. Apagó la luz y se acostó, lleno de vergüenza.

Aun no habían pasado cinco minutos, durante los cuales había pedido perdón con toda constrictión a su *Carmela*, ésta apareció en su habitación con el mismo vestido que llevaba el día de su muerte y cuando *Luis Antonio* se dio cuenta de que *Carmela* estaba con él, tembló; pensó

... había pedido perdón con toda constrictión a su *Carmela*, ésta apareció en su habitación...

que acaso venía a reprocharle su conducta. No se asustó, porque sabía que en estos casos es preciso tener una firme y resuelta serenidad, y reprimiendo la celeridad de su corazón, le preguntó si estaba contenta de él y le suplicó que le perdonase, porque la había querido y la seguía queriendo en la misma forma. Así siguió un rato como un niño grandote. *Carmela* le contemplaba sin moverse pero con marcado aire de satisfacción, con la concentración de quien bendice, pero *Luis Antonio* aun preguntaba, aun seguía sincerándose, hasta que al fin *Carmela* movió la cabeza, en la misma forma que lo hacía antes de desencarnar, cuando le mimaba llamándole «niño loco» y otros motes cariñosos, sonrió dedicándole la más pura de las sonrisas de su vida y desapareció.

Luis Antonio estuvo todavía unos minutos contemplando la oscuridad del cuarto. No vio nada más, se había marchado. Lloró como un niño y al fin se dispuso a dormir. Sentía escalofríos en la espalda. Era *Carmela*, que amorosamente le envolvía...

Luis Antonio preguntó a *Juan* que hora era. Hacía un momento que habían dado las diez. No se explicaba cómo había dormido tanto. Se encontraba cansado. La noche había pasado monótona, sin darse cuenta. Había dormido como un tronco y a pesar de ello, estaba rendido. Se levantó, se afeitó y cuando se disponía a tomar el desayuno ya se encontraba perfectamente bien.

Llamó a *Juan* y le dijo que mandara recado a su amigo *Pepe*, para que hiciera de favor de ir a su casa y que si podía, le agradecería que comiera con él.

Por el momento no salió. Tenía la cabeza como un torbellino y seguía atormentándole, muy a pesar suyo, la idea de *Marciala*. Era un caso que no se explicaba. No le interesaba lo más mínimo, es más, quería no acordarse de ella y sin embargo seguía teniéndola presente. Leyó unos momentos y luego abandonó el libro; cogió unas cuartillas y escribió unos versos. También era poeta y lo hacía muy bien, pero escribía poco. Los amigos le amonestaban continuamente porque era lástima que un hombre de sus condiciones no escribiera con más frecuencia.

No importa — contestaba él —: los versos no sirven para nada. Eso lo decía para quitar importancia a su labor de poeta, pero lo cierto es que él sabía que los versos son la voz del alma y por eso, cuando estaba sólo, y en momentos de crisis, hacía versos que se guardaba para sí, o a lo sumo, para leer después a su buen amigo *Pepe*. Eran un bálsamo tranquilizador de su espíritu y no los enseñaba a nadie, porque se referían siempre, o casi siempre, a *Carmela*, como si ella los hubiese dictado.

Antes del mediodía se presentó *Pepe Almagro*, ansioso de saber el motivo de la rápida llamada y al mismo tiempo intranquilo por lo que *Juan* le había contado de la noche anterior, en la forma que vio llegar a su señor, abultando sus impresiones con un lujo de detalles, que hicieron creer a *Pepe* en algo extraordinario, ocurrido a su buen amigo.

Las oficiosidades de *Juan* habían hecho pasar a *Pepe* un mal rato. Al llegar y darse cuenta de que *Luis Antonio* estaba perfectamente bien y que todo su aspecto ofrecía la más halagüeña de las tranquilidades, hizo que reaccionara y que explicara a su amigo la forma en que había recibido el recado. Ambos se rieron de muy buena gana y quedó convenido que *Pepe* se quedaría a comer con *Luis Antonio*, porque durante la comida le contaría algo grande que pensaba realizar.

Mientras tanto, como aun faltaba más de una hora, podían irse a dar una vuelta y charlarían.

Ya en la calle, apenas habían andado cien pasos, al volver una esquina, encontraron como un escopetazo a *Marciala* que, acompañada de su madre, iba de compras.

No tuvieron más remedio que pararse y saludarlas. *Luis Antonio* cambió el color de la cara. *Marciala*, que seguramente pensaba en él, como estaba pensando durante todas las horas del día, ante la inesperada presencia de *Luis Antonio*, también se puso encendida como una amapola. Su madre y *Pepe* se dieron cuenta de todo, pero callaron, porque comprendieron perfectamente la situación.

Hablaron unos momentos. *Luis Antonio* correctísimo, *Marciala* oyéndole con la mayor de las satisfacciones y se despidieron.

Las mujeres iban de mantilla y como quiera que *Pepe*, que todavía no sabía por *Luis Antonio* la batalla que se estaba librando en su corazón, aunque la presumía, como quién no quiere la cosa, pero en realidad para provocar el asunto exclamó:

– ¡Qué muchacha más guapa!

– Realmente – contestó *Luis Antonio* –, y ya ves, es de los que duermen. Has visto como van tocadas. Seguramente vienen de misa.

Pepe Almagro no pudo contenerse. *Luis Antonio* se refería a la mantilla, y riéndose con la satisfacción de quien va a revelar un gran arcano, dijo:

– Asómbrate, *Luis Antonio*, asómbrate. No vienen de misa, porque seguramente *Marciala* no ha estado nunca en ninguna iglesia. Toda la familia es espiritista.

Luis Antonio quedó petrificado. No sabía que contestar a *Pepe*. Sobre todas las gracias con que estaba adornada, ahora resultaba la mejor de todas: era espiritista, como ellos.

– Pero, ¿cómo lo has sabido? – preguntó a su amigo con gran admiración.

Porque incidentalmente, al visitar el otro día otro centro, tan humilde como el nuestro, me encontré con ella, dando lección de francés a unas niñitas hijas de socios. Casi todo el Centro lo sostiene su padre, y toda su familia asiste con puntualidad a las sesiones: No me extrañaría que cualquier día te inviten para dar alguna conferencia de la serie que estás dando y que tanto gustan por la forma en que te expresas y por las cosas que dices, y no tendrás más remedio que ir.

– Claro – contestó *Luis Antonio*, – ya sabes que nunca me niego a contribuir con mis esfuerzos, al desarrollo de nuestro ideal, en beneficio de la humanidad, pero...

– Sí, hombre, sí. Ya lo sé. Te ha sorprendido la noticia.

CARMELA

– Es que...

Luis Antonio empezó a explicar a su amigo lo que con *Marciala* le estaba ocurriendo. El miedo que tenía de llegar a enamorarse de ella, porque no quería que en su corazón entrara ningún otro cariño; estaba en él guardado el recuerdo sagrado de *Carmela* y debía permanecer en su custodia toda la vida. Le contó lo que la noche anterior le había pasado; la visión de *Carmela* con su sonrisa, cuando él pensaba que se le había presentado para protestar, para echarle en cara su comportamiento, su olvido, que no lo era, porque ni un instante pensó en olvidarla, antes por el contrario, la idea de *Carmela* iba siempre con él, a todas partes, y no comprendía bien claro la actitud de *Carmela*.

Pepe le tranquilizó. El espacio es algo completamente distinto. Allí se ven las cosas de una manera absolutamente diferente y a veces, lo que a los de la tierra nos parece una barbaridad, para los hermanos del Espacio es la cosa más natural del mundo. Si realmente se enamoraba de *Marciala*, *Carmela* no se opondría seguramente, a sus amores, antes por el contrario, los ampararía y seguramente los bendeciría y protegería para que *Luis Antonio* estuviera bien en la tierra hasta que volviera al espacio, y nada de particular tendría que fuera la misma *Carmela* la que hubiese preparado estos amores, para estar más tranquila de que, en esta forma, no corría ningún riesgo la salud de *Luis Antonio*.

No, no, eso no podía ser. *Luis Antonio* protestaba porque no comprendía que pudiese llegar a tanto el interés de los hermanos del Espacio y *Pepe Almagro* le atajó diciéndole:

– Parece mentira que puedas negar a creerte que eres espiritista de verdad. Si piensas que en el Espacio se siguen teniendo los mismos egoísmos propios de la tierra, no puedes llamarte espiritista y tú lo eres, yo se que lo eres de verdad, porque me has dado prueba, porque sabes lo que quiere decir ser espiritista, porque practicas el espiritismo como deben hacerlo los perfectamente convencidos. Piensa, medita sobre cuánto hemos hablado, y verás como sacas la consecuencia de

que todo lo que acabo de decirte es verdad, o que por lo menos, es lógico pensar que efectivamente puede serlo.

– La noticia de que es espiritista me ha impresionado enormemente. Todo me lo esperaba, todo, menos esto. ¿Qué misteriosa atracción debe haber entre nosotros? ¿Cómo puede haber ocurrido?

– No te olvides nunca, mi querido amigo, que los espiritistas nos lo explicamos todo. No hay el detalle más insignificante en la vida, que no tenga su explicación fundamentada. Todo obedece a una causa y todo está previsto en la ley. Lo que hace falta es buscar, indagar, averiguar para saber.

– No sé, no sé. Ya veremos – contestó *Luis Antonio*.

Y así fueron paseando durante un rato más, hasta que emprendieron el regreso a casa.

Comieron conversando de cosas espiritistas, trazando planes, uno de los cuales era que *Luis Antonio* pensaba darse de alta en la contribución para dedicarse a ejercer la abogacía. Entendía que podría prestar muy buenos servicios a la humanidad, amparando a los que se hallaban indefensos, pero *Pepe*, que conocía perfectamente la situación de la abogacía española, le dijo que no había ninguna necesidad de que nadie se preocupase de velar por los intereses de los desvalidos, porque todos los abogados que ejercían, sin distinción de categorías, estaban siempre dispuestos a defender a todos los que iban a sus respectivos despachos, aunque no tuvieran dinero para pagar sus honorarios, porque no en balde se pasaban la vida conviviendo con las miserias de que está llena la humanidad y, afortunadamente, todos tenían corazón, y no hacía falta que nadie se presentara en el Foro con los deseos que animaban a *Luis Antonio*, porque lo que él quería evitar, está fuera de peligro desde que hay abogados españoles.

Pepe tenía razón. Perdóname lector, y no juzgues inmodestia porque yo soy el último de todos mis compañeros, pero haz la prueba; si sufres una desdicha y consultas con un abogado, no me importa cuál, hallarás remedio a tu dolor,

hallarás un consuelo, una esperanza y, sobre todo, una defensa aunque seas pobre, aunque no puedas pagar los honorarios. Los abogados españoles sentimos la vocación del cargo y todos sabemos cumplir con nuestro deber de humanidad.

– Está bien – contestó *Luis Antonio* –, y me congratulo de que así sea.

– Sí, tú tienes, por otro lado, tu misión que cumplir. Son muchas las cosas que puedes hacer y por eso te digo que medites mucho. Yo tengo en estudio un proyecto que, cuando lo tenga terminado, te lo enseñaré y entre los dos acabaremos de refinarlo para ponerlo en práctica de común acuerdo. Tanto tú como yo tenemos dinero, mucho dinero y por eso es preciso que sepamos aprovecharnos de él; para hacer algo de provecho para la humanidad. Yate explicaré.

– Bueno, bueno.

La comida daba a su fin y aun no le había contado *Luis Antonio* el principal motivo de su rápida e inesperada llamada.

– Verás – le dijo –, seguramente te extrañará que después de haber estado juntos ayer toda la noche, hoy con tanta prisa te haya llamado.

Exacto, a *Pepe* le había llamado la atención el hecho de que después de haber pasado todo el día anterior juntos, resultara que le hubiese mandado aquel recado con tanta urgencia, pero no había hecho caso alguno dadas las explicaciones del ayuda de cámara y la serie de cosas que de *Carmela* y *Marciala* le había contado; pensaba que se refería principalmente a lo que ya habían hablado durante el paseo.

– No, no – siguió *Luis Antonio* –, hay más.

Hay otra cosa que seguramente te va a sorprender más que todo lo que esta mañana hemos hablado.

Y en seguida le contó el encuentro con la pobre mujer de la niña y el drama que había adivinado, durante los pocos momentos en que con ella estuvo hablando. El detalle del beso de la niña, que puso en su mano.

– Hombre, hombre – dijo *Pepe* –, con estas cosas hay que ir con mucho cuidado, porque a lo mejor se cree uno que se trata de una desgracia y de lo que realmente se trata es de una profesional, que explota inicuaamente a la pobre niña, llevándola por la calle en días como ayer noche, de tanto frío, para compadecer a las personas, pidiendo por ella.

– Precisamente por eso, no me dejé arrastrar demasiado por mis sentimientos y la cité para que esta tarde, a las tres, viniera a visitarme. Ahí tienes el porqué de mi llamada urgente.

– Y ¿qué piensas hacer? – preguntó *Pepe*.

– No lo sé todavía, pero espero hallar una fórmula para solucionar la situación de esa pobre mujer, si es realmente cierto lo que parece.

– ¡Ah! Pues veremos, veremos.

Luis Antonio advirtió a *Juan* que si venía una mujer pobremente vestida y preguntaba por él, la hiciera pasar a su despacho y le avisara.

Con el calor de la lumbre de la chimenea resultaba el comedor una estancia confortable, a parte de las alfombra mullidas del mismo y parecía mentira que aquellos dos jóvenes estuvieran preocupados de hacer el bien en la forma que estaban haciendo nuestros amigos. Era cierto. Los conocimientos que del más allá tenían, les habían demostrado su necesidad, y como eran perfectos convencidos, practicaban lo que habían aprendido.

Luis Antonio tenía grabadas en su corazón aquellas palabras que oyó el primer día que estuvo en una sesión espiritista: «**Todas estas cosas son un principio de educación social para el futuro**», y pensaba que, con el tiempo, acaso con los siglos, todo iría arreglándose de manera que los sufrimientos de los humildes, de los hermanos pequeños, como llamaban a los de abajo los hermanos del Espacio que se comunicaban, se irían borrando, hasta llegar a desaparecer; cuando los hombres hubieran comprendido qué significa ser todos hermanos.

Faltaban unos minutos para las tres. Sonó un timbre y nuestros amigos se miraron sin decir palabra con una expresión que significaba: «Ya está ahí».

No se equivocaron. Al momento entró *Juan* anunciando que la mujer a que antes se había referido el señorito, estaba aguardándole en el despacho.

Luis Antonio se dispuso a ir al despacho. Pero *Pepe*, que en razón a la práctica de su filosofía estaba mucho más adelantado que su amigo, le detuvo diciéndole:

– ¿No te parece que podrías recibirla mejor en esta habitación? ¿No te propones hacer un beneficio? Entonces, ¿a qué has de darle el carácter de ceremonia, con antesala y despacho? No, *Luis Antonio*, no, seamos siempre tal como debemos. Recíbela aquí donde estamos bien, donde el frío no se siente y darás más sensación de intimidad al acto. Parecerá que la recibes en tu casa con los brazos del alma y eso siempre es un consuelo para el que va a buscar una ayuda, un apoyo, algo que no sabe, pero presiente porque no me negarás tú que esa mujer cree en ti. Te considera un caballero y cuando la has citado es para darle algo o por lo menos para hacer algo por ella.

– Es verdad, es verdad. *Pepe*, eres más bueno que yo. Tienes un gran corazón.

– No, no – repuso *Pepe* –. Nada de eso.

Somos iguales, somos hermanos y yo hago lo que debo. Cuando un hermano va por un camino equivocado, debemos advertirle para que se corrija. Eso es lo que yo he hecho. Tú eres una gran alma.

Se abrazaron. Se querían con todo el corazón *Luis Antonio* llamó a *Juan* y le dijo que podía hacer entrar a aquella mujer allí mismo.

– Pero, señorito – se atrevió *Juan* a responder es que va a llenar de mugre y miseria.

– ¿Y qué? – preguntó *Luis Antonio*.

— Y va a poner las alfombras y los muebles perdidos. Además trae una niña que casi va descalza, ya verá el señorito como luego se arrepiente.

— No me importan los vestidos — contestó *Luis Antonio* —. Lo que me interesa es el alma.

— El alma — siguió importunando *Juan* —, sabe Dios cómo la tendrá. ¡Qué asco de mujer!

— Pero, *Juan* — siguió *Luis Antonio* —, ¿por qué hablas así? ¿Por qué te opones a lo que yo suplico sin mandar, aunque puedo hacerlo?

Y siguió reprochándole cariñosamente, sin gritar, sin enfadarse, mientras *Pepe* se paseaba por el comedor sin decir nada porque estaba luchando consigo mismo para que la fiera de antaño no se despertara. Estuvo a punto de saltar y gritar al criado:

«¿Pero qué hablas? ¿No ves que si comes, se lo debes a tu señorito? ¡Desagradecido! ¿Quién eras tú, antes de conocer a mi amigo? ¿Cómo íbas a estar un solo minuto a su lado, si no fuera tan bueno? ¡Haz lo que te mandan y no repliques! ¡Grosero!» Pero se contuvo, no había ninguna necesidad de ofender a nadie. Era preciso utilizar otras armas para encaminar a los que se tienen al lado, pero para ello era menester un gran esfuerzo, una gran fuerza de voluntad, pues al menor descuido, surgía la antigua fierecilla que ambos amigos llevaban dentro dormida y que a fuerza de inyecciones pensaban hacerla desaparecer. También *Luis Antonio* estuvo a punto de estallar, pero se pudo contener como *Pepe*.

Cuando *Juan* salió de la habitación, ambos se miraron. Y casi lanzaron un suspiro simultáneo. Habían ganado una batalla con su conciencia, y con unas cuantas más, ya estaban salvados para siempre. Habían sabido vencer.

Al poco rato, apareció en el umbral de la puerta la mujer, acompañada de la niña. Se habían aseado cuanto pudieron, pero la mugre de las vestiduras no habían podido sacarla.

Luis Antonio se dirigió a la mujer, le alargó la mano, que ella asió y pretendía llevar a los labios, pero *Luis Antonio* la

contuvo. Besó a la pequeña y las invitó a que se sentaran, como hicieron, con toda corrección pero como *Luis Antonio* observó que ambas quedaron sorprendidas por la presencia de *Pepe Almagro*, se apresuró a decirles.

— He aquí un amigo mío, que hoy ha comido conmigo para hacerme compañía, como acontece muchas veces porque los dos hemos perdido a nuestras esposas y así las recordamos mejor y nos consolamos en parte de lo que, hablando en términos generalmente admitidos, podríamos decir nuestra desdicha, pero que por nuestras ideas y nuestro modo especial de ser, no lo es.

Pepe las saludó, y también besó a la niña.

La mujer miraba extrañada a aquellos dos hombres de aspecto tan elegante y no acertaba a explicarse lo que *Luis Antonio* acababa de decir, no lo había entendido, y permanecía callada observando, esperando los acontecimientos. Había prometido que iría y allí estaba, dispuesta a que hicieran de ella lo que mejor les viniera en gana. Por aquella criaturita inocente, estaba dispuesta a los mayores sacrificios.

— No le sorprenda mi invitación para que esta tarde viniera usted a mi casa — dijo *Luis Antonio* —. Me conmovió extraordinariamente su estado y me propuse ponerme a su disposición, para servirle en cuanto estuviera en mi mano. Aquí me tiene usted.

La mujer miraba extrañada a *Pepe*, como preguntando si no sería indiscreto que hablara delante de un hombre al que no había visto nunca.

Luis Antonio lo comprendió y le dijo: — Le repito que este señor es un buen amigo mío, que nos profesamos un afecto sincero. Puede usted hablar con toda tranquilidad. Nosotros hemos de ayudar a usted, porque es usted una hermana que sufre, que necesita consuelo y estamos dispuestos a hacer por usted cuanto podamos.

Y con gran cariño, se dirigió a la niña. La sentó sobre sus rodillas y le preguntó:

– ¿Cómo te llamas?

La pequeña, que por primera vez en su vida sentía la caricia de un hombre, pues nunca había tenido demostraciones de afecto más que de su madre, se apresuró a contestar, llena de felicidad:

– *Rosita*, me llamo *Rosita*.

– ¿Qué más dicen las niñas bien educadas? – interrumpió la madre que, aun en su miseria, procuraba educar a su hija lo mejor que sabía.

– Me llamo *Rosita* – siguió la niña –, para servir a Dios y a usted.

– Al servicio de Dios, que es la Causa Suprema, estamos todos, *Rosita* – le contestó *Luis Antonio* –, y a mí no tienes que servirme para nada. Yo soy el que ha de servirte a ti, porque seguramente me necesitas.

Y variando de tema, preguntó: – y tu mamá, ¿cómo se llama?

La mujer se tapó los ojos con un pañuelo y la pequeña, que se hallaba a sus anchas sentadas en las rodillas de *Luis Antonio*, dijo:

– Mi mamá se llama *María Rosa*, pero no quiere que la llamen nunca de esta manera y se hace llamar *Ramona*. Yo no sé por qué lo hace. Ella me dice que cuando sea mayor, ya me lo explicará.

Luis Antonio y *Pepe* se miraron y se comprendieron.

– Y a ti, ¿te gustan los juguetes? – preguntó *Luis Antonio* a *Rosita*.

– ¡Mucho! ¡Mucho! – contestó la niña –. Pero yo no he tenido nunca juguetes. Los juguetes los compran los papás. Yo no he tenido nunca papá, y mamá no puede comprarme juguetes, porque es pobre. Si yo hubiera tenido papá, le hubiese pedido una muñeca para jugar, porque todas las niñas que tienen papá, tienen muñecas.

– Ahora mismo vas a tener una muñeca dijo *Luis Antonio*, al mismo tiempo que apretaba el timbre, para llamar a *Juan*.

– Eso ¿qué es? – preguntó la niña, señalando el timbre que *Luis Antonio* había pulsado.

– Eso es un timbre – repuso *Luis Antonio*, – cuando se aprieta así – y volvió a pulsarle, – ¿oyes cómo suena?

– ¿Llamaba el señorito? – preguntó *Juan*, desde la puerta.

– Sí; oye, haz el favor de llevarte a esta niña a casa Perrendes, para que elija la muñeca que más le guste. No pongas ningún reparo. Que elija ella la que quiera.

– Está bien, señorito.

– Vete con este señor – dijo *Luis Antonio* a la pequeña *Rosita*–. Vais a comprar una muñeca, – escoge la que te guste más.

Rosita, que no sabía lo que le pasaba, loca de gozo, en su infantil alegría, abrió los brazos y se abrazó al cuello de *Luis Antonio*. Le besó en la cara, con un beso fuerte, sonoro. Era la explosión de una alegría jamás sentida. También *Luis Antonio* la besó. Los niños saben a veces hablar con un lenguaje más elocuente que los hombres, porque dejan hablar al corazón y el cerebro no interviene. Agradecía sin cálculo, agradecía con el alma. También *Pepe*, que estaba emocionado por la escena, acarició a *Rosita* y ésta se fue con *Juan*, en busca del regalo ofrecido.

Al quedar los tres solos, *Luis Antonio* fue el que rompió el silencio. Con todo el respeto, procurando no herir el corazón de *María Rosa*, le preguntó:

– ¿Es usted muy desgraciada, *María Rosa*?

Ella no contestó, no podía contestar, porque la ahogaba el llanto. No sabía si era la emoción, o la tristeza, o la alegría, lo que le impedía hablar, pero lo cierto era que no podía hacerlo. Al fin se calmó y dijo:

– Sí señor, sí; soy muy desgraciada.

– ¿A qué es debida su desgracia? – siguió *Luis Antonio*.

– Explíquese, que si podemos hallar remedio la ayudaremos – añadió *Pepe*.

– Es imposible. Mi desgracia, no tiene reparación posible. Estoy sola, abandonada, sin calor sin cariño de nadie y si no fuera por *Rosita*, ya no estaría aquí, en estos momentos. Por ella vivo, para velar por ella, pero sin esperanza, porque estoy viendo que cuando sea mayor, va a ser muy desgraciada también. Es horrible, es horrible lo que me pasa.

Estaba desconsolada. Los dos amigos la calmaron, y la animaron para que siguiera el relato, antes de que *Rosita* volviese. Era preciso que ellos conocieran, por ella misma, todo cuanto le había sucedido.

María Rosa, aunque sólo fuera por agradecimiento a lo que por ella y por *Rosita* estaban haciendo aquellos dos señores, a los que no conocía más que desde unas horas, les contó el caso. Una historia vulgar, que se repite con frecuencia. Una mujer joven y bonita, un hombre que mina su corazón, unos amores que empiezan a mostrar la promesa de un fruto, un salvaje que se retracta de la promesa, unos padres despóticos que, escudados en el honor, lanzan a la calle a una hija encinta y luego el eterno dolor, la miseria, el hambre, la noche de la vida...

Era lo que presumían los amigos. Dieron ánimos a *María Rosa*, y le prometieron protegerla. Ellos practicaban la caridad, pero no la caridad que ofende, que ultraja, que recuerda al que la recibe su condición inferior y miserable, sino la caridad noble que eleva y dignifica al que la hace, porque no daña al que la recibe.

– De momento – dijo *Luis Antonio* – usted va a quedarse en mi casa. *Rosita* ingresará en un Colegio donde recibirá la debida instrucción y educación. Luego veremos.

María Rosa quedó petrificada. El cielo se le acababa de abrir y repetía casi maquinalmente su eterno estribillo – ¡Cómo pagar, Dios mío, cómo pagar!

CARMELA

Nada, allí no había nada que pagar. Se hacía todo con arreglo a los dictados de la conciencia, y estaba todo pagado. Ni siquiera se permitía a nadie el agradecimiento.



... Le señalaba el mueble, como diciéndole: Toma cuanto necesite esa pobre mujer...

76 —

— Manos a la obra — exclamó *Luis Antonio* —. Vamos a empezar por cambiarle los vestidos. Vuelvo en seguida.

Salió del comedor entusiasmado y se dirigió a los armarios, donde se guardaba intacta, la ropa que llevaba *Carmela* antes de desencarnar, con el noble propósito de escoger unas cuantas piezas y entregárselas a *María Rosa*, para que se pusiera decente. Le parecía que todas las ropas de *Carmela* le irían bien, porque eran de la misma configuración.

Poco antes de llegar al armario ropero se contuvo repentinamente, como si la conciencia le acusara de algo muy grave que intentaba hacer.

— ¡Dios mío, Dios mío! — exclamó — ¡Qué iba yo a hacer!

Desistió y cuando se dispuso a volver al comedor no pudo moverse. *Carmela* se le apareció nuevamente y, con una sonrisa muy expresiva, le señalaba el mueble, como diciéndole: Toma cuanto necesite esa pobre mujer. Ya no he de vestirlas más y no tienes derecho a que se estropeen. Haces bien. Dáselas todas y queda tranquilo. Yo no me ofendo. Estoy contenta de ti y quiero que así seas siempre. Haz el bien.

Desapareció, y *Luis Antonio* no titubeó ni un momento. Cogió las ropas que le pareció debía dar a *María Rosa* por de pronto, y se fue con ellas al comedor.

Cuando *María Rosa* se retiró al cuarto de baño para asearse bien y vestirse, *Luis Antonio* explicó a *Pepe* lo que le acababa de ocurrir y éste, que a pesar de todo, conocía más bien que su amigo las cosas del Espacio, porque, aun sin tantos conocimientos científicos, tenía más fe inspirada, se echó a reír.

— Siempre serás el mismo — le dijo —. No quieres darte cuenta de la realidad y vives de una manera que no es propia de un perfecto espiritista... ¿Cómo iba a ofenderse *Carmela* porque tú dieras sus ropas a una que las necesitaba? ¿No te has dado cuenta todavía de lo que el Espacio significa? ¡Ah, *Luis Antonio*! Tenía razón *Carmela*, cuando te llamaba niño grande.

Conversaron sobre la suerte de *María Rosa*, y *Pepe* se propuso encontrar al canalla, aunque fuera al fin del mundo, para exigirle que reparara su falta; consideraba que tenía la obligación de hacerlo. Y si no lo conseguía, por lo menos se tranquilizaría su conciencia, después de haberlo intentado.

Al poco rato salió *María Rosa* limpia y con las vestiduras de *Carmela*. Estaba guapa; en aquellos momentos de felicidad, había ganado diez años de vida, se habían borrado muchas horas de angustia y de penas sufridas.

El rubor, coloreaba sus mejillas. En aquella forma, le parecía que otra vez era la que había sido, pero, al llegar a la presencia de los dos amigos, no pudo contener una lágrima y rodando por el rostro fue a manchar el vestido.

En estos momentos llegó *Rosita* con una muñeca muy grande que llevaba en sus brazos, abrazándola, con la ilusión de

quien sufre un sueño y no quiere despertar. Le parecía demasiada felicidad y no se resignaba a perderla.

– ¿Estás contenta? – preguntó a la niña, *Luis Antonio*.

Mucho, no sabía cómo explicar su alegría y besaba a *Luis Antonio* y a *Pepe* en la cara primero, porque ellos se habían inclinado, luego en las manos.

– ¡Ya tiene nombre! – exclamó la niña, señalando a su muñeca. .

– Ya me lo figuro – dijo *Luis Antonio* –, le habrás puesto *Rosita*, como tú, que es un nombre muy bonito ¿verdad?

– No señor – contestó *Rosita*, como avergonzada de haber adelantado a los deseos de aquel señor, que adoraba, como si fuera su verdadero padre –, le he puesto *Luisa*, como usted.

Aquel acto, aquella fineza, que en una persona mayor que obrase por el cálculo, con premeditación, hubiera sido cosa sin importancia en la nena, que obraba al impulso de su alma, era un poema que llegó al corazón de todos los que oyeron lo que la niña acababa de decir.

– ¡Ea! ¡No puedo más! dijo *Luis Antonio* –. ¡Ya no te vas de aquí *Rosita*! Esta será tu casa, de hoy en adelante. Os quedáis aquí y tú irás al colegio. Este señor, escribirá a tu papá y tal vez algún día vendrá a buscarte.

No le gustó a la niña. ¡Su padre! ¿Para qué? ¿Qué mejor padre que *Luis Antonio*? Nunca conoció al suyo y le parecía, que por bueno que fuese, no sería mejor que el señor que le acababa de comprar una muñeca.

Pepe rompió el silencio, al tiempo que se dirigía a *Rosita*.

– Bueno, ahora vas a dejar la muñeca y te vienes conmigo, porque yo quiero comprarte unas cosas, que también te gustarán mucho...

Y salieron los dos. Iba a comprarle ropita, zapatos, todo cuanto le hacía falta, pero quería que ella lo escogiera. Aquella buena alma, tenía derecho a la vida. Luego, cuando trajeran el

paquete, su madre podría lavarla y vestirla para que fuera la muñequita de la casa.

Quedaron los dos solos, *Luis Antonio* y *María Rosa* y, hasta que regresaron *Pepe* y *Rosita*, no se dijeron nada. Se miraban, no podían hablar; *Luis Antonio* fumaba tontamente, sin darse cuenta; ella miraba, de vez en cuando, la lumbre de la chimenea y sólo se oía el tic tac del reloj, que les recordaba que todo sigue sin interrupción su marcha evolutiva, y *Luis Antonio* pensaba que seguramente *Carmela* estaba también con ellos y que desde el mundo de lo invisible, le bendecía...

Ya empezaba la primavera a dar señales de vida. Las copas de los árboles, señalaban la presencia de las hojas nuevas y la ropa de invierno estorbaba durante el día, aunque por la noche todavía seguía el frío haciendo de las suyas. *María Rosa* era la que gobernaba la casa de *Luis Antonio* como hubiera hecho la mejor de las esposas, con todo su interés, para que *Luis Antonio* estuviera contento. Ni un solo motivo de queja. Ni el más insignificante detalle. Hasta *Juan*, que había recibido su presencia con tanto recelo, estaba contento de la señorita, pues así quería *Luis Antonio* que se la tratase. *Rosita* había adelantado mucho desde que empezó a ir al colegio, y *Pepe* estaba buscando el paradero del criminal, autor del infortunio de *María Rosa*. Tenía una pista. Le parecía que tendría que hacer un viaje a París para hallarlo, pero estaba dispuesto a no cesar en su empresa, porque así se lo había propuesto.

También *María Rosa*, fue iniciada en esas cosas de espiritismo. Era buena, y era preciso que se le explicara el camino de la verdad. Asistía a las sesiones y, como había dado muestras de poseer facultad, se la estaba preparando, para que llegara un momento, en que pudiera estar en condiciones de comunicar, de servir de máquina a los hermanos del Espacio.

Era viernes por la tarde y había sesión en el Centro, de siete a nueve. Acababan de dar las seis y media. *Rosita* regreso del Colegio y todos juntos, se dirigieron hacia el Centro, pues *Rosita* también asistía y le extrañaba que unas personas se dormían y hablaban, pero cuando *Luis Antonio*, o *Pepe*, le decían que ya le explicarían más tarde lo que todo aquello

significaba, quedaba tan contenta y esperaba que llegase el momento prometido.

La sesión empezó, como de costumbre, con un discurso del Hermano Guía, por mediación de la máquina Anita, que se expresó en estos o parecidos términos:

— *«La paz esté con vosotros: Queridos hermanos, queda abierta la sesión. No me cansaré de repetiros, que es preciso unir todos los pensamientos, y que dejéis por unos momentos las cosas de la tierra, para estar en fraternidad con los hermanos del Espacio.»* Siguió dando una serie de consejos, para lograr una perfecta unión de pensamientos, y después de señalar el orden de la sesión, como era costumbre, se retiró despidiéndose hasta el momento de cerrarla.

Seguidamente en el médium viejecito, que queda reseñado en otro lugar de la obra, se comunicó una entidad del Espacio, que dijo lo Siguiente:

— *«La paz sea con vosotros — hizo una pausa y luego siguió. ¡La soledad! ¿Cómo es la soledad? ¿Existe, acaso? No. Vulgarmente se dice «estoy solo» y se dice en varios sentidos «estoy solo en el mundo», un caso, «estoy solo en mi casa», otro caso, pero nunca se está realmente solo. Claro es, que el que no ve más que la soledad, llega a creerse que está solo, pero se equivoca. Uno se encuentra en su casa solo, y exclama: ¡qué bien estoy solo! o ¡qué mal estoy solo! y es que siente algo que le molesta, es su otro yo que lo acompaña y le advierte porque la cabeza no para un solo instante. Su otro yo, a quien no ve, se presenta en casos excepcionales, a ese ser, que aunque no crea, lo oye o lo siente. Y para no dar importancia a ello, dice que es la casualidad, pero la casualidad no existe pues, como sabemos, todo guarda relación de efecto y causa.*

¡Solo! ¡La soledad! ¡Cuántos desean y apetecen estar solos! ¡Qué más quisieran ellos! Pero no es posible, a su alrededor hay un algo, o algunos algo, que les envuelven de una manera, que pierden la noción de sí mismos; a veces piensan varias cosas a la vez, tan pronto se levantan, como se sientan, y no están solos, pero no lo saben, porque los mueven de uno a otro lado los hermanos invisibles que, según cómo

encuentran al ser, se apoderan de él unos u otros, o varios a la vez y el que es más fuerte, es el encargado de dirigirle, pero cuando el alma de este ser se apercibe, entonces coge el camino más recto para sus deseos y logra el que quiere, en una forma u otra, porque de ésta manera es ayudado por otros hermanos, que han complacido su pensamiento, le ayudan y le transforman, transformación que resulta del cambio que ha podido sufrir el sujeto; cambio debido a su alma de la que se ha apoderado algún hermano. Si sus sentimientos son elevados, bien. Si se apodera otro ser que, esté a la misma altura, también cumple sus deseos, pero más vale que pasemos por alto sobre ello, porque es bien poca cosa. En todo caso, no es él solo, es el que ha atraído, es otro ser que le ayuda, y entonces es cuando se hacen disparates, que luego hacen que el sujeto se arrepienta, o no se arrepienta.

Os explico esto, para que veáis lo que es la soledad y cómo se comprende. Los iniciados en estas materias, saben que su alma nunca está sola por eso su alma se serena y hace las cosas sin gritos, hace lo justo que puede hacer un ser humano.

Os advierto todo esto, porque si os encontráis con exaltación en algún momento (pequeñeces humanas) para ofender a otro, tened la completa seguridad de que no pasará nada, si consideráis que no estáis solos, pues entonces, todas las malas ideas que os vengan, las rechazaréis y, en cambio, acogeréis el bien para la humanidad.

Hermanos: este es mi sentir y quisiera poder inculcaros todo esto, para que os quedara grabado, pues antes yo lo he sufrido todo y como todo lo he llegado a comprender, por eso os doy el consejo que antecede y os digo que huyáis de los malos pensamientos, que os vengan, o que os den y así veréis, que, cuando hayáis reconocido que no estáis solos, cambiaréis de rumbo, si éste era torcido.

La paz quede con vosotros hermanos, y que os sirva de algo, mi pequeño aviso.»

Al acabar esta comunicación contra la costumbre de no hacer ninguna clase de comentarios hasta que la sesión terminase, hubo una serie de cuchicheos por lo bajo que, don

Julio, cortó inmediatamente con una indicación. No hacía falta otra cosa, en aquel grupo de hermanos, perfectamente impuestos de la importancia de lo que estaban haciendo.

Se comunicó la otra máquina, que también dio una hermosa conferencia.

Al tocarle el turno a la máquina *Anita*, para comunicarse nuevamente antes de que el Hermano Guía cerrara la sesión, ocurrió algo inesperado, como acontece muchas veces a los que son asiduos concurrentes a esta clase de experiencias. Al quedar comunicada, pausadamente, serenamente y con dicción clara, se expresó el ser del Espacio en estos términos:

— *«Paz, Amor y Caridad, hermanos: Por primera vez me ha sido permitido poderme comunicar, por mediación de una máquina, y muy gustosa me dirijo a vosotros, para deciros que sigáis, por el camino emprendido. No hay diferencia entre encarnados y desencarnados, todo es lo mismo, todos trabajamos por el progreso de la humanidad y vamos todos siguiendo nuestro camino. No todo son flores; no, hay muchas zarzas, pero no importa, no desmayéis, los que tenéis la obligación por propio convencimiento, de divulgar nuestros ideales, debéis seguir, sin que os asusten las luchas, las burlas y los escollos que encontréis. Fijaos en la responsabilidad y en que cada cual, trabaja para sí mismo. La semilla, cuando sale de las manos del campesino, que la lanza como si la tirara, sigue su curso evolutivo también y, cuando llega el momento, ofrece el espectáculo de la fecundidad ¿con qué satisfacción contempla sus campos el agricultor, cuando ve que aquellos trabajos, aquellos desvelos, que parecían estériles, porque a pesar de cuidarlos con esmero, no daban ninguna señal, ahora presentaban la lozanía esplendorosa de exuberancia de vida? En vosotros, acontece lo mismo; estáis trabajando y no veis los resultados que seguramente desearíais todos, pero si seguís, si perseveráis, día llegará que podréis ver vuestro trabajo premiado. Pensad en los hermanos que sufren, enseñadles el verdadero camino de redención, inculcadles la idea de la humanidad, para que vean claro y sobre todo no os olvidéis nunca de los hermanos pequeños, me refiero a los más humildes, a los que por carecer de bienes de*

fortuna, parece que la humanidad, los tiene abandonados a su propia suerte. Practicad la caridad, pero no la caridad de dar unas monedas al primero que por la calle os las solicite, no; eso no es caridad; practicad la caridad en su verdadero sentido, ayudando a todos, en la medida de vuestras propias fuerzas, con dinero, si vuestros medios económicos os lo permiten, con palabras de consuelo si no podéis disponer de dinero; todos podéis hacer el bien, a veces una palabra, da más bienestar que todo el dinero del mundo. Amad, amad a todos, porque todos sois hermanos. No se comprende bien el concepto estando en la tierra, pero cuando vengáis al Espacio, veréis claramente lo que significa la palabra hermanos. Todo, es de todos, y nadie tiene derecho a tomar para sí, a guardarse para sí, lo que pertenece a los demás. Cuando nuestras necesidades están satisfechas, todo lo demás sobra. Ya sé, que se me dirá, pero ¿y cuándo uno es viejo? ¡Ah, hermanos! ¡Ah, hermanos del alma! No está todavía, la humanidad preparada para este desprendimiento en favor de los demás, de lo que a cada uno le sobra. Cuando lo comprenda, cuando lo practique, cuando la humanidad sepa lo que es amar al prójimo, querer a los otros como hermanos, entonces no habrá que pensar en la vejez, porque un viejo, representará un hermano mayormente necesitado de cuidados, de cariño y de una serie de cosas más que los otros, y todos sabrán atenderle como es debido, porque cuando ellos lleguen, también serán atendidos de la misma manera. Eduquémonos para llegar ahí, o por lo menos, pongámonos en condiciones de explicar a los hermanos que no nos comprenden, lo que significa el ideal espiritista. No es una religión que se ocupa de hablar con los muertos; es una filosofía científica, que se basa en los más sanos principios de igualdad y fraternidad, es la encarnación de la justicia, es práctica constante de amor, con cuyos principios, pueden resolverse satisfactoriamente todos los problemas y se puede garantizar el orden, la paz, y la tranquilidad sociales.

Queridos hermanos, perdonad lo extenso de mi conferencia.»

– Sigue, sigue – dijo don Julio –, estamos escuchando con mucho gusto.

– «*Lo sé, lo veo y de ello me congratulo.*

Sé que aquí, es una escuela, donde se viene a aprender, tanto encarnados como desencarnados, pues hay una infinidad de hermanos, que vosotros no podéis ver con vuestros ojos materiales, que también acuden a las sesiones, para aprender. Es un intercambio de enseñanzas. Pero tal vez os canso.

– No, no – exclamaron a un tiempo, varios de los presentes.

– ¿Cómo nos va a cansar un ser tan elevado, tan despierto, que nos da tan sabios consejos que nosotros hemos de recoger para llevar a la práctica? – preguntó *Luis Antonio*.

Luis Antonio estaba cerca de la máquina y apenas hubo acabado de pronunciar estas palabras, el ser comunicado, le cogió la mano y así permaneció durante un rato, sin decir palabra.

Don Julio, que sospechó algo, por la manera de conducirse el hermano comunicado, al que había adivinado cierta emoción, dada la práctica de dirigir sesiones, preguntó:

– ¿Qué te ha pasado? ¿Cómo es que en un momento has quedado mudo? ¿Es que acaso conocías al hermano en la tierra?

El ser no contestó y permaneció todavía unos momentos con las dos manos asidas a las de *Luis Antonio*. Al poco rato, con voz velada por la más tierna de las emociones, dijo:

– «*Perdonad, hermanos. Es difícil explicar lo que en estos momentos ocurre.*

– ¿Me conocías? – preguntó *Luis Antonio*, cariñosamente.

La máquina movió la cabeza en señal de afirmación, pero no dijo nada.

– Vamos a ver – siguió *Luis Antonio*, que era un gran aficionado a las identificaciones de los seres – ¿Éramos amigos?

La máquina movió nuevamente la cabeza asintiendo y Luis Antonio siguió:

– ¿Nos queríamos mucho?

– *iMucho, muchísimo!* – contestó la máquina, que no soltaba las manos de *Luis Antonio*.

– Anda pues, dime ¿quién eres?

– *iNo adivinas!* – exclamó el ser, como quien tiene una decepción.

– No. No adivino. Somos torpes en la tierra.

Estos ojos nuestros no alcanzan a veros.

– *Pero ¿y vuestro ser? ¿Y vuestra conciencia? ¿No os dice nada? ¿Es que hace falta ver con los ojos del cuerpo, para hablar y conocer a los hermanos del Espacio?*

– Te confieso mi torpeza. No acierto a conocerte. No sé quién eres.

Hubo otra pausa. *Pepe Almagro* cortó el silencio exclamando, como si acabase de tener una revelación:

– ¡Ah!

– *Dichoso de ti dijo el ser comunicado* –.

Tú me has conocido. Ven.

Pepe fue a sentarse al otro lado de la máquina ésta siguió entonces sin soltar la mano de *Luis Antonio* y dirigiéndose a *Pepe*, le dijo:

– *También está aquí y me encarga un abrazo fraternal.*

Entonces comprendió *Luis Antonio* y exclamó:

– *¿Carmela?!*

Quedó llorando como un niño, besando su mano. Ella, sin decir nada, puso su otra mano en la cabeza de *Luis Antonio* y así permanecieron un rato repitiendo *Luis Antonio* – *¡Carmela! ¡Carmela mía! ¡Deja que te vea!* –, hasta que *don Julio*, aproximándose al grupo que formaban nuestros amigos y la máquina, se expresó en estos términos:

CARMELA

— No, mis queridos amigos, no. Esto no conviene a los seres que vienen a comunicarse. Es preciso tener mucha serenidad. Eso a *Carmela* le hace un gran mal. Es preciso ser fuerte, porque de lo contrario lejos de trabajar con provecho, iríamos a una perturbación, ¡Hay que ser fuerte, *don Luis*, es preciso tener entereza! Con esta actitud está usted haciendo un gran mal a *Carmela* y yo creo que no es precisamente eso, lo que usted desea.

El cuadro era impresionante a más no poder. Todo el mundo callaba y estaba con su mirada fija en *Luis Antonio* y la médium. Por la cara de la médium resbalaba una lágrima. *Carmela* también se había emocionado y lloraba. Era cosa natural en estos casos. A pesar de saber, que no se muere, a pesar de conocer el espiritismo, y, más me atrevo a decir, por conocer el espiritismo, cuando uno puede hablar con un ser que al parecer había perdido, se llora. No es la pena acaso, es la alegría de volver a hablar con él, es una emoción que sólo puede explicarse el que ha pasado estos momentos de dicha, de felicidad. Es un placer que da gusto y pena a la par, es recuerdo y esperanza, refundidos en la situación del momento...

— «Paz, amor y caridad, hermanos» — dijo *Carmela* al tiempo que soltaba las manos de *Luis Antonio*.

— No te vayas, no te vayas aún — decía con vehemencia *Luis Antonio*, ya más calmado pero lleno de emoción todavía.

— *Es preciso. Volveré. Perdonad hermanos queridos, estos momentos que os hemos hecho pasar.*

— ¡Perdón *Carmela*, perdón! — insistía *Luis Antonio*.

— ¡*Siempre el niño grandote!* — repetía la médium que no sabía, porque nunca se lo habían dicho ni *Luis Antonio* ni *Pepe Almagro*, que le llamaba en vida, cariñosamente, de esa manera.

¡No había duda! ¡Era *Carmela!* *Luis Antonio* volvió a esconder su cara entre las manos y *Carmela* le tocó la cabeza diciéndole:

¡Vamos, vamos! – Y dirigiéndose a todos, dijo –: Hasta otro momento. Paz, amor y caridad.

Dio una mano a *Luis Antonio* y otra a *Pepe*. *Luis Antonio* la besó con apasionamiento, sin darse cuenta que besaba la mano de la médium y *Pepe* dijo, refiriéndose a *Ángela*:

– Dale un abrazo fraternal.

La máquina asintió con la cabeza y dando una última mirada a *Luis Antonio*, dijo: – *Hasta otro momento.*

Despertó *Anita*. No se encontraba bien.

Hubo necesidad de hacerle unos pasees, para despejarla en absoluto y al poco rato estaba perfectamente tranquila. Se extrañó de haber llorado, pero como no era cosa de comentarios, se siguió la sesión y la misma máquina volvió a comunicarse, para que lo hiciera el Hermano Guía, quien siguiendo la costumbre, debía cerrar la sesión.

– *La paz sea entre vosotros –* dijo el hermano Guía –. *Yo creo que estaréis todos satisfechos de estos momentos que habéis pasado esta tarde y tú – dirigiéndose a Luis Antonio – supongo que estarás satisfecho también de la sorpresa que te hemos preparado.*

Luis Antonio no podía contestar. Aun le duraba la emoción de la sorpresa y de los bellos momentos transcurridos. Realmente los hermanos del Espacio eran buenos y sabían dar a los que asistían a las sesiones, algo que servía de mucho, para fortalecer el convencimiento del ideal que se profesaba. El hermano Guía siguió:

– *Todos vosotros podréis hablar con vuestros familiares, pero es necesario que os preparéis, porque hay que evitar estas escenas que hemos visto esta tarde. Si nosotros estuviéramos seguros de que vosotros erais lo suficientemente fuertes para poder resistir la emoción de estos momentos, ya hace tiempo que todos hubierais hablado con vuestros familiares, pero vemos que aun no estáis bien preparados para que permitamos que vengan, pues con vuestra actitud, no solamente os perjudicáis vosotros, sino que también se*

CARMELA

perjudican los hermanos del Espacio. Viene para ellos, una perturbación, que es necesario evitar. Queda terminada la sesión. La paz quede entre vosotros y hasta otro momento.

Se despejó la máquina. Se procedió a la elevación de pensamientos, como era costumbre en el Centro, y ya pudieron dedicarse a los comentarios de lo acaecido en la sesión.

Nadie hablaba. Era demasiado delicado el tema que se tenía que abordar y la herida estaba demasiado tierna, para que nadie se atreviera a hacer ninguna clase de comentarios. Se habló de sutilezas sin importancia, y al poco rato, *Luis Antonio* se dispuso a marcharse. *María Rosa* arregló a *Rosita*, se arregló ella, y las dos con *Pepe*, se retiraron para acompañar a *Luis Antonio*, que necesitaba estar sólo, le precisaba reposo.

Durante el camino no se habló. *Rosita* estaba extrañada de que *Luis Antonio* no le dijera algo, como siempre hacía, y andaba a su lado triste dándole la mano, porque eso no se resignaba a perderlo y ella misma se había asido, le quería y le respetaba como si hubiera sido su verdadero padre.

Ya en el piso, *Luis Antonio* se retiró a descansar. Estaba triste y necesitaba reposo. Se acostó y se durmió pensando en *Carmela*.

El sueño es reposo para el cuerpo, pero no para el ser, porque está siempre en plena actividad. Aquella noche, seguramente que cuando el ser de *Luis Antonio* se apartó de la materia para que ésta descansara, estuvo en amoroso coloquio con *Carmela*... ¡Qué lástima que al despertar no se acuerde uno de las cosas que han pasado durante la noche, por quedarse en nuestro inconsciente!...

Pasaron los meses y la emoción de aquel día aun perduraba en el corazón de *Luis Antonio*. Ya se había dado cuenta de la realidad, ahora era una emoción dulce, un bienestar, que le causaba placer. *Luis Antonio* iba cambiando de modo de ser, sin darse cuenta. Amaba a los demás, en una forma que, si en otros tiempos le hubieran asegurado que debía hacerlo, se hubiera burlado del que había profetizado tales

hechos pero la realidad era que realmente había hecho una notable transformación, en su manera de ser.

De acuerdo con *Pepe*, siguiendo el proyecto que tanto tiempo estuvo estudiando, procedió a resolver el problema social, en pequeña escala. La obligación de un hombre que se hallaba en la situación en que él se encontraba, era velar por los necesitados, según había venido oyendo en conferencias y en avisos, de los hermanos del espacio. La fórmula era lo de menos; eso debía solucionarlo él, con sus conocimientos, pero como todo lo que se lleva en el inconsciente, surge en la inteligencia, en el momento que hace falta, no tardó en encontrar la solución.

Le parecía una enormidad que los colonos que tenía, que eran precisamente los que trabajaban la tierra, los que estaban pendientes del tiempo, para poder recoger el fruto de sus sudores y desvelos, cuando llegara la época de la cosecha, tuvieran que entregarle a él, que había permanecido todo el año inactivo, en lo que a esta clase de trabajos respecta, la mitad de lo que se recolectase, como venía siendo costumbre tradicional. No; todo eso había que modificarlo. Era necesario que los que trabajasen, percibieran lo justo, y así, de acuerdo con los estudios que, junto con *Pepe*, que también quería hacer lo mismo que su amigo con sus tierras, habían hecho, llamaron un día a todos los colonos, que eran en número bastante crecido, pues habían heredado considerables extensiones de terreno, y les manifestaron que a partir de aquella fecha únicamente debían abonarles el diez por ciento de las cantidades que recolectasen. Les dijeron que este compromiso querían darlo por escrito, ante Notario, para que estuviesen todos tranquilos y supiesen que no tenían derecho, en ninguna ocasión, a reclamarles nada más que lo que en aquel momento acababan de contratar. Los colonos protestaron. No tenían ninguna necesidad de ir a casa de un Notario. Bastante agradecidos estaban a sus señores, con la alegría que les acababan de dar, y ya todo quedaba resuelto en esta forma. Ellos abonarían el diez por ciento, y si algún día los señoritos necesitaban aumentar, de la misma manera que ahora les habían llamado para rebajarles el importe del tanto por ciento, podrían entonces volver a

llamarles para aumentárselo, al fin y al cabo ellos eran los amos y podían hacer lo que mejor les conviniera.

Aquellas gentes que, en su sencillez, no comprendían la maldad, estaban tan contentos, daban tantas gracias a Dios por el favor que acababan de recibir de sus amos, que les parecía una ofensa ir a casa de un Notario, para que les firmaran lo que les acababan de prometer.

Luis Antonio les convenció de que era preciso hacer las cosas en debida forma y que ellos eran precisamente los que tenían más interés en que lo que habían pactado tuviera fuerza de obligación. Así estarían más satisfechos todos, y ellos quedarían más tranquilos, porque el pacto tenía que ser para toda la vida de ambos contratantes, en el bien entendido que si algún colono tenía hijos, también serían respetadas, para ellos, las mismas condiciones y en el caso de morir *Luis Antonio* o *Pepe*, sus herederos tendrían la misma obligación de respetar lo pactado. Convencidos y contentos aquellos trabajadores de la tierra no sabían contener la emoción, alguno estaba tan impresionado que, el nudo que tenía en la garganta, le privaba de hablar para expresar el reconocimiento a su amo y señor que ahora lo era más que nunca.

La reunión se celebró en casa de *Luis Antonio* en uno de los salones destinados a grandes fiestas, que no habían vuelto a abrirse desde que *Carmela* había hecho la transformación, y ya puestos de acuerdo, quedaron que el día que el Notario tuviera listas las escrituras, para proceder a la firma de las mismas, se les avisaría para que pasaran por su despacho a ultimar definitivamente la cuestión.

Todos los asistentes fueron obsequiados con champán y pastas, para celebrar el acontecimiento, pues por muy contentos que ellos estuvieran, más lo estaban nuestros amigos que servían ellos, en persona, el espumoso líquido y repartían cigarros habanos, para que fumaran.

Eran unos momentos de verdadera emoción a lo que nadie está acostumbrado y que, andando el tiempo, y a base de las enseñanzas espíritas, será lo más corriente que se haga, porque el día que la humanidad se entere y se convenza de que

somos todos hermanos y que no hay derecho de que nadie sufra la opresión de otro, de quien únicamente se diferencia por haber nacido en otro lugar, ese día será el primer peldaño de la felicidad en la tierra. Afortunadamente ya empiezan a latir los corazones impulsados por el amor al prójimo y los necesitados, los que sufren, los hermanos pequeños, como llaman a los humildes nuestros hermanos del Espacio, ya van encontrando consuelo en el pecho de los que saben comprender las máximas que se predicán, a base de ciencia filosófica espírita, que es lo que va a transformar el mundo, con sus sabias enseñanzas, llenas de amor.

No perdían nada nuestros amigos, antes por el contrario, ganaban mucho, pues aquellas buenas gentes, si antes les querían y les respetaban, ahora sería doblemente demostrado el cariño y el respeto, porque sin pedir, sin solicitar, habían conquistado, con armonía, con paz, lo que a veces se tarda años y más años de luchas y de rencores, lo que no ocurriría si todos los amos fueran espiritistas convencidos, como lo eran *Luis Antonio* y *Pepe Almagro*. Podría resolverse todo con paz, con amor, con armonía.

Alguien estaba nervioso y el rubor, o la cortedad, le vedaba arrostrar a la práctica su deseo. *Luis Antonio* lo advirtió, y, dirigiéndose a él le dijo:

¿Qué te pasa, hombre? ¿No estás contento?

— Sí, señor, mucho, muchísimo.

— Pues entonces, no pongas esa cara, hombre, porque parece que no te gusta lo que estamos celebrando.

Sí le gustaba. Estaba entusiasmado. Estaba contento, pero como quería exteriorizar esta alegría, y no sabía hacerla, resultaba que al pensar y dar vueltas al asunto, se había colocado en una situación difícil. Al fin pudo llegarse a entender que lo que él quería era brindar, porque en todos los actos de su vida, cuando se había celebrado una fiesta de importancia, se había brindado, pero ahora estaba apesadumbrado porque delante de los señores que para él aun seguían siendo los amos, los mismos que hasta entonces habían sido pues en su humildad

CARMELA

no podía comprender que hubiese quien, sin ser requerido, se prestara a un renuncio a favor de otros, de lo que, hasta entonces, era ley porque así se había dispuesto.

– Bien, hombre, bien – exclamó *Luis Antonio* –, brinda en hora buena que todos vamos a escucharte, con mucho gusto. Tiene la palabra nuestro buen amigo *Quimet*.

Así llamaban al que había manifestado deseos de brindar pues por ser valenciano, siempre le habían llamado *Quimet*, en vez de *Joaquín*.

Se levantó *Quimet*. Empuñó la copa de champán y levantándola en alto después de meditar unos instantes, dijo:

Brindo a la memoria de aquellas santas mis señoras doña *Carmela* y doña *Angelita*.

No dijo más. Se sentó. Estaba sudoroso. Le había costado mucho trabajo poder coordinar aquellas ideas que acababa de lanzar y se sentía satisfecho. Todos aplaudieron. Se unían al brindis tan oportuno de *Qimet*, que siempre había demostrado tener más ideas que todos los demás. También *Luis Antonio* y *Pepe Almagro* levantaron sus copas en alto y, aunque no bebían, se las aproximaron a los labios. *Luis Antonio* temblaba de emoción el líquido de su copa se vertió y manchó el mantel. Todos brindaron entonces y también tuvieron que hacerlo los señoritos. La fiesta se acabó en paz y en perfecta armonía.

A los pocos días, todos estaban reunidos en el despacho de un Notario de fama. Se firmó el compromiso prometido y cuando hubo terminado la ceremonia, *Luis Antonio* y *Pepe* se quedaron. Aun tenían que hacer algo allí. Tenían que firmar el testamento, en favor de cada uno de los colonos, de las piezas de tierra por ellos cultivadas. Salieron. En la calle, les pareció que respiraban mejor.

– ¡Qué hermosa es la grandeza del espiritismo!

– ¡Muy hermosa, *Luis Antonio*, muy hermosa!

El saloncito de actos estaba lleno. *Luis Antonio* tenía que dar una conferencia y había mucho interés en oírle. Todo el mundo sabía lo que había hecho con sus colonos y su gesto

había repercutido en todos los centros espiritistas de la ciudad. La estimación y el respeto que por él se tenía, había aumentado de una manera considerable y ahora, que se presentaba una ocasión para poderle demostrar este afecto, era preciso llenar el local. Así lo habían hecho. Era el local donde tanto frecuentaba *Marciala* y su familia, cuya Junta le había invitado para que se dignara ocupar la tribuna, y él, con mucho gusto, había aceptado. No hacía falta mucho personal para que estuviera rebosante, pues era una casa modesta y se arreglaban como mejor podían. Esta vez era algo importante, pues habían asistido hermanos de otros centros, para ver lo que les iba a decir. El tema era muy interesante y aumentaba el interés la calidad del conferenciante su historial dentro de las filas del espiritismo. Titulaba la conferencia «Principios básicos del espiritismo».

Marciala, desde mucho antes de la hora anunciada, estaba ocupando el lugar que ella misma se había asignado de antemano, para estar más cerca de *Luis Antonio*, no para oír mejor lo que diría, pues aunque le interesaba todo lo que se refería al espiritismo, por esta vez le interesaba más estar cerca del conferenciante, por la atracción que por él, y hacia él, sentía. Así pasaría unos momentos envuelta por sus palabras y cuanto más cerca de él se hallara, mejor podría hacerse la ilusión de que sentía su aliento cerca de sí. Su amor por *Luis Antonio* era algo serio, que no la abandonaba durante todas las horas del día y, lejos de difumarse, adquiría cada día más cuerpo y mayor era su vehemencia.

Faltaban pocos momentos para dar comienzo a la conferencia, cuando llegó *Luis Antonio* acompañado, como siempre, de su amigo, de *María Rosa* y *Rosita*. Le recibieron en una salita destinada a Secretaría del Centro y otros hermanos, mientras él cambiaba impresiones con la Junta directiva de la identidad acomodaron a *María Rosa* y a *Rosita*, con toda deferencia, porque sabían el afecto que profesaba *Luis Antonio* a aquellos seres que, gracias a él, vivían felices, después de haberlos recogido del arroyo, donde habían sido arrojados por los prejuicios sociales.

Pepe, que fue al salón a dar un vistazo dijo:

CARMELA

– Puedes estar contento, *Luis Antonio* porque está esto imponente.

Y dirigiéndose al Presidente, preguntó:

– ¿De dónde han sacado ustedes tanta gente?

– Es que hay muchos hermanos de otros Centros, que han venido a oír a *don Luis*, atraídos por su especial modo de ser, para oírle y para conocerle, al mismo tiempo que para aprender algo de sus sabias enseñanzas, pues siempre enseña algo que se desconoce.

– No, no. No puedo enseñar nada nuevo dijo *Luis Antonio* –, no van a aprender nada en mi conferencia de esta tarde, como nada ha podido aprenderse tampoco en ninguna de las que vengo dando, porque sencillamente no descubro nada nuevo; todo cuanto digo, todo; está al alcance de cualquiera que desee estudiar para aprender, pues todos contamos con los mismos medios, para sacar del mismo sitio las ideas y los conceptos, por lo tanto, todos pueden saber exactamente, lo mismo que yo, todo cuanto digo.

– Perdóneme usted – dijo otro señor de la Junta –, eso sería si todos nos halláramos en el mismo grado evolutivo, pero usted sabe perfectamente que cada uno de nosotros tiene un momento de evolución distinto del de los demás, por eso es la diferencia de apreciaciones en el estudio de las cosas y los errores que, muchas veces, se cometen, por falta de una buena orientación en los estudios. No le quepa la menor duda, de ninguna clase.

Usted hace un gran bien al espiritismo, porque encauza a los hermanos por el camino que deben llevar en sus estudios. Nosotros conocemos Centros donde se cometen verdaderas herejías y no vaya usted a decirles nada porque están convencidos de que lo hacen bien y de que los equivocados son, precisamente, los que no piensan como ellos. Estos causan al espiritismo un gran mal.

– Allá cada cual con su responsabilidad dijo un vocal de la Junta.

— No, no — protestó *Luis Antonio* —, nuestra obligación es, cuando sabemos que alguien va desencaminado, atraerlo al buen camino, con argumentos convincentes, para que rectifique por medio de la persuasión, sin que se vea violentado, sino que haga el cambio de rumbo con gusto y esté contento después de haber hallado la verdad. Yo ya sé que hay muchos Centros donde se hacen cosas que desprestigian considerablemente al espiritismo, lo ponen en ridículo y entonces los que nos combaten gozan y tienen, en estas actitudes, campo abonado para ir fundamentando sus tesis contra nosotros, y conozco incluso, algún Centro que tiene la osadía de exteriorizar el fruto de su ridícula concepción, dando pasto con ello, a la gente profana, para que hable de nosotros y nos tome a chacota. Esto ya se irá arreglando, cuando cada cual vaya comprendiendo. Hoy por hoy, no tenemos más remedio que aceptarlo como un mal necesario, pero debemos procurar que, poco a poco, vayan comprendiendo y procuren rectificar.

Usted está haciendo muy buena labor, insistió el Presidente, y luego añadió —: Cuando usted quiera, podemos empezar, porque ya ha dado la hora que habíamos señalado para hacerlo.

— Estoy a sus órdenes.

Se encaminaron al saloncito como buenamente pudieron, porque se hacía muy difícil abrirse camino por entre la concurrencia que, de pié, se había ido colocando en la forma que había podido. Ya en la tribuna hicieron sentar a *Luis Antonio* en la presidencia del acto y a sus lados se colocaron el presidente y los elementos de la Junta que pudieron hacerlo, porque la tribuna era también de reducidas proporciones.

El Presidente se levantó y abrió el acto. A continuación presentó a *Luis Antonio* y aunque dijo que no había ninguna necesidad de presentarlo, porque era sobradamente conocido por todos los espiritistas que siguieran con interés el movimiento espírita, sin embargo, ya que era aquella la primera vez que *Luis Antonio* les honraba su casa, ocupando la tribuna el hacía la obligada y tradicional presentación del orador para, más que otra cosa, darle la bienvenida en nombre de todos los

hermanos de aquel Centro que tenía el honor de presidir y termino — dijo — concediendo la palabra a nuestro querido hermano para que, con su elegante elocuencia, nos deleite y nos instruya durante los momentos de su disertación, que desde luego, esperamos ansiosos, porque de antemano sabemos que nos ha de causar un gran placer, por los grandes conocimientos que tiene del espiritismo y por la bellísima forma que sabemos, expone sus pensamientos...

El público coronó las palabras del presidente con una cálida ovación, porque supo reflejar los deseos que tenían todos; Querían que *Luis Antonio* se llevara de allí una gratisísima impresión y en principio estaban logrando sus propósitos, porque *Luis Antonio*, ante tales muestras de afecto estaba emocionadísimo. Además, se había fijado en *Marciala*, y el conjunto de los acontecimientos, que a cualquiera habría perturbado, a él, que por sus estudios y conocimientos de las fuerzas del pensamiento, tenía un gran dominio sobre sí mismo, le alentaban y, en cierto modo, le daban ánimo para desempeñar su misión con la debida desenvoltura y acierto. Mientras el presidente hablaba, elevó el pensamiento, invocó a los hermanos del Espacio y muy particularmente a su guía, y cuando tuvo que empezar estaba completamente tranquilo, la cabeza despejada, las ideas claras y dominaba en absoluto sus nervios, que un momento se habían alterado por la emoción.

Saludó, en el exordio de su discurso, a los asistentes y tuvo palabras de afecto y de recuerdo para los hermanos invisibles que se hallaban en el local, con una gala de léxico escogido, tan elegante, que los oyentes seguían sus palabras con el más grande interés que puede prestarse al mejor de los oradores. *Luis Antonio* se expresaba despacio, sin gritos, sin abuso de gestos, lisamente, llanamente, en forma asequible a todas las inteligencias. A los amigos, los brazos — decía — para estrecharlos en ellos, para expresarles el sentimiento de mi consideración y especial afecto; a los adversarios, respeto, respeto que no ha de menguar la firmeza de nuestras convicciones; sí hoy no nos entienden y nos combaten, acaso mañana nos pedirán consejo, para que les orientemos, para que les señalemos el camino de la verdad, y nosotros, con amor

profundo, les abriremos los brazos y se lo enseñaremos. ¡Bienvenido el adversario, cuando de buena fe, acude a nosotros en demanda de instrucciones!

Se premió, el exordio con muchos aplausos, y *Luis Antonio* siguió el desenvolvimiento de su tema, con la misma maestría, exponiendo sus diferentes puntos de vista, reflejo de la más grande de las realidades, que no podían ser señalados, ni con una tilde, por nadie que se preciara de medianamente iniciado en esta clase de conocimientos. Se lamentó que por culpa de los falsos espiritistas, aquellos que hacen del espiritismo un negocio, se tenga del espiritismo un concepto tan pobre en general, y dijo que era preciso que todos aquellos que de verdad sentían en el fondo de sus corazones la existencia de la idea espiritista, se convirtieran en propagandistas de verdad, pero no predicando con palabras lo que ellos entendieran justo, sino practicando las ideas que predicaban, dando ellos mismos el ejemplo, que es la manera más ética de hacer una buena propaganda, y añadió:

– Todo aquel que no sienta la verdadera vocación para practicar lo que predica, que por otra parte, debe ser hijo de su convencimiento más vale que no diga nada, que deje a cada cual en libertad de acción, porque su propaganda sería estéril.

Nada se pierde, hermanos – siguió diciendo –. No hay ni un pensamiento, ni el más recóndito de todos, que quede sin producir su efecto en una forma u otra, así pues, eduquemos nuestro pensamiento, e intentemos ser, todos los días, mejor de lo que somos, tendamos siempre al progreso, porque en definitiva, es la más noble de las aspiraciones, no queramos ser de los que se van quedando atrás y deseemos, con toda la vehemencia de nuestra alma evolucionar constantemente, pues aunque la evolución no se detiene nunca, toda vez que sin ella sería imposible el progreso, abramos nuestros ojos a la realidad y fijémonos bien en nuestra responsabilidad. Hay que enseñar a nuestros hermanos la forma de trabajar; lo demás deben hacerlo ellos mismos. Nosotros, al hablar con un semejante, con un hermano nuestro, encarnado, siempre tenemos la asistencia de los hermanos del espacio, de los invisibles, que velan por nosotros, que a cada momento y en

todo lugar colaboran con nosotros, y cuando la intención que nosotros ponemos en nuestros actos es buena, nos envuelven y nos ayudan. Si se presenta alguna duda en el transcurso de la discusión, ellos nos despejan la incógnita y nos llenan de tranquilidad, sugiriéndonos ideas en las que nunca habíamos pensado, y todas las palabras que decimos son el reflejo de lo que sentimos en nuestros corazones.

Nosotros hemos de tener siempre presente el concepto de lo que significa la palabra hermano; la clase social a la que pertenezca el que se acerque a nosotros, poco o nada ha de importarnos, lo importante es que se trata de un hermano nuestro, que acaso en otra encarnación fue nuestro padre, y no hemos de mirar nada más. Los vestidos, que para algunos tienen tanta importancia, aun dentro de los mismos que se precian de verdaderos espiritistas, no han de tener para nosotros ninguna, lo mismo ha de importarnos estar delante de un señor elegante, que frente a un hermano que sus condiciones, económicas no le permiten hacerse un traje cada temporada; los espiritistas no hemos de mirar nunca la forma exterior, lo de fuera de las personas; lo que ha de interesarnos es lo que no puede dejarse en la tierra, lo que se lleva el ser en su camino de evolución, y eso hemos de buscar, no el cuerpo, no los vestidos hermanos, el alma de los hombres, el verdadero ser, lo que no muere, lo que camina siempre; a los buenos, para tenerlos por amigos y para trabajar con ellos, a los malos, para hacerlos buenos, para conquistarlos, o mejor, para ayudarles en la conquista de su propio ser, para que se aparten del camino del error y sigan el camino de la luz.

La misión de los Centros no es precisamente, lo que comúnmente acontece de encerrarse en capillita y dedicarse a las costumbres tradicionales, trabajando en la forma que creen por conveniente, como han venido haciendo hasta aquí; no, la misión es otra, deben enseñar constantemente a los que no saben, deben guiar con razonamientos adecuados, a los que acuden, sea por curiosidad, sea impulsados por el dolor, o por una necesidad inexplicable para ellos. Ya sé que esto es labor muy difícil, pero no hay más remedio. Se han de romper los viejos moldes, somos espiritistas, pues a demostrar que es

verdad, a quererlo ser cada día más, a que los demás tanto los que lo son, o crean serlo, como los que no nos conocen, vayan enterándose no de lo que decimos, sino de lo que hacemos los que sentimos la idea en el fondo de nuestro ser. No quiero que se suprima nada de lo que hasta ahora viene haciéndose en los Centros, no. Yo no soy un revolucionario, yo soy un perfecto enamorado de la evolución, y entiendo que lo que hace cincuenta años era de importancia, hoy sólo ha de ser un recuerdo para aquellos que entre nosotros vivan encarnados, pero hemos de hacer algo más de lo que entonces se hacía, para aquéllos, y para los que desde entonces han ido viniendo a nuestras filas, y cuando un hermano viene a un Centro cualquiera y se ríe de nosotros, no nos burlemos, porque como nada se pierde, un día tal vez, por un acontecimiento cualquiera, se acordará de lo que vio en el Centro, o de lo que allí le dijeron, y quedará compensada nuestra obra y borrada aquella risa burlona que para nosotros tuvo, porque Dios, en su infinita grandeza, tiene las leyes tan perfectamente bien hechas, que cuando alguien resbala y se cae, lejos de causarle un dolor, es el chispazo que enciende la llama de la luz.

Siguió extendiéndose en consideraciones y estimulando a los Centros al trabajo de reformatión, para ir a una obra de conjunto, borrando toda clase de personalismos y recomendando, sobre todo, que cristalice entre los espiritistas la idea de la hermandad, en su más pura acepción, para ir a la organización del espiritismo, con arreglo a las modernas apreciaciones mundiales, y terminó deseando a todos mucha luz, para que tuvieran acierto al encauzar el ideal hacia el esplendoroso porvenir que auguraba.

Una formidable ovación coronó las últimas palabras de *Luis Antonio*. La conferencia había gustado mucho, y su labor fue premiada con las mayores muestras de consideración. Todos querían pasar por la tribuna para estrechar su mano, y él correspondía a las demostraciones con palabras llenas de amorosa amistad y con protestas de modestia.

Marciala estaba saboreando las mieles del triunfo que *Luis Antonio* acababa de lograr, como si hubiera sido algo propio, y aguardaba a que todos hubieran pasado por la tribuna,

para ir ella también y estar unos momentos junto a *Luis Antonio*. *Pepe*, que siempre estaba velando por todo aquello que, directa o indirectamente pudiera interesar a su amigo, observó la actitud de *Marciala*, y se propuso idear la manera de ponerla en contacto con él; también le dolía que aquella pobre criatura sufriera en la forma que venía haciéndolo, y él estaba siempre dispuesto a evitar todos cuantos sufrimientos pudiera. Se acercó a ella y le dijo:

— ¿Qué le ha parecido la conferencia de *Luis Antonio*?

— Enorme — contestó *Marciala* con gran alegría porque alguien le hablaba de lo que más quería —. Muy hermosa, ha dicho cosas muy interesantes y dignas de tenerse en cuenta, porque los espiritistas pecamos en general, de todas esas cosas que *Luis Antonio* ha puesto de manifiesto. Es de esperar que, con el tiempo y con unos cuantos hombres de buena voluntad, como él, se irá arreglando todo. Y a usted, ¿le ha gustado?

— Mucho. A mí siempre me causa gran satisfacción poder oírle, porque ya sabe usted cómo le quiero:

Marciala suspiró. En el fondo de su alma, sentía una especie de celos. No admitía que hubiera alguien que quisiera también a *Luis Antonio*. El amor tiene un egoísmo peculiar. Se desea que todos admiren al ser amado, se goza cuando hablan de él en forma de alabanza, pero se sufre cuando alguien dice que, por encima de la admiración, está su cariño de amigo. No admite rozaduras, el amor todo lo quiere para sí mismo, con egoísmo, con ceguera, con ilusión. Por eso había suspirado *Marciala*.

Hubo unos momentos de pausa. *Pepe* no quiso molestar a *Marciala*, y ésta, que comprendió el efecto de su suspiro en *Pepe*, se apresuró a cambiar de tema y dijo:

— Sí, ya sé que se quieren mucho ustedes. ¡Son ustedes muy buenos amigos! Dígame *Pepe*, ¿*Luis Antonio* quería mucho a su mujer?

— Mucho, muchísimo. La adoraba. Es decir, la sigue adorando.

Marciala bajó los ojos. *Luis Antonio* estaba todavía recibiendo felicitaciones, y al cabo de un rato, como si no estuviera hablando con *Pepe*, o acaso olvidándose de que con él estaba, la repuesta del dolor de las palabras de *Pepe*, levantó la vista y dirigió la mirada a *Luis Antonio*. *Pepe* lo vio, y dispuesto a solventar de una vez el asunto porque le dolía que *Marciala* sufriera tanto, acercándose a su oído, como quien iba a decirle algo que no quería que se enterara nadie, le dijo:

– Usted le ama.

Marciala cogió una mano de *Pepe* y, apretándola con vehemencia, y con las mejillas encendidas, le dijo, al tiempo que le miraba fijamente:

– ¡No!

– ¡Sí! – afirmó *Pepe* –, usted le ama. Yo quiero ayudar a usted, porque usted lo merece.

– ¡Gracias, *Pepe*, muchas gracias!

– Es mi deber. Confíe usted en mí.

Se apartó de *Marciala*; ésta quedó como abrumada por la pesadumbre de una dicha que ambicionaba, pero que no podía creer en su realidad. Le parecía que no merecía tanto. Desde el fondo de su corazón, daba gracias a Dios. Nada hay imposible cuando la intención es noble. .

Los concurrentes iban desfilando. La Junta Directiva del Centro había preparado un refresco para obsequiar a *Luis Antonio*, y algunos estaban invitados. *Pepe* se cuidó de que cada cual fuera a ocupar su sitio y, con refinado cuidado, logró que un momento quedara sólo *Luis Antonio* con *Marciala*. Había ésta advertido la maniobra de *Pepe*, y se lo agradecía con todo el corazón. Se acercó a *Luis Antonio* y le dijo:

– Bien, muy bien, ¡qué guardado se lo tenía usted amiguito! ¡Esta es mi mano, *Luis Antonio*! ¡También yo quiero felicitarle, aunque a usted no le importe!

¡No iba a importarle! *Luis Antonio* temblaba de emoción. Sentía algo inexplicable al recibir la felicitación de *Marciala*.

CARMELA

— Sí me importa, sí — dijo —. Se lo agradezco con toda mi alma. Ya he visto que ha seguido usted con interés toda la conferencia.

Era verdad, pero que no le preguntara lo que había dicho, porque iba a ponerla en un aprieto. No recordaba ya nada de lo que *Luis Antonio* acababa de decir. Para ella, lo interesante no fue lo dicho, sino la música de las palabras, la melodía de la voz por ser suya. Eso fue lo que la había tenido abstraída. Los conceptos, las ideas, las frases hermosas, todo eso, ya suponía que también había sido maravilloso. Lo presumía, lo adivinaba, aunque a *Pepe* le hizo creer que se enteró de todo.

— Debe estar muy contento, ¿verdad?

— Sí, estoy contento. Estoy plenamente satisfecho de los momentos pasados.

— ¿De los pasados? — preguntó *Marciala*, con marcada intención.

Luis Antonio se dio perfecta cuenta y, como la galantería era dechado en él, se apresuró a rectificar:

— Sí, de los pasados, y de los presentes.

— ¡Bah! Los presentes no tienen importancia. Una nueva mano que se le ofrece para estrechar la suya y a esperar que venga otra, para olvidar ésta.

— No lo crea usted.

— La gloria es muy ambiciosa y ciega. Envuelve al que de ella se enamora y le acompaña en su vuelo veloz. Cuando se va cargado de flores, cualquiera se detiene a arrancar una amapola.

— Cierto. No seré yo quien se pare a arrancar una amapola, pero sí soy de los que gustan detenerse para aspirar su perfume. Yo no corto nunca las flores para después, cuando nos han dado todo lo que poseían, tirarlas, no. Yo las admiro, me deleito con la sutileza de su perfume, y sin cortarlas, las beso.

— Muy galante. Muy bien dicho, como todo lo que dice usted. Es usted un artista. Sabe usted decir muy bien las cosas.

– No lo crea; a veces, lo que uno quisiera decir, no puede; se le traba la lengua; se pone uno torpe, y no acierta a encontrar las palabras con que demostrar lo que siente.

Realmente, *Luis Antonio* estaba torpe, en aquellos momentos, en que se iba, a decidir una nueva fase de su vida, y no sabía expresarse como en él era costumbre.

– ¡Qué pocas veces le ocurrirá eso! – Pocas, es cierto, muy pocas. Ya ve usted, ahora es una de ellas. – ¡Ahora! ¿Por qué?

– No sé. No me pregunte más, *Marciala*.

Luis Antonio sentía como si una voz interior le dijese: – ¡Ánimo, ten valor, decídetelo de una vez! ¡Ahora es el momento! – Pero se contuvo. Le parecía que no debía dejarse arrastrar por la situación y que aun tenía que meditar un poco más.

– ¿La disgustaría, *Marciala*, que yo le ofreciese un paseo por los jardines de invierno? ¿Se ofendería usted si le propusiera una entrevista en esa forma? Tengo muchas cosas que decirle, necesito hablar con usted sin prisas, pero con usted sola.

Marciala contuvo su emoción. No esperaba la proposición y al momento hizo como quien se sorprende, para disimular su contento.

– ¡Cómo ha de ofenderme un caballero como usted! Su compañía, lejos de molestarme, me es por demás agradable, y todo cuanto usted quiera decirme ha de ser, desde luego interesante, porque yo sé que usted no es de los que gustan perder el tiempo. De manera que, cuando usted quiera, podemos vernos donde usted me indique.

– Un día cualquiera por la mañana, a pleno sol, para que nadie se extrañe de que paseemos juntos. Usted sabe que, desgraciadamente, no podemos sustraernos a la sociedad, y pronto seríamos víctimas de lo que de usted y de mí quisieran decir. Y yo no quiero que de usted pueda nadie decir nunca nada. – Cuando usted quiera, ya se lo he dicho.

– ¿Le parece a usted bien mañana?

CARMELA

— ¿A qué hora y dónde?

— A las diez, frente a la estatua de Campoamor.

Pepe les interrumpió, porque como fue quien provocara la entrevista, estaba al cuidado, y en el momento en que advirtió que se notaba en falta la presencia de *Luis Antonio*, fue a avisar a su amigo, para que no levantara sospechas su conversación con *Marciala*. Por la actitud, comprendió perfectamente el resultado de la entrevista que acababan de celebrar.

— Están reclamando la presencia de *Luis Antonio* — les dijo al tiempo que se acercaba a ellos —, y es preciso que vayan ustedes. — Al momento — contestó *Luis Antonio*. Y dirigiéndose a *Marciala*, preguntó —: ¿Hasta mañana?

— Sí, hasta mañana.

Se apretaron las manos fuertemente, poniendo el corazón en amoroso contacto, y *Luis Antonio* fue el que salió primero hacia donde esperaban los socios, para obsequiarle con unas pastas. *Marciala*, al quedar un momento sola, suspiró muy hondo y acercando la mano que poco antes apretó *Luis Antonio*, a sus labios, puso en ella el beso mejor de su vida.

Terminó la fiesta y cada cual se fue marchando a su respectiva casa. Cuando *Marciala* llegó a la suya, sus padres ya estaban esperándola para cenar. No pudieron ir a la conferencia, porque tenían un sobrino muy enfermo y estuvieron toda la tarde a su lado. *Marciala* no tenía ganas de hablar. Se sentaron a la mesa y, apenas iniciada la cena, su madre le preguntó cómo había ido la conferencia de *Luis Antonio*. Contestó con monosílabos y no comía. Al poco rato, se levantó y se fue a su cuarto. Al ver la actitud de *Marciala*, su madre quiso indagar a que obedecía y, dejando la mesa, fue donde estaba *Marciala*. La encontró tendida en la cama, con la cara apoyada en la almohada y llorando con gran sentimiento. Se acercó a su hija y con maternal cariño le preguntó:

— *Marciala*, hija mía, ¿qué te pasó? *Marciala* se abrazó a su madre, sin poder contener el llanto:

— ¡Que me quiere, madre, que me quiere!

– ¡Ah! ¡Todo sea por Dios!

Volvió al comedor. Su marido preguntó qué pasaba y sus hijos también. Se lo explicó. Los chicos se rieron, – el padre también hizo esfuerzos para reírse, pero es lo cierto que con la punta de la servilleta secaba el agua que inundaba sus ojos...

Mañana limpia. Día claro. Promesa de felicidad. A las ocho, ya estaba *Luis Antonio* esperando que dieran las diez y había dado cien mil vueltas a sus pensamientos para ordenar las palabras que tenía que decir a *Marciala*, para que todo se resolviera como era debido y sin que nadie se pudiera molestar.

Salió de casa temprano. Se fue a dar un paseo sin rumbo, y mucho antes de la hora convenida, ya estaba frente a la estatua de *Campoamor*. La contempló y fue recordando algunos versos del autor de tantas y tantas páginas de amor. Estaba contento de que, la primera entrevista que debía celebrar con *Marciala* fuera precisamente ante *Campoamor*; acaso además de la estatua también se hallaría él, en esencia, y le ayudaría con aquellas frases tan hermosas que, en estos casos, se necesitan para quedar bien ante la dama amada.

El reloj de la Catedral anunció que iba a dar las diez, mediante las cuatro campanadas de costumbre. *Luis Antonio* miró hacia todas direcciones y aun no había acabado de dar la hora convenida, cuando vio que *Marciala*, con traje mañanero, se dirigía hacia él. No le había engañado. Salió a su encuentro casi sin saber andar. Le alargó la mano y así estuvieron unos momentos sin decir palabra. Reaccionaron.

– Bienvenida, *Marciala*.

– Buenos días, *Luis Antonio*. Hermoso día para pasear por estos jardines. Si lo hubiéramos escogido, no habríamos acertado también.

– Sí, muy hermoso día, *Marciala*, pero hay otras cosas más hermosas que el día de hoy, más limpias que el día de hoy y más buenas.

– ¡Ya lo creo! Lo creo porque lo dice usted. Será verdad, pero es muy difícil encontrar algo mejor.

CARMELA

– No es difícil, y menos estando al lado de usted, mirando sus ojos.

– Siempre tan galante.

– No es galantería, *Marciala*. Es la voz del corazón. Es la realidad de lo que veo. Es algo que vengo reprimiendo hace muchísimo tiempo y que no acertaba a decir por temor de no sé qué. Acaso miedo de ofenderla, acaso miedo de ofender...

– Sí, ya sé, ya sé. ¿Usted quiso mucho a su esposa?

– Con toda el alma. Guardo de ella un sagrado recuerdo, a pesar del tiempo transcurrido, desde que dejó la carne. Quiero decirle algo que necesito, y vacilo, titubeo, no acabó de decidirme.

– Usted no puede hacer eso. Usted, que es un perfecto espiritista, como demuestra constantemente, no tiene derecho a confundir las cosas del Espacio con las de la Tierra. Las simpatías, las antipatías, el amor, el odio, sabe usted perfectamente que, a veces, casi siempre, es producto de encarnaciones pasadas; por eso nos explicamos la atracción o la repulsión que sentimos hacia seres a los que no hemos visto nunca, con quienes no hemos convivido y, sin embargo, sin saber la causa, nos acercamos o nos apartamos de ellos.

– Sí, sí, todo va religado, todo obedece a causas que desconocemos, pero, a pesar de ello, no me explico cómo, después de haber amado tanto a ella, ame con tal pasión a otra, desee explicarle mi amor, ansíe su compañía. Yo pensaba que sólo podía amarse de verdad una sola vez, y veo que me he equivocado.

– Ya vuelve usted a olvidarse de nuestro ideal. ¿No ocurre que, muchas veces, dos seres que se han amado con locura, en una encarnación, desencarnan y al reencarnar aman otra vez, sienten otra pasión, renace también el amor en toda su esplendorosa grandeza? ¿Pues qué de particular tiene que un ser encarnado, cuando su compañero va al Espacio, sienta de nuevo la llama del amor inflamando su corazón por otra persona encarnada? Yo sólo veo la diferencia del tiempo, lo demás sigue exactamente de la misma manera que si los dos

hubieran desencarnado. Con la sola diferencia del recuerdo consciente, pero sin que nadie tenga derecho a ofenderse. Es seguir la ley. Es acatar las normas intangibles.

– Cierto, *Marciala*.

– No sufra usted, *Luis Antonio*, no sufra usted, y si mi pobre consejo ha de servirle, decídase de una vez al ofrecimiento de su amor. Yo soy una buena amiga de usted, y si puedo ayudarle, estoy dispuesta a hacerlo. Dígame, *Luis Antonio*, ¿quién es la que tanto le hace penar?

Luis Antonio se detuvo. Contempló a *Marciala* fijamente, sorprendido de que también disimulara y pensando en que tal vez se había equivocado. Observó unos momentos. Ella también le miraba. Estaban solos en una encrucijada de los jardines. Sus ojos la denunciaron. Brillaban, contenían el desbordamiento de la manifestación de su alegría, y *Luis Antonio* lo comprendió todo.

– ¿Y usted me lo pregunta, *Marciala*?

Ella se volvió. No sabía qué contestar. Se acercó a unas flores y las acarició. *Luis Antonio* se acercó a ella, y con la voz tremolando de emoción, insistió:

– ¿De verdad que usted no sabe a quién amo tan sinceramente?

– Por más que intento averiguar, no adivino.

– Pues yo voy a decírselo. Pero antes, permítame usted que le cuente un cuento que aprendí un día que estaba muy contento, que estaba entusiasmado, por haber logrado algo que hacía mucho tiempo que deseaba y que parecía alejarse, alejarse de mí, por no querer hacer un esfuerzo para conseguirlo. Sentémonos en ese banco, y con este marco tan bello, en estos momentos en que nos hemos apartado del torbellino de la ciudad, déjeme que se lo cuente, porque acaso puede interesarle.

Se sentaron en un banco del paseo. Era un rincón solitario, que invitaba al amor. Flores, gama variada de verde en

CARMELA

la hojarasca cielo limpio y dos almas puras. No cabía más poesía.

— Cuénteme, cuénteme — dijo *Marciala*, que estaba pasando unos momentos de felicidad envidiables —. Cuando era pequeña, me gustaba mucho oír los cuentos que mi abuelita me contaba en las veladas de invierno, junto a la lumbre de la chimenea.

— Pues verá usted. Erase una vez un muchacho que, estaba perdidamente enamorado de una encantadora jovencita, que tenía todas las gracias que pueden desearse: bonita, simpática y buena. El muchacho presumía que ella le amaba, pero...

— ¿Por qué — preguntó *Marciala* —, por qué lo presumía?

— ¡Ah, no sé! Eso no lo dice el cuento. Él lo creía, pensaba adivinarlo. Tal vez era debido a que, cuando se ama, todo se ve como uno quiere verlo. ¡Qué sé yo! Pues bien; como que con la mujer que anteriormente amaba le había ocurrido un gran dolor...

— ¿Lo había dejado?

— Sí, lo había dejado para siempre.

— ¡Oh! ¡Qué mala!

— No, no era mala. Circunstancias imprevistas e inevitables habían provocado el rompimiento, involuntariamente por parte de ambos, pero era irremediable, no podían volver a estar juntos, ni besarse, ni acariciarse; les separaba el fondo insondable de un abismo desconocido, y sin embargo, estaban juntos esencialmente, seguían la misma vida porque no podían separarse sus almas.

— ¿Es que ella había desencarnado?

— Precisamente. El seguía amando a ella con el puro amor del alma, con ese amor que parece inmortal, pero amaba también a la otra con la ilusión del amor terrenal, que es siempre esperanza, y aquí estaba su desasosiego, su sufrimiento, su padecer. ¿Se ofendería la mujer que desencarnó,

si requiriera de amores a la otra? ¿Cómo podía armonizar los dos amores? ¿Debía confesar a la encarnada su relación con la desencarnada? Hasta que un día, cansado de tanto padecer, decidió dar una cita a la que estaba en la Tierra. La del Espacio, seguramente que también asistiría a la entrevista, porque siempre le acompañaba a todas partes. Él lo sabía, la sentía siempre junto a sí, y estaba seguro de que no podía faltar. Llegó el día de la cita. Eran unos hermosos jardines. El día claro. La del Espacio decía al galán: «¡Díselo de una vez!», y la de la Tierra acaricio las flores. Después, sentados en un banco, dejaron hablar al amor. Se cogieron las manos, así Ella cerró los ojos, Y él atrevido, pero sin darse cuenta exacta, acercó su boca a los labios de la mujer que amaba y...

El cuento se acabó con el sello de un beso.

Fue un beso de castidad, un beso limpio de pecado, fue un beso del alma. ¿Habían soñado? No; separaron sus bocas, pero no se soltaron las manos. *Marciala*, mirando con toda la pureza de su amor a *Luis Antonio*, le dijo:

– El se llamaba *Luis Antonio*.

– Ella se llamaba *Marciala* – contestó *Luis Antonio*.

– Y la del Espacio....

– ¡*Carmela!* – interrumpió *Luis Antonio*, levantando los ojos a la inmensidad azul que los cubría. Y volviendo a mirar a *Marciala*, siguió en tono de súplica:

– ¡Pensemos, en ella!

– Sí, pensemos en ella – dijo *Marciala*, Y muy cariñosa, añadió –: y ahora, amémosla los dos, *Luis Antonio*...

Luis Antonio acompañó a *Marciala* hasta su casa. Quedaron para verse nuevamente y ultimar los preparativos de la oficialidad de sus amores, y se separaron.

Lo primero que hizo *Luis Antonio* fue dirigirse a casa de su amigo *Pepe*. En un santiamén, como quien tiene prisa de llegar al fin, le explicó la entrevista con *Marciala* y la promesa de matrimonio contraída. A *Luis Antonio* le parecía pequeño el mundo. Convidó a *Pepe* para comer juntos. Se lo llevó. Estaba

entusiasmado. Presentía que iba a hacer algo más de lo que hasta ahora venía haciendo por la humanidad. En su felicidad no se olvidaba de los de abajo, de los hermanos pequeños, de los que sufren, y había que mitigar sus sufrimientos. No era justo que su felicidad quedara en él. No sabía a ciencia cierta qué era lo que iba a hacer, pero con ayuda de *Marciala*, que era una gran alma, y junto con su amigo, estudiarían la manera de mitigar sufrimientos, de enjugar lágrimas, de endulzar penas, de calmar dolores.

Se fueron a su casa y contaron entre los dos, porque *Pepe* también se había contagiado, a todo lo ocurrido a *María Rosa*. También tuvo un alegrón. Todo lo que le pasaba a *Luis Antonio* era para ella como cosa propia, y al verle tan contento, creía participar de su alegría y sentía en el fondo de su corazón la mayor de las felicidades que pueden soñarse.

Se preparó todo, y cuando llegó *Rosita* del Colegio, hubo nuevas manifestaciones de alegría, porque *Pepe* quiso hacerla participar de la fiesta y le fue a comprar unos juguetes. Un juguete a tiempo colma de felicidad a un niño. Así pudo la pequeña celebrar también la alegría de todos.

Era jueves. La niña hacía fiesta en el Colegio por la tarde. Comieron. *Pepe* propuso ir al teatro, para que la pequeña gozara de las delicias de unos payasos de fama que en aquellos días estaban en un gran teatro de la ciudad, y así se acordó por unanimidad, con gran júbilo de *Rosita*, que no acertaba a excusarse tanta dicha, sin haberla sospechado.

Pasaron unos días. Se señaló la fecha para la petición de mano de *Marciala*, por parte de *Luis Antonio*. *Pepe* tenía que actuar de acompañante y hablar en nombre de su amigo a los padres y a la familia de *Marciala*. Y así se hizo.

Como es consiguiente en estos casos, se accedió a la solicitud con gran satisfacción por parte de todos, sin que nadie tuviera que objetar cosa alguna, porque se conocían sobradamente y además sus ideas eran afines y, por ello, estaban todos convencidos de la buena fe con que actuaban los unos y los otros.

Quedó fijado el día de la boda, que tendría que consistir en casamiento civil, y en seguida se solemnizó la fiesta con un banquete, al que además de los dos amigos, invitaron a *María Rosa* y a *Rosita*, a las que fue *Pepe* a buscar y en completa fraternidad, transcurrió el acto con la natural alegría por parte de todos. Hubo los consiguientes brindis, y como *Pepe* lo había presumido, compuso unos versos para que *Rosita* los recitara y se los fue enseñando poco a poco, durante varios días, hasta que los supo correctamente. Se levantó la niña, y con los mismos gestos que *Pepe* le había enseñado dijo:

*Cual mi padre verdadero,
usted se portó conmigo,
y por eso yo le quiero,
como padre, y como amigo.
al momento de brindar,
déjenme que yo les diga
que es preciso siempre amar
para que Dios nos bendiga.*

Premiaron la poesía, tan llena de candor infantil, con muchos aplausos, y colmaron a la niña de besos, particularmente, *Marciala*, que agradeció la deferencia de *Pepe* con todo el corazón, porque no tenía duda ninguna de que él había sido el autor de los versos.

De sobremesa, cuando se hacían los más hermosos proyectos para los acontecimientos que se aproximaban, *Pepe* también expuso el suyo, que consistía en que estaba firmemente decidido a realizar un viaje. Se iba a París, donde pensaba encontrar al autor de la desdicha de *María Rosa*, porque de las averiguaciones que constantemente venía haciendo comprobó que, efectivamente, estaba allí. Le hablaría, le explicaría la situación de la mujer que por su culpa fue madre. Le contaría lo hermosa que estaba su hijita y pensaba que podría ablandarle el corazón; es decir, pensaba otra cosa; creía que después de haber hablado con él, regresarían juntos y cumpliría como un caballero, reparando su falta y obteniendo el perdón de *María*

Rosa, que de todo corazón le otorgaría. Pensaba realizar el viaje aquella misma semana.

Todos se alegraron, y en especial *María Rosa*, que acababa de obtener un gran beneficio. También ella tenía derecho a la felicidad, pero a la felicidad legítima, que no pareciera de prestado, como la que hasta ahora tenía, por haber encontrado grandes corazones, por haber sido recogida por aquellos amigos espiritistas, que no eran locos, ni imbéciles, como cree el vulgo, sino que eran grandes hombres, que repartían el bien a manos llenas y que, antes que en ellos, pensaban en los demás, y que a pesar de ser ricos, eran grandes revolucionarios, porque entendían que no había derecho de que hubiera pobres sin poder comer, mientras a su lado existían seres, de iguales materias, con la misma composición, que se entregaban a las mayores orgías y bacanales, tirando el dinero, y no dejando las migajas de los banquetes a los que no tienen cubierto en el banquete de la vida.

Era verdad lo que *María Rosa* reflexionaba. Todos nacemos igualmente desnudos, y unos se visten de seda ya al nacer, y otros, apenas pueden cubrir su desnudez. ¡Qué hace la humanidad, que no despierta! ¡Piensa, hombre, piensa! Al acostarte, haz examen de conciencia todos los días, y si durante la jornada no has hecho por lo menos una buena obra, ¿cómo vas a poder descansar a gusto? ¡Ah, qué cómodo es vivir sin pensar en los demás! ¡Ah, qué bella la vida, si podemos vivirla teniendo todo lo preciso! Pero no todo el mundo puede decir lo mismo y hombres, envueltos en el torbellino del egoísmo, se olvidan de los demás hermanos. Hay muchos que pueden aliviar el dolor de los otros y no lo hacen. ¡Allá ellos con sus responsabilidades! Las encarnaciones son una cadena. La ley de justicia es inexorable, eterna y pura. Todo cuanto se hace es en beneficio o en perjuicio propio. Cada cual trabaja para sí. Si todos lo supiéramos, si todos meditáramos sobre estas grandes verdades hasta por propio egoísmo, pero por egoísmo noble y generoso, si cabe emplear esta palabra, todos seríamos buenos y no permitiríamos el sufrimiento de nadie, ayudándole, animándole y trabajando todos por la comunidad. El único patrimonio debe ser el progreso, el ansia de perfección, el deseo

de luz, y ¿cómo es posible la perfección y el progreso mientras los hombres se dejan arrastrar por las pasiones, los egoísmos, las concupiscencias y se olvidan de la ley?

Los espiritistas, que aceptamos los peores calificativos que se nos han puesto perdonando la falta de educación que hacia los otros se muestra, perdonando también las ofensas las burlas de que somos víctimas y creyéndonos seres perfectamente equilibrados, con sano criterio, ya no nos asustamos de decir que lo somos, y en cuanto está en nuestra mano, procuramos demostrar que es verdad lo que sentimos, practicándolo, perjudicándonos muchas veces, pero ¡qué vale el perjuicio y el sacrificio cuando el alma siente el inefable placer de haber cumplido con su deber para con la humanidad?

Analizad hermanos; pensad de donde se viene al nacer, a donde se va al morir y qué es lo que debe hacerse durante la estancia en la Tierra, y si de vuestro examen racional y consciente nace la duda, estudiad que es el espiritismo, y habréis dado un gran paso en el camino de vuestra perfección, hacia lo Superior, y desearéis ser buenos, cada vez mejores para cumplir con la humanidad, como verdaderos hermanos, y el beneficio redundará en vosotros mismos.

Perdón, lector. Mi entusiasmo hacia la idea me desvió unos momentos de la narración que vamos siguiendo.

Se convino que cuando *Pepe* se marchara todos irían a la estación, para despedirlo y desearle el viaje feliz. Ya la tarde avanzó demasiado y era preciso dar por terminada la fiesta. Se propuso una elevación de pensamiento para dar las gracias a Dios Todopoderoso. Un silencio sepulcral invadió el lugar donde se hallaban. Todos cerraron los ojos y dirigieron sus pensamientos a lo Alto, durante unos minutos. Todos sintieron el contacto del Espacio como amoroso beso que les daban los hermanos invisibles, que también habían participado de su fraternal alegría...

Apretones de manos, abrazos, lluvia de palabras y de encargos. Un pañuelo que seca los ojos de su dueña, una niña que abrazada fuertemente al cuello de un hombre parece querer retenerlo y un empleado de la estación que hace sonar un

silbato ordenando que el tren puede marcharse. Aun dio un nuevo beso a *Rosita*, mientras le prometía que iba a traerle lo mejor de cuanto podía presumir.

Ya el tren empezaba a andar, cuando *Pepe* puso el pie en el estribo, y el maquinista, como si esperase que *Pepe* hubiera acabado de despedirse, aceleró la marcha del convoy. *Pepe* seguía en el estribo. Su pañuelo dibujaba serpenteos en el aire y correspondía a los de sus amigos, contestando los saludos. A los pocos momentos, se perdió el tren en una curva.

Se colocó en su departamento. Al poco rato, la conversación era general. Se cambiaron pitillos, se habló mucho y después todos leían, unos el periódico, otros un libro, ese libro obligado de los viajes, que sólo sirve para leer unas páginas y luego volverlo a la maleta; el caso es llevar algo con qué distraerse. La gente aun no se ha dado cuenta de lo que es un viaje, como si lo más interesante no fuera contemplar los paisajes que a cada momento se pueden admirar desde la ventanilla, estudiando cada rincón, observando la distinta construcción de las casas que se van viendo, y todo cuanto se va presentando a nuestros ojos, y entiende que vale más hacer ver que se es intelectual. Yo me río cuando veo en las estaciones que muchos viajeros compran libros, revistas y periódicos, porque después nadie los lee y a veces quedan sobre los asientos, abandonados por aquellos que los compraron. Si los guardaran, por lo menos, en otras ocasiones, los leerían pero desgraciadamente, el que compra un libro útil en una estación es muy poco aficionado a la lectura. Obsérvalo lector, y te acordarás de mí.

Los compañeros de viaje fueron cambiándose y al llegar la noche, los que quedaron se acomodaron de la mejor manera posible para descansar lo mejor que pudieran. En la frontera les habían molestado muy poco.

Se iban acercando a la gran ciudad. *Pepe* ya había estado otras veces, pero París tiene un algo indescriptible que atrae siempre con la misma ilusión, y *Pepe* sentía la emoción del momento. Desde mucho rato antes de que empezara a sentirse el ambiente parisino, ya estaba a punto de descender. Se lavo, se

aseó y a cada cinco minutos consultaba el reloj. El tiempo no iba con la rapidez que él deseaba; sin embargo, el tren corría con vertiginosa velocidad.

El tren se paró. *Pepe* leyó el letrero de la estación, donde con letras muy grandes se divisaba: PARIS-ORLEANS. Su corazón latió más fuerte. Ya estaba al fin del viaje. A los diez minutos, estaría contemplando las Tullerías, desde Quai d'Orsay.

Pepe no dominaba bien el francés, y cuando se metió en un taxi, ordenó al chófer que lo llevara a un hotel de la calle Mont-Thabor, donde según sus noticias, los dueños eran españoles y la dependencia hablaba perfectamente el castellano. Se instaló en una de las habitaciones del primer piso, y aquel día se propuso descansar. Era cosa de visitar París sin pensar en el motivo de su viaje. Al día siguiente, empezaría las gestiones.

Ordenó su equipaje. Arregló cuidadosamente sus trajes, colocándolos en el armario. Se afeitó y salió a respirar el ambiente de París. Ya en la calle, respiró a pleno pulmón, con la ilusión de un colegial. Se encaminó a la plaza de Vendôme y estuvo contemplando los escaparates de joyería, que se tocan. Admiró el lujo y el gusto, exquisito de los franceses, y andando, andando, fue a salir a la Rue Rívoli. No pudo resistir la tentación, y atravesando la calle, entró en los jardines de las Tullerías, para pasar en ellos un rato antes de comer. Es maravillosa la impresión de estos jardines. Niños que juegan, alguna pareja de enamorados que, sin reservarse de las miradas indiscretas, están de lleno en sus amores, sin importarles los demás.

Gente que va a sus quehaceres, extranjeros que se quedan con la boca abierta al ver tanta maravilla, filósofos que meditan, sentados en algún banco. Algún pintor que copia efectos de luz y silencio absoluto en el corazón de la gran ciudad, que se agita constantemente por su movimiento exuberante de vida. *Pepe* se fue internando y se sentó en una silla. Estaba bien; se sentía algo distinto de lo que era en su país, deseaba que el éxito coronara sus esfuerzos, y no le cabía duda, vencería, saldría de París triunfador. En estas meditaciones y

después de haber hecho una elevación de pensamientos, dirigida a los hermanos invisibles que le acompañaban en su empresa, le sorprendió la hora de almorzar. Salió a la Plaza de la Concordia, y se confundió con el torbellino de gente que corre, que va de prisa, porque París, a las horas de las comidas, es un torbellino de locura; todo el mundo corre, hay prisa, los momentos tienen que aprovecharse, y es preciso no distraer un solo instante. Montó en un autobús y se dirigió a la Plaza de la Opera. Emprendió la marcha por el «Boulevard des Italiens» y fue mirando los distintos restaurantes que existen en el mismo, para escoger el sitio donde poder comer. Al fin se decidió a hacerlo en uno de ellos. Luego fue a tomar café a la terraza de un lujoso y acreditado establecimiento de la Plaza de la Ópera, y otra vez a visitar la hermosa ciudad. Tomó un coche y ordenó al chófer que no corriera, porque lo interesante para él era ir recordando los diferentes parajes donde en viaje de novios estuvo con *Ángela*. Vio la Torre Eiffel, el Trocadero, paseó por los Campos Elíseos, dio una vuelta por el Bosque de Bolonia, y ya al caer de la tarde, fue a visitar la Maison des Spiritites, para dar un abrazo a los hermanos de la Federación Internacional Espiritista, en nombre, del Centro Español a que pertenecía. Ordenó al chofer que fuera a la calle de Copérnico, y en el número ocho, se detuvo. Encontró allí a un español muy simpático que, al enterarse de su visita, le atendió solícito y tuvo la deferencia de presentarlo al Vicepresidente de la Internacional. Estuvieron cambiando impresiones unos momentos sobre la marcha del espiritismo español, y quedaron fraternalmente unidos para estar en contacto en lo sucesivo. Le enseñaron la casa y tuvieron una serie de galanterías para con él, tanto que *Pepe* quedó encantado de la visita, por la fraternal acogida que le acababan de dispensar. El hermano *Jacinto*, el español con quien habló primero al llegar a la Casa de los Espiritistas, quiso invitarle a cenar, y como ya era casi la hora, fueron a un restaurante de los boulevards, y en paz fraternal comieron juntos. *Pepe* correspondió a la invitación llevando a *Jacinto* a uno de los mejores teatros de París, y así terminó la velada, que tan bellas emociones había proporcionado a *Pepe*.

Al día siguiente, ya después de haber descansado del ajetreo del viaje y haber premeditado perfectamente el plan a

seguir respecto a la entrevista que pensaba poder celebrar aquel mismo día, con el autor de la desdicha de *María Rosa*, salió *Pepe* del Hotel en su busca, con la esperanza de poder llegar a convencerle y volver a España con su gran triunfo.

No tardó a estar frente a frente con el desdichado sujeto autor de tanto mal que tendría, sin duda, que reparar en otras encarnaciones, por el cumplimiento de la ley inexorable y dura que es siempre justa.

Se presentó como un señor que, al ir por casualidad a París, llevaba para él un encargo de importancia, diciéndole que para ello era precisa una entrevista detenida. El sujeto, hombre mundano, a quien no le asustaban las cosas que se le presentaban envueltas en el misterio, no tuvo ningún inconveniente en aceptar la entrevista y quedó convenido que a las dos de la tarde, se verían en el mismo café que el día anterior estuvo nuestro amigo.

Dio *Pepe* un paseo por París nuevamente.

Visitó la Cité, estuvo en el Jardín des Plantes, para hacer tiempo, pero ya no para gozar recordando las cosas vistas de antaño, sino dando vueltas al asunto que lo llevó a París, y preparando la entrevista para que no saliera frustrada por falta de algún detalle imprevisto o inesperado.

Comió y a la una de la tarde, a pesar de que todavía faltaba una hora para el momento citado ya estaba en el café aguardando la llegada de *Pedro Saldún*, que así se llamaba el padre de *Rosita*. El trajín de la Plaza era a aquella hora, indescriptible; de todas las calles que afluían a la Plaza de la Opera venían carruajes, autos, camionetas de reparto y gente, sobre todo, mucha gente que iba a sus respectivas obligaciones con velocidad.

A la hora exacta se presentó *Pedro*, se saludaron y después de unas palabras de sutilezas, *Pepe* determinó abordar la cuestión y le dijo:

– Usted habrá extrañado que le haya citado para hablar con calma del objeto de lo que tengo que manifestarle, pero como que es algo que necesita tiempo y que estoy seguro que

usted ha de oír con interés, me he atrevido a rogarle que viniera aquí, para ocuparnos de ello.

– Nada, aquí me tiene usted, dispuesto a oírle con gusto. Usted no sabe lo que nos satisface estar unos momentos con un paisano, después de estar ausente de España desde hace algunos años.

– Pues verá usted, ¿a que no acierta a adivinar de quién le traigo recuerdos?

– ¡Qué sé yo!

Y les fue nombrando a varios amigos de los que en España tenía.

– No, señor. No se trata de ningún amigo.

Se trata de una antigua amiga de usted, a la que hace muchos años que no ha visto y que no le ha escrito tampoco. Por eso ella ha tenido interés en que yo le visitara y en su nombre le hablara. Se trata de *María Rosa*.

Pedro se puso pálido, pero reaccionó en seguida. ¿*María Rosa*? No caía, no sabía a quién pudiera referirse y le extrañaba, porque no es un nombre vulgar que se puede olvidar fácilmente, pero de todas maneras, estaba agradecido de que una mujer se acordara de él y aprovechara el viaje de un amigo para mandarle recuerdos. La verdad, no acertaba a recordar quién era.

Pepe, ya perfectamente impuesto de la situación que se colocó *Pedro*, se armó de paciencia y le fue dando detalles de dónde vivía, de las relaciones que con ella sostuvo y al fin, le habló del estado en que se encontraba la pobre *María Rosa*, con su hija.

Pedro le atajó:

– Supongo que no creerá usted que esta hija es mía.

– Sí señor, es de usted y yo vengo a suplicarle, por *Mari Rosa* que piense usted en lo que hizo y en las consecuencias que su proceder ha ocasionado a la pobre mujer que se lo entregó todo, teniendo fe en usted, y que por su culpa, se vio abandonada por los suyos.

– ¡Usted me está ofendiendo!

– No señor, yo vengo a recordarle que en España hay una niña sin nombre y que usted puede, por lo menos, si no quiere saber nada de la madre, evitar la vergüenza de la hija para cuando sea mayor.

– Le repito que usted me está ofendiendo y no estoy dispuesto a tolerarlo.

– Estoy hablando a un caballero – dijo *Pepe* ya algo excitado al ver la moral de aquel sujeto, que no se ablandaba en nombre de su hija.

– El que no habla con un caballero soy yo.

Pepe se contuvo. Iba a romperle la botella del agua en la cabeza, pero una voz le contuvo. «Calma mucha calma ¡que se le va hacer! Ten paciencia.

Cuando mas apurado es el momento en el que nos encontremos, menos nos dejan los hermanos del Espacio que nos acompañan y que nos guían. Como si no hubiera oído la ofensa de *Pedro* siguió:

– Yo le ruego que piense, que reflexione. ¡Si usted viera a *Rosita*! Si usted pensara en que mañana, tal vez, puede ella ser su consuelo en su vejez.

Pedro se levantó y disponiéndose a dejar a *Pepe* con la palabra en la boca, dijo:

– ¡Basta! ¡Hemos terminado!

Sin darle la mano se marchó. *Pepe* quedó a los primeros momentos como atontado. Se repuso. Sacó su pañuelo y se secó la frente. Estaba completamente sudado, con un sudor frío. Aquello no era un hombre, era un monstruo. ¡Y para este resultado hizo el viaje!

Estuvo un rato más en el café y de pronto llamó al camarero, pagó, y se fue nuevamente a la Casa de los Espiritistas. Resolvió marcharse aquella misma tarde y quería primero despedirse del hermano *Jacinto* y saludar nuevamente a los hermanos de la Federación Internacional.

Apresuradamente arregló el equipaje, cenó y se fue a la estación. El tren de España salía a eso de las nueve. El hermano *Jacinto* fue a despedirle y le prometió visitarle cuando fuera a España, que sería en breve. Unas órdenes de los empleados. Dos manos que se dan un fuerte apretón en el que se sella una futura y buena amistad y nuevamente camino de su casa. Pensó mucho durante el viaje ¿Acababa de fracasar? ¡Quién es capaz de poder decir afirmación de tal naturaleza! ¡Acaso fue el principio del triunfo! Hay que saber esperar. Él, como perfecto espiritista, sabía que nada ocurre porque sí, que todo obedece a causas ignoradas. Durante el viaje tuvo pensando mucho en *María Rosa* y en *Rosita*. El les había prometido traerles un marido y un padre. El tren corría con marcha vertiginosa, atravesaba hermosos panoramas, que presentaban a cada momento nuevos aspectos, pero *Pepe*, abstraído en sus pensamientos, no se olvidaba de aquellos seres que les estaban esperando con tantas ilusiones...

En la estación nadie le esperaba. Ya en su casa, con la pesadumbre de lo que calificó de fracaso, se puso a seguir reflexionando. Invocó a su esposa. Quiso ponerse en condiciones de oír la intuición que le diera, pero no pudo lograr ningún resultado. No hallaba la forma de explicar a aquella pobre mujer, tan buena, las monstruosidades del autor de su desventura. *Luis Antonio* que se enteró de su llegada, se presentó de improviso. Un amigo se lo dijo. Encontró a *Pepe* desencajado, lívido. Cada momento que pasaba era una nueva tortura para su alma. Abrazó a *Luis Antonio*. Conversaron. Le explicó todos los acontecimientos punto por coma y el fracaso definitivo que coronó sus esfuerzos, a pesar de su buena voluntad, puesta al servicio de tan noble causa.

– No te preocupes. *María Rosa* vive conmigo, está bien y nada ha de faltarle, ni a ella, ni a la pequeña en mi casa.

– Bien, hasta ahora, *Luis Antonio*. Tú no tenías que dar cuenta a nadie. Ella administraba tus intereses. Pero ahora serán dos mujeres y aunque buenas, cada una querrá su derecho. *María Rosa* tiene intereses creados en tu casa, noblemente adquiridos y de indiscutible valor, pero *Marciala*, necesitará los consiguientes suyos también, que adquirirá desde

el momento que sea tu esposa. Yo le prometí a *María Rosa* traerle al marido, es decir, traerle al padre de su hija y le traigo el mayor de los fracasos. *Luis Antonio*, es horrible para un espiritista, haber prometido una cosa y no poder cumplirla.

Nunca más he de reincidir. Cuando no esté firmemente seguro de que está en mi mano hacer lo prometido, cuando dependa de otros la resolución de mi promesa, jamás prometeré nada para no hallarme como ahora me hallo, tan apesadumbrado y con tantos remordimientos de conciencia. He mentido. He cometido un acto impropio de mí y eso no puede ser, *Luis Antonio*. ¿Con qué cara me presento yo delante de esa mujer, que me espera con tanta esperanza de felicidad? Yo me juzgo y me veo el más despreciable de los hombres. He cometido una acción indigna de un espiritista y ya sabes lo que me toca. No hay más remedio que reparar la falta.

– Déjate de tonterías, *Pepe*. Tú has hecho cuanto has podido para lograr tus deseos, pero los acontecimientos no te han sido favorables y no puedes achacarte la culpa de cosas que tú no has hecho.

– Sí, yo prometí. Yo aseguré y yo he engañado al faltar a la promesa.

– No, hombre no. Tú no has faltado en nada. Tú has puesto de tu parte todos los elementos indispensables para que el resultado fuera a medida de tus deseos, pero causa de cosas independientes de tu voluntad no has podido cumplir lo que ofreciste.

– Pues ya no debí prometerlo.

– Vamos, hombre. No seas exigente contigo mismo. Yo te aseguro que *María Rosa* sabrá comprender y antes de pensar en tu falta, te agradecerá, con todo su corazón, que hayas realizado este viaje, aunque el resultado sea el que me acabas de explicar.

– ¿Pero? ¿Y mi conciencia?

– Tu conciencia es demasiado exigente.

CARMELA

— Es la conciencia de un espiritista. No olvides esto *Luis Antonio*.

— Por lo demás todo seguirá como hasta aquí, con perfecta armonía, porque todos somos espiritistas y las mujeres sabrán ponerse cada cual en su lugar y no pasará nada *Pepe*, no te preocupes. Todo se arreglará.

— ¿Cómo se arreglará? Si es imposible que esta pobre mujer tenga en su vida ni un sólo instante de felicidad más. Sería preferible decirle que no he podido ver a ese hombre pero yo no puedo, eso es falso y yo no quiero mentir. Antes su propia felicidad. Antes mi desdicha eterna, que una mentira en mis labios.

— Pero no seas así. Si todo eso que estás pensando son cavilaciones tuyas que no tienen, y que no pueden tener ningún fundamento racional. ¿Sabes qué te digo?, pues que podríamos elevar el pensamiento unos momentos, para pedir a los hermanos del Espacio un poco de luz para tranquilizarte y verás, mi querido amigo, como nos dan la solución para que quedes tranquilo.

— Si Dios quiere podamos obtener sus sabias intuiciones.

Se concentraron lo más profundamente posible y dejaron a sus pensamientos que volaran a la luz. Así tuvieron un buen rato. Súbitamente, *Pepe* se levantó y *Luis Antonio*, ante la sorpresa abrió los ojos. *Pepe* cogió a su amigo e hizo que se levantara. Lo abrazó fuertemente, con honda emoción y encarándose a *Luis Antonio* sin soltarlo y casi con lágrimas en los ojos le dijo:

No he fracasado. Ha sido un triunfo definitivo. *María Rosa* tiene marido y *Rosita* tiene padre. Yo no faltó nunca a mí palabra, *Luis Antonio*. Yo no he mentido. Les he traído lo que les prometí.

— ¡*Pepe*! ¿Qué es eso? — dijo *Luis Antonio*, que pensaba que su amigo estaba sufriendo un momento de enajenación —. ¿Qué me hablas? ¿Dónde está? Entonces lo que me has contado no es cierto.

– Sí, es cierto, es cierto. ¿Pero que no comprendes? ¿Es que estás ciego? Soy yo hombre, soy yo el que se casa con *María Rosa* si ella quiere; y *Rosita* es mi hija. ¡He vencido!

– Pero ¡*Pepe*!

– Sí, soy yo, soy yo. Ahora vamos a decírselo y todos nos casaremos el mismo día. Ya está todo arreglado.

– Déjame que te apriete más en mi pecho

Pepe. ¡Eres muy bueno!

– No, hombre no. Soy espiritista....

A *Luis Antonio* no se le engañaba tan fácilmente. Desde muchos meses, había comprendido que *Pepe* estaba enamorado de *María Rosa* y que por ella, era capaz de los mayores sacrificios, por eso cuando le habló del dolor de su fracaso, no lo creyó a pies juntillas y cuando vio el resultado de los acontecimientos, tampoco quiso ver en el comportamiento de *Pepe*, un acto de esclavitud de palabra, sino un impulso noble de un corazón que ama; pero le dejó, los hombres enamorados son chicos grandes que viven de las ilusiones que se forjan. Si *Pepe* pensaba que así quedaba mejor con su conciencia, allá él, al fin y a la postre no causaba con ello ningún mal a nadie y en cambio, la intención de su obra era noble y generosa. En compensación a lo que antes hizo por él, *Luis Antonio* se ofreció para decir a *María Rosa* el resultado de su viaje y al mismo tiempo para rogarle, en nombre de su amigo, que se dignara aceptar el ofrecimiento de matrimonio que *Pepe* deseaba contraer.

Quedaron de acuerdo. *Luis Antonio* salió y *Pepe* quedó completamente tranquilo de sus escrúpulos de conciencia. *Luis Antonio*, lo adivinó. *Pepe* amaba con toda vehemencia de su corazón a *María Rosa*, además sabía perfectamente, como buen observador; que *María Rosa* estaría más contenta de esta solución que de la que *Pepe* le brindó antes del viaje, pues a eso, se hubiera resignado por su hija, pero por nada más.

En pocas palabras explicó a *María Rosa* todo lo sucedido y comprobó la verdad de sus sospechas. *María Rosa* amaba a

Pepe, veía en él un ser superior y un espíritu de nobles sentimientos, y aceptó con todo su corazón y con toda su alma ser su esposa.

A *Luis Antonio* le faltó tiempo para mandarle a *Juan*, con el recado de que le esperaban por la tarde a tomar café, pero que no viniera antes porque sería contraproducente.

A *Luis Antonio* le gustaba preparar sorpresas, y cuando *Rosita* llegó del colegio, entre los dos le explicaron lo que *Pepe* quiso decir, cuando le prometió traerle de París a su padre. Su padre era precisamente él. La alegría de la pequeña fue enorme. Preguntó cuándo llegaría. ¡Ahora se daba cuenta de por qué le quería tanto, y por qué le compraba tantos juguetes!... ¡Claro, si era su padre!...

– Así es como le has de llamar siempre, Papá – le dijo *Luis Antonio*, gozando de antemano de la dicha de su amigo.

– ¡Papá, Papá! Pero ¿por qué no me lo dijo antes?

Luis Antonio y *María Rosa* se miraron y no supieron qué contestar a la niña. No esperaban esta pregunta. Los niños tienen a veces unas indiscreciones, que asombran por su inocencia, pero que hacen meditar.

– Señorito, la comida está servida.

Fueron a la mesa y durante la comida *Luis Antonio* fue inculcando a *Rosita* la idea de la necesidad de llamar papá a *Pepe*.

Aún les faltaba terminar cuando llegó *Pepe* y al presentarse en el comedor, con su habitual franqueza, y con el ánimo lleno de impaciencia para saber el resultado de lo que *Luis Antonio* hiciera, *Rosita* se levantó, y yendo hacia él, con los brazos abiertos, fue a abrazarle al tiempo que le decía entusiasmada:

– ¡Hola, papá!

Con estas palabras de la niña lo comprendió todo y dejándola, se dirigió a *María Rosa*, la besó en la frente, abrazó a *Luis Antonio* y se sentó, como quien acaba de lograr una batalla, exclamando:

– ¡Gracias, amigos!

El balcón de la habitación estaba abierto, *Rosita* hablaba con unas niñas del otro lado de la calle que iban a su mismo colegio. Nuestros amigos no decían nada. Hablaban sus pensamientos, que todos iban dirigidos a un mismo fin. A dar gracias a Dios Todopoderoso, por la felicidad que les daba. No podía ser otra cosa, estaban en armonía con él. Entre tanto, sonaba la voz argentina de *Rosita* que en su conversación con las niñas vecinas les decía:

– No, esta tarde no iré al colegio, porque ha llegado mi papá...

Los días transcurrían veloces. Nadie se daba cuenta del tiempo. La fecha se echaba encima y era preciso activar las cosas para que todo estuviera a punto. *Marciala* y *María Rosa* vestirían igualmente el día de la boda y acordaron que ellos debían hacer lo mismo, para dar más sensación de fraternidad. Es más, el viaje de novios lo harían juntos.

Pepe reconoció a *Rosita* como hija suya y lo hizo con gusto, sin ningún pesar porque realmente lo era. El fue su guía, su protector, su verdadero padre, desde que la conoció. Acaso tuviera con ella relaciones de anteriores encarnaciones y la familia, no la determina solamente la relación fisiológica, sino que, la verdadera familia, es la que se forma con el sentimiento, con las afinidades morales, con las atracciones espirituales, con el alma de los seres y no la que imponen los determinantes categóricos de los instintos de animalidad.

El día anterior a las bodas, hubo discusión acerca de las corbatas que debían ponerse los hombres. Ellas deseaban que fueran las de un color determinado, las mismas que les compraron y ellos opinaban que estarían mejor otras que, por su parte fueron a comprar juntos. No se pusieran de acuerdo ¡qué lástima! a veces por una corbata, viene una serie de conflictos matrimoniales difíciles de resolver, pero como no era cosa de reñir por tan fútil motivo, se resolvió que cada cual hiciera lo que tuviera por conveniente pues, por otra parte, si en el matrimonio se suprimen todos estos pequeños detalles, que al fin y a la postre, son lazos de mejor unión, quitamos al mismo

CARMELA

uno de sus mayores encantos. Que no se hablara más del asunto, no por eso debía empañarse su amor en lo más mínimo.

Era muy temprano y ya estaban nuestros amigos arreglando sus trajes y sus ropas, para que no faltara detalle. Iría mucha gente a las bodas y, dada su situación, era indispensable mucho cuidado. *Luis Antonio* resolvió ponerse la corbata que con *Pepe* fueron a comprar y *Pepe*, por su parte, también resolvió lo mismo y ya dispuestos a ello, colocaron en sus cuellos respectivos, cada uno la suya y los dejaron preparados junto a sus camisas, para el momento de ponérselos...

Trajinaban por sus habitaciones, terminando todos sus preparativos, cuando vieron con el natural asombro, y cada uno en su casa, y en el mismo momento; una neblina que se hizo densa y que fue adquiriendo forma, al principio confusa, pero después real y evidente. En la habitación de *Luis Antonio* se acababa de materializar *Carmela* y en la de *Pepe*, *Ángela*. Fueron al armario de cada uno de nuestros amigos y tomando la corbata que las mujeres escogieron, quitaron las que ellos habían preparado y pusieron las otras, luego colocaron en el armario la que acababan de substituir y exclamaron: «Así, hombre, así, que eso no cuesta ningún trabajo.»

Al ir a hablarles se difuminó la forma de mujer y volviendo a ser neblina, cada vez más sutil, se fueron yendo hacia el techo hasta perderse...

Quedaron los dos atónicos. ¿Ahí es nada? ¡Una materialización precisamente el día de sus bodas, y por parte de las que en la tierra fueron sus mujeres! Era la mejor prueba de que estaban conformes con las bodas, porque habían querido dar gusto a las que iban a casarse con ellos. ¡Qué buenos son los hermanos del Espacio!

Es de notar que a los dos les sucedió el fenómeno a la misma hora, como después comprobaron, cuando relataron los hechos, al decirles ellas que estaban contentas de que se hubieran puesto las corbatas que ellas deseaban verles llevar.

En el Juzgado, se reunieron los cuatro contrayentes, sus familiares y los que buenamente pudieron, porque el local era de reducidas proporciones para poder dar cabida a todos los invitados. El Juez, después de haber procedido a las firmas de las correspondientes actas, les dirigió el discurso de ritual y todos se encaminaron a casa de *Luis Antonio* donde habían preparado una sencilla fiesta para obsequiar a los que querían estar con ellos unos momentos de fraternidad, aquel día tan señalado. Mucha gente. Se sirvió una espléndida comida y unos amigos músicos, quisieron obsequiarles con un escogido repertorio durante la misma, después comerían ellos y más tarde volverían a interpretar un delicado concierto. Se estaba en un ambiente de paz y de ventura.

A las cinco empezó el concierto anunciado y la música, ese arte divino, envolvió a todos con su manto de mágico embeleso. ¡Qué buen ambiente se pudo formar!

La máquina *Anita*, que también se hallaba entre los presentes, se sintió pesarosa, tenía muchas ganas de estar sentada y apenas hablaba. *Don Julio*, que sabía a qué era debido este estado de ánimo de su esposa advirtió a *Luis Antonio* y a *Pepe* que tal vez sería conveniente que se hiciera un poco de silencio, para ver si era que los invisibles deseaban también mostrarse parte en la fiesta que tan brillantemente se estaba celebrando.

¡Sólo les faltaba esta alegría! De mil amores accedieron a ello y rogaron a todos los asistentes un poco de silencio, para esperar la visita de algún hermano del Espacio, que se quisiera comunicar.

No tardó en obtenerse silencio absoluto. La máquina *Anita* quedó posesionada, después de unos momentos de elevación de pensamientos de los asistentes, y dijo:

— *La paz sea con vosotros. El hermano Guía. Unos momentos solamente, hermanos. También nosotros, queremos daros en este día un abrazo fraternal. Hay muchos hermanos que quisieran pasar a la máquina para poder comunicarse, pero no es posible. De todos os traigo sus más expresivos recuerdos y sus sinceros abrazos fraternales. Acabáis de*

contraer matrimonio, y siguiendo las costumbres de la tierra, todos vuestros amigos os han hecho el regalo que han podido, con arreglo a sus posibilidades económicas. También nosotros queremos daros algo, pero ese algo nuestro no puede ser nada de orden material, y por ello hemos preparado para este día, una sorpresa que creemos va a llenaros de satisfacción. Si los hermanos que han tocado quisieran interpretar alguna pieza que supiera hacer concentrar a todos hacia ella seguramente facilitaríais nuestra empresa. — Si te parece — dijo el hermano director de los músicos — podemos tocar algún fragmento de Wagner.

— Eso mismo. Ejecutad alguna obra de este hermano. La paz quede entre vosotros y hasta otro momento.

Siguió el mismo silencio imperando en los salones. La música lo rompió, y en su arrobadora armonía, fue elevando a todos los presentes a regiones ignotas. Wagner es el músico del alma. A los pocos minutos, *María Rosa* que, como sabemos, desde mucho tiempo venía presentando síntomas de máquina, quedó posesionada. *Don Julio* indicó a los músicos que dejaran de tocar y así lo hicieron. *María Rosa* se expresó en estos términos:

— Hermanos del alma. Un abrazo fraternal. Acabáis de realizar un acto muy serio. Estáis en estos momentos celebrando dos bodas, dos matrimonios, y yo que desde el principio del día vengo participando de la fiesta, he pedido permiso para comunicarme para deciros qué es el matrimonio, cómo debe entenderse el matrimonio desde el punto de vista del concepto espírita, que es el moral y debe ser el justo.

No es una fórmula social para legalizar relaciones de la carne. ¡Qué poca cosa sería el matrimonio si eso fuera! No. El matrimonio, mis queridos hermanos, es el lazo que une dos almas de dos seres encarnados, es el crisol del amor en su más pura acepción, y cuando el amor de dos seres se funde en uno, si la unión se ha hecho en forma indisoluble, es tan bella, es tan bonita, engrandece tanto a los seres, que no hay cosa alguna comparable. ¡Qué bello es el amor hermanos! ¡Amemos al amor! ¡Tengamos fe en él y veremos su triunfo en la tierra! La

fusión de los amores en el crisol matrimonial, no es otra cosa que la manifestación del amor universal. Se juntan dos corazones para amarse siempre. ¡Qué gran día hermanos, cuando todos los de la humanidad se junten, en apretado haz para amarse!

Fijaos bien, hermanos. Desde hoy vuestras vidas ya no serán dos, será una. Cuando uno de vosotros sufra un dolor, porque dolores hay siempre y no es este el momento de estudiar la causa, el otro ha de consolarle, ha de ayudarle, ha de sufrir lo mismo, no puede ser de otra manera porque la fusión de los amores es perfecta. Lo mismo acontece con las alegrías. Cuando esto no ocurre, es que no ha habido matrimonio, ha habido forma legal de legitimidad de instintos de la carne y eso no es matrimonio. Eso es cosa de la tierra, barro que vuelve a ella, cuando ya no sirve para nada, cuando ha pasado el primer momento y ello ha ocurrido porque no había amor. Lo vuestro, el verdadero matrimonio, el que se basa en el amor y es hijo del amor, no desaparece, no se pierde, sigue a través de los tiempos y de las contingencias de las transformaciones, porque el amor es algo que viene de lo alto, como la luz del sol, el amor es emanación de origen divino y no puede perderse, prepara el futuro, y cuando los hombres en la tierra, hayan pasado por estas fases del amor, en toda su extensión, en toda su pureza, entonces, en la tierra se sabrá amar y no se hará ningún caso de los imperativos de la carne, porque el ser será fuerte y no querrá mancharse con el lodo.

Os digo todo esto, hermanos, porque yo en la tierra pude amar y amé. ¡Si supierais el goce que siento en el Espacio cuando veo que en la tierra se ama!

¡Amad siempre, hermanos, amad mucho y a todos, que solamente con el amor ha de venir la redención de los hombres!

Vuestra hermana Carmela, ha querido venir a deciros estas cosas. Os amo y os agradezco todas las elevaciones de pensamiento que me dedicáis. También eso es una manifestación del amor. La hermana Ángela, que está aquí

CARMELA

conmigo, me encarga que os diga lo mismo y que os dé también, en su nombre, un abrazo fraternal.

Me retiro hermanos. Seguid la fiesta y no olvidéis nunca lo que os he dicho.

La paz esté siempre entre todos vosotros.

Paz, amor y caridad, hermanos.»

Los músicos siguieron tocando desde donde quedó interrumpida la partitura, pero pianísimamente. Los que oyeron las palabras de *Carmela* elevaron sus pensamientos y los momentos eran de la más profunda de las emociones. *María Rosa* al despertar creyó haber estado durmiendo y reaccionó para disimular creyendo que nadie se dio cuenta. Al acabar la pieza se lo explicaron y todo el mundo comentó las palabras de *Carmela* tan bien dichas y tan a tiempo.

Al día siguiente emprendieron el viaje a América. Aprovecharían el viaje de novios para saludar a los hermanos de allende los mares y *Luis Antonio* les complacería dando una serie de conferencias por los diferentes Centros que allí existen y que tanto trabajan en favor de nuestra idea. Llevaban también a *Rosita*, como es consiguiente.

El número de amigos que acudió al puerto para despedirles fue enorme. Todos quisieron subir a bordo para visitar los camarotes. La sirena sonó reiteradamente y con gran precipitación fueron abandonando el barco. El capitán, desde el puente daba las órdenes necesarias y los marineros ejecutaban sus mandatos. Se soltaron las amarras. El barco se fue apartando del muelle con pausado movimiento, hasta que estuvo en condiciones de moverse. En popa empezó a dibujarse una espuma sobre el agua y el barco, como gigantesca mole que se despereza, inició una ligera marcha que fue acelerando poco a poco, hasta ganar la boca del puerto. Los amigos de tierra agitaban sus pañuelos y los de a bordo correspondían con los suyos. Todos estaban contentos. Nadie lloraba. En tierra casi todos eran espiritistas también y sabían que no decían «adiós» sino, «hasta luego», porque, aun que alguien hiciera la transformación, volverían nuevamente a encontrarse.

Don Julio, que también había acudido al puerto, para saludar a sus amigos, después de contemplar un rato el barco como se alejaba y en su constante afán de filosofar sobre todas las cosas, estuvo meditando unos momentos sobre la manera cómo *Luis Antonio* y *Pepe* conocieron el espiritismo y el inmenso bienestar que del espiritismo habían recibido, y en estas meditaciones, inició su vuelta hacia casa, mientras se iba repitiendo mentalmente, sin salir de su asombro:

— Pero, señor ¿por qué se obstinará tanta gente, en decir que los espiritistas, somos una colección de tontos, imbéciles, locos e ignorantes?

Y añadió en su soliloquio, dando una última mirada al barco ya lejano.

¡Qué lástima que no se nos comprenda!

